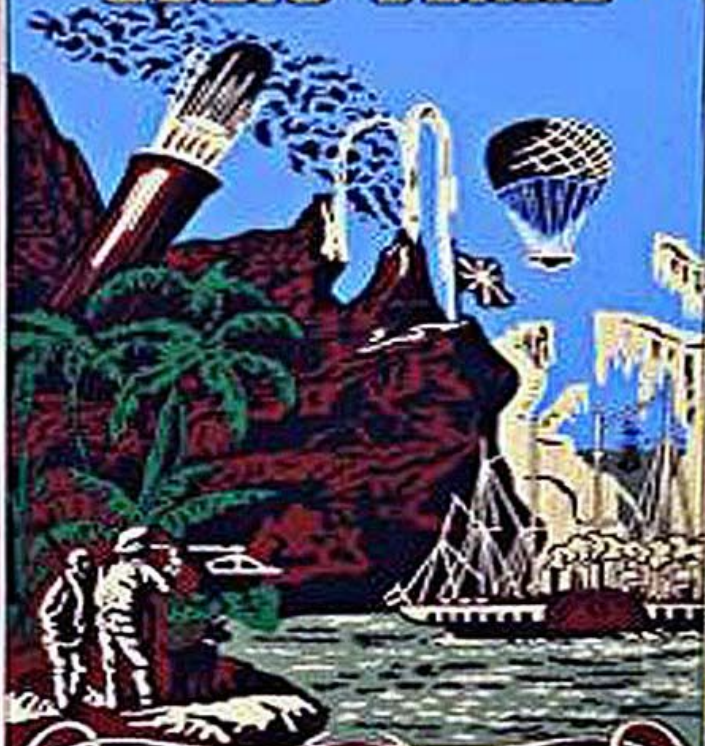


se

JULIO VERNE



El secreto de Maston

Una misteriosa asociación norteamericana (la «North Polar Practical Association»), en pública subasta ante las principales potencias del mundo, compra las tierras comprendidas del Polo Norte: tal como hace saber a través de los medios de comunicación, su principal interés es hacer práctica la explotación de los recursos naturales del Polo, especialmente la hulla y otros minerales por medio de técnicas de su propia invención.



Jules Verne

El secreto de Maston

Viajes extraordinarios - 34

ePub r1.1

Titivillus 21.03.2017

Título original: *Sans dessus dessous*

Jules Verne, 1889

Traducción: Hermanos Pérez de Jubera

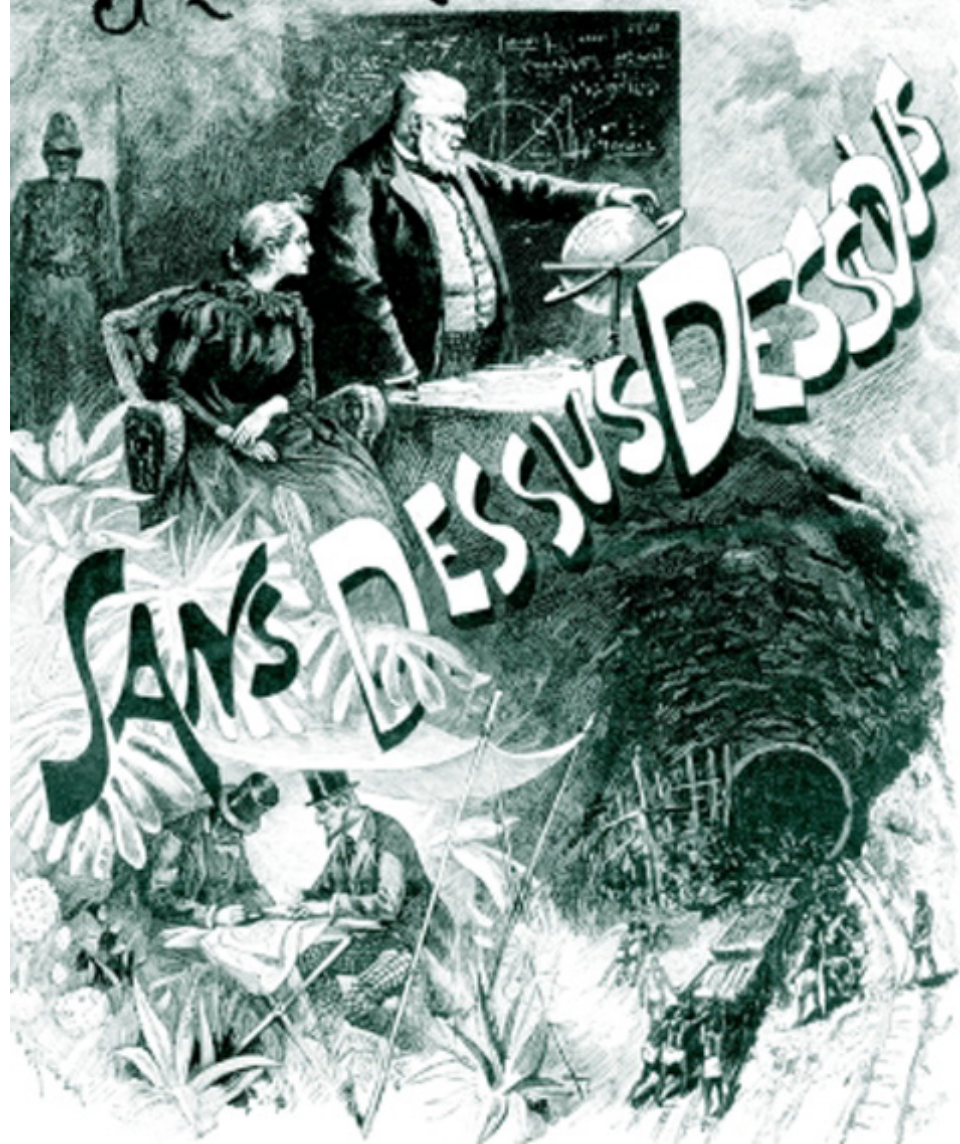
Ilustrador: George Roux

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



JULES VERNE





CAPÍTULO I

LA NORTH POLAR PRACTICAL ASSOCIATION LANZA UN AVISO A LOS HABITANTES DE LA TIERRA



sí, pues, señor Maston, ¿opináis que una mujer no sería nunca capaz de hacer progresar las ciencias matemáticas o experimentales?

—Sintiéndolo mucho, me veo obligado a reconocerlo, señora Scorbitt —contestó J. T. Maston—. A pesar de que hayan existido y existan, particularmente en Rusia, algunas mujeres matemáticas muy notables. Pero, debido a su estructura cerebral, es imposible que ninguna mujer llegue a ser un Arquímedes o un Newton, por ejemplo.

—¡Oh, señor Maston! Permitidme que proteste en nombre de nuestro sexo...

—Sexo mucho más adorable, señora Scorbitt, porque no ha sido creado para dedicarlo a estudios trascendentales.

—Entonces, señor Maston, según vos, ¿ninguna mujer hubiera podido descubrir la ley de la gravedad al ver caer una manzana, tal como le ocurrió al ilustre sabio inglés?

—Una mujer que viera caer una manzana, señora Scorbitt, no pensaría en otra cosa más que... en comérsela, repitiendo lo que ya hizo una vez nuestra madre Eva.

No hay derecho que nos neguéis toda aptitud para entender en cuestiones elevadas.



—¿Toda aptitud? No, señora Scorbitt, nada de eso. Pero debo haceros observar que desde que el mundo está habitado por seres humanos, y naturalmente, por mujeres, no se sabe de ninguna que haya hecho algún descubrimiento análogo a los que hicieron Aristóteles, Euclides, Kepler y Laplace en el mundo científico.

—Esto no es ninguna razón. ¿Es que el pasado debe responder irremisiblemente al porvenir?

—¡Hum! Lo que no se ha hecho en tantos miles de años es muy posible que no se haga nunca.

—Entonces no hay más remedio que tomar una resolución, señor

Maston, y puesto que no somos lo suficientemente buenas...

—¡Más que buenas...! —contestó J. T. Maston, con toda la galantería posible en un sabio colmado de ecuaciones.

De todas formas, la señora Evangelina Scorbitt estaba muy dispuesta a conformarse con aquella afirmación y le contestó:

—Yo creo, señor Maston, que todos tenemos nuestra misión señalada en este mundo. Seguid siendo el extraordinario matemático que sois. Consagraos totalmente a la gran obra en la cual tanto vos como vuestros amigos vais a dedicar vuestra vida. Y yo seré la «buena mujer», tal como me corresponde, y os ayudaré en vuestra obra con mis medios económicos.

—Cosa que os agradeceremos eternamente —contestó J. T. Maston.

La importante obra por la cual, y para los fines que perseguía, aquella encantadora viuda americana había entregado importantes cantidades de dinero, era la siguiente:

El continente ártico, según Maltebrun, Reclus, Saint-Martin y otros geógrafos no menos competentes, está formado por las tierras que especificamos a continuación:

1.º El Devon septentrional, o sea las islas heladas del mar de Baffin y del estrecho de Lancaster.

2.º La Georgia septentrional, formada por la Tierra de Banks y por numerosas islas, tales como las Sabinas, Byam-Martin, Griffith, Cornualles y Bathurst.

3.º El archipiélago de Maffin-Parry, que comprende diversas partes del continente circumpolar, tales como Cumberland, Southampton, James-Somerset, Boothia-Felix, Melville y muchas más apenas conocidas. Este conjunto de tierras tiene una extensión de un millón cuatrocientas mil millas cuadradas, y están limitadas por el paralelo setenta y ocho.

Partiendo de este paralelo ha habido osados descubridores que lograron alcanzar la proximidad del grado 84 de latitud, pudiendo señalar algunas costas perdidas detrás de la alta muralla de bancos de hielo, poniendo nombres a cabos, promontorios, golfos y bahías de aquel vasto territorio, que podríamos llamar los Highlands árticos. Pero nadie sabe qué misterio se oculta más allá, si existe mar o tierra detrás de la barrera de hielo infranqueable del Polo boreal.

En el año 189... el Gobierno de los Estados Unidos tuvo la idea genial de sacar a subasta las regiones árticas aún no descubiertas, debido a la solicitud que hizo una sociedad americana, de reciente formación, para proceder a la adquisición del casquete polar.

Lo cierto es que algunos años antes, la Conferencia de Berlín había formulado un código especial dedicado a las grandes potencias que tuvieran veleidades de apropiarse de lo ajeno con la excusa de colonización o de obtener nuevos mercados comerciales. Pero en aquel caso, este código no podía ser de aplicación porque el territorio polar estaba deshabitado. Sin embargo, a pesar de que se dice que lo que no es de nadie pertenece a todos, la nueva Sociedad quería proceder legalmente «adquiriendo» y no «apoderándose», a fin de evitarse posibles conflictos en el futuro.

En Norteamérica siempre se encuentra gente dispuesta a entusiasmarse con cualquier proyecto, por atrevido e irrealizable que sea, hallándose el lado práctico y el capital necesario para ponerlo en ejecución. Ya lo vimos no hace mucho, con motivo del proyectil que se intentó enviar a la Luna, a propuesta del Gun Club, a fin de poner en contacto la Tierra con su satélite. ¿No fueron un grupo de americanos los que proporcionaron el dinero necesario para intentar aquel experimento? Y su realización, ¿no se debió también a dos miembros voluntariosos del mencionado Club, que se ofrecieron a realizar aquel experimento arriesgado?

Que un Lesseps proponga cualquier día abrir un gran canal que vaya de Europa a Asia, uniendo el océano Atlántico con los mares de China; que un sabio genial tenga la idea de perforar la tierra para llegar hasta el fuego central; que a un electricista audaz se le ocurra reunir todas las corrientes que se encuentran sobre la tierra para crear un manantial inagotable de fuerza y calor; que a un osado ingeniero le pase por la cabeza el sistema de almacenar el exceso de calor en verano para distribuirlo por las zonas más castigadas por el frío en invierno; que otro idee utilizar la fuerza viva de las mareas para producir electricidad a voluntad; que se establezcan sociedades dedicadas exclusivamente a llevar a cabo miles de proyectos semejantes... siempre encontraremos un grupo de americanos dispuestos a llevar adelante la empresa y ríos de dólares irán a enriquecer el caudal de las empresas promotoras, al igual que los ríos de América del Norte aumentan el caudal del

Océano.

Debemos admitir, pues como la cosa más natural del mundo, que la opinión pública se excitó al tener conocimiento de la extraordinaria noticia de que las regiones árticas serían adjudicadas al mejor postor.

De todos modos, no se abrió suscripción pública alguna para aquella adquisición, para la cual ya se habían reunido de antemano los capitales necesarios. Ya lo verían luego, en el momento de utilizar los dominios por los nuevos propietarios.

¡Utilizar el territorio ártico...! Verdaderamente, ideas como aquélla sólo habían podido surgir de cerebros americanos.

Y, sin embargo, se trataba de un proyecto de suma seriedad.

A tal fin, fueron expedidos comunicados a todos los periódicos del mundo, y tanto en Europa como en África, Asia e incluso en tierras de Oceanía, la comunicación terminaba, al igual que en los rotativos americanos, solicitando una información de *commodo* e *incommodo* por parte de los interesados. El *New York Herald* fue de los primeros en publicar dicho documento, y por esto todos sus abonados pudieron leer en el número del 7 de noviembre la siguiente nota, que rápidamente se extendió por todo el ambiente científico e industrial con la consiguiente diversidad de comentarios y opiniones:

AVISO A LOS HABITANTES DE LA TIERRA

«Las regiones del Polo Norte, situadas en el grado 84 de latitud septentrional, no han podido ser explotadas hasta la fecha, por la sencilla razón de que todavía no han sido descubiertas.

»Efectivamente, los límites extremos que los navegantes de nacionalidades diversas han marcado son los siguientes:

»82º 45', alcanzado por el inglés Parry, en julio de 1847, en el meridiano 28 Oeste, al norte del Spitzberg.

»83º 20' 28", alcanzado por Markham de la expedición inglesa de sir Jhon George Nares, en mayo de 1876, quincuagésimo meridiano Oeste, al norte de la tierra de Grinnell.

»83° 35' de latitud, alcanzado por Lockwood y Brai-nard,
con la expedición americana del teniente Greely, en mayo de 1882, en el meridiano 42, en el norte de la Tierra de Nares.

»Puede considerarse, pues, la región que se extiende desde el paralelo 84 hasta el Polo en un espacio de seis grados, como del dominio de todos los demás

Estados de la tierra, susceptible de transformarse en propiedad privada por la adjudicación pública. Admitiendo esto y basándonos en los principios de derecho, nadie está obligado a permanecer en la división.

»En consecuencia, los Estados Unidos de América, apoyándose en dichos principios, han resuelto proceder a la apropiación de la región mencionada.

»La North Polar Practical Association es una sociedad que se ha fundado en Baltimore en representación oficial de la Confederación americana, con los fines de adquirir la región ártica, sujetándose a las disposiciones que se especificarán en acta formal, y que le darán derecho absoluto de propiedad sobre los continentes, islas, islotes, peñascos, mares, lagos, ríos, riachuelos y cualquier clase de corriente de agua en general de que se compone actualmente el continente ártico, tanto si está cubierto de hielos eternos como si estos hielos se funden en el verano.

»Este derecho de propiedad quedará firme y no podrá caducar ni en el caso de que ocurrieran modificaciones de tipo geográfico y meteorológico, sean de la naturaleza que fueren.

»Una vez este proyecto haya llegado a conocimiento de todos los habitantes de la tierra, se admitirán todas las demandas de tomar parte en la adjudicación formulada por todas las potencias, y se procederá a otorgar los dominios al mejor postor.

»Se ha señalado como fecha de adjudicación el día 3 de diciembre del año actual, teniendo lugar en la sala de

Auctions de Baltimore, Maryland, Estados Unidos de América.

»Para información, dirigirse a William S. Forster, agente provisional de la North Polar Practical Association, 93 Highstreet, Baltimore».

A primera vista podríamos calificar de insensata esta proposición, pero hemos de convenir que era perfecta en cuanto a claridad y franqueza. Además, lo que contribuía a darle absoluta seriedad era que el Gobierno federal había hecho concesión de los territorios árticos de antemano, previniendo que la adjudicación se los concedería en propiedad.

En resumidas cuentas, hubo diversidad de opiniones. Unos sólo veían en la noticia uno de estos extraordinarios humbugs americanos que serían el colmo de sus sistemas de propaganda, si la estupidez humana no fuera tan grande. Otros, en cambio, creían que aquella proposición merecía ser tomada muy en serio. Éstos eran precisamente los que insistían en que la nueva Sociedad no hacía ningún llamamiento al bolsillo ajeno y que contaban sólo con su propio capital para la adquisición de toda la región boreal.

No, no pedía dinero a nadie para engrosar sus fondos. No pedía otra cosa que comprar legalmente el terreno polar.

La gente que sabe calcular, pensaba que dicha Sociedad, en vez de provocar aquella subasta, mejor habría hecho ocupando inmediatamente la región que pretendía y apropiándosela por el simple derecho de primer ocupante. Pero precisamente residía aquí la mayor dificultad, ya que hasta entonces parecía que el acceso al Polo les fuera prohibido a los hombres. Así, pues, en el caso que los Estados Unidos adquirieran aquella posesión, los concesionarios deseaban disponer de un contrato en regla para que nadie pudiera disputarles nunca sus derechos. Y tenían toda la razón. Nunca es criticable la prudencia cuando se trata de comprometerse en un negocio de aquella envergadura, y todas las precauciones son pocas.

Por otra parte, el documento contenía una cláusula que cubría las posibles contingencias para más adelante. Esta cláusula podía interpretarse de muchas maneras, porque su sentido exacto escapaba a las inteligencias más avisadas.

Era la última y decía: «que el derecho de propiedad no podría

caducar ni aún en el caso que surgieran modificaciones, de cualquier naturaleza que fueran, en el estado geográfico y meteorológico de la Tierra».

¿Qué quería decirse con aquella frase? ¿Qué eventualidad intentaba prever? ¿Cómo era posible que la Tierra sufriera modificaciones capaces de afectar la geografía o la meteorología, sobre todo en la parte de los territorios de que se trataba?

Las personas que se jactaban de listas, decían: «Es evidente que aquí hay gato encerrado».

Las interpretaciones a que se prestaba aquel apartado dieron mucho que hablar, pues resultaba un tema muy apropiado para poner en juego la perspicacia de unos y la curiosidad de otros.

El *Ledger*, un periódico de Filadelfia, publicó esta noticia:

«Los futuros propietarios de las regiones árticas han tenido conocimiento, sin duda gracias a cálculos astronómicos, de que la Tierra chocará con algún cometa y que este choque tendrá fatales consecuencias, produciendo los cambios geográficos y meteorológicos a que alude dicha cláusula».

Esta frase con pretensiones científicas, a pesar de ser muy atrevida, no aclaraba nada. Por lo demás, nadie con sentido común podía admitir la posibilidad de tal choque. Era inadmisibile, por tanto, que los concesionarios se preocuparan por una posibilidad tan hipotética.

El Delta, de Nueva Orleáns, decía:

«¿Acaso se imagina la nueva Sociedad que la precesión de los equinoccios va a producir modificaciones favorables para la explotación de sus territorios?».

Y el *Hamburger-Correspondent*, le contestaba:

«¿Y por qué no, si este movimiento modifica el paralelismo del eje de la Tierra?».

Entonces terciaba la *Revue Scientifique*, de París:

«¿No ha indicado Adhémár, en su libro Las revoluciones del mar, la posibilidad de que la precesión de los equinoccios, combinada con el movimiento del eje de la Tierra, pueda producir con el tiempo una modificación de la temperatura en varias partes de la Tierra y en los hielos eternos de sus dos polos?».

Pero inmediatamente surgía la réplica en la *Revue d'Edimburg*

:

«Esto no puede ser verdad; pero, aunque lo fuera, sería necesario un lapso de tiempo de doce mil años para que Vega se convierta en nuestra estrella polar, como consecuencia de dicho fenómeno, y para que la situación de los dos polos sufra un cambio de temperatura».

Y el *Dagblad*, de Copenhague, mantenía su posición diciendo:

«Pues bien, dentro de doce mil años será cuestión de pensar en adelantar fondos. Pero lo que es por ahora, no arriesgaremos ni una corona».

Pero aunque era posible que la *Revue Scientifique* tuviera razón, también era probable que la North Polar Practical Association no hubiera contado para nada con la modificación ocasionada por la precesión de los equinoccios.

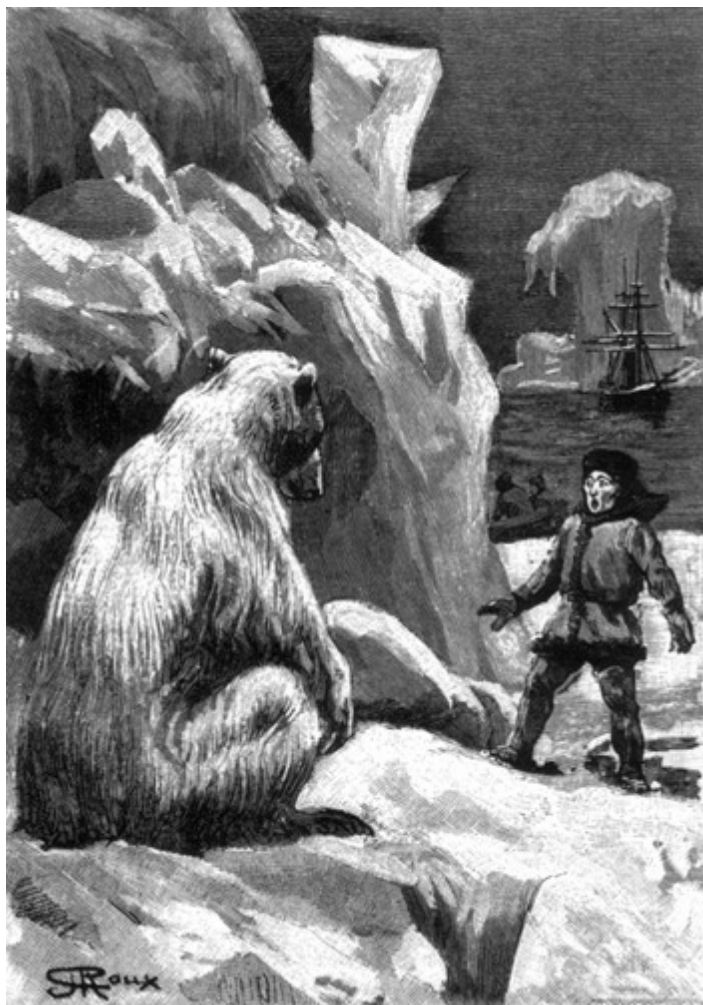
Lo cierto es que nadie adivinaba el significado de aquella cláusula del famoso documento, ni tampoco qué clase de cambios sísmicos preveía en el futuro.

Quizá para saberlo, lo mejor habría sido preguntárselo al Consejo de Administración de la nueva Sociedad y especialmente a su presidente. Pero tanto el presidente como el secretario y demás miembros del Consejo eran absolutamente desconocidos de todos. Incluso se ignoraba la procedencia de documento que había llegado a las oficinas del *New York Herald* de manos de un tal William S. Forster, de Baltimore, honorable consignatario de bacalao por

cuenta de la casa Ardrinell y Compañía, de Terranova, que con toda seguridad era solamente un hombre de paja, pero que permanecía tan mudo sobre aquel asunto, como todos los productos que contenían sus almacenes, y ni los periodistas más listos ni los más curiosos pudieron sacarle una palabra. En fin, aquella North Polar Practical Association era tan anónima, que no presentaba ningún nombre, lo que es el colmo del anonimato.

No obstante si los iniciadores de aquella operación comercial persistían en esconder su personalidad en un misterio absoluto, su objetivo estaba expuesto bien claramente en el documento que habían publicado para conocimiento del mundo entero.

Efectivamente: se trataba de adquirir un dominio absoluto en las regiones árticas limitadas circunstancialmente por el grado 84 de latitud, cuyo punto central es el Polo Norte.



Nada más cierto, además, que de entre los modernos descubridores, los que habían llegado más cerca de aquel punto inaccesible, como Parry, Markham, Lockwood y Brainard, no pasaron nunca de este paralelo. Y en cuanto a los demás navegantes de los mares boreales, sólo habían llegado a latitudes bastante inferiores, como Payez, en 1874, en el $82^{\circ} 15'$, al norte de la Tierra de Francisco José y de la Nueva Zembla; Leout, en 1870, al $72^{\circ} 47'$, sobre Siberia; De Long, en la expedición de la Jeannette, en 1879, al $78^{\circ} 54'$ en las islas que llevan su nombre. Otros que habían dejado atrás Nueva Siberia y Groenlandia, a la altura del cabo Bismark, no

habían pasado de los 76º, 77º y 79º de latitud. De manera que, dando un salto de 25 minutos de arco desde el punto —por ejemplo 83º 35'— alcanzados por Lockwood y Brainard, hasta el paralelo 84 indicado en el documento, la North Polar Practical Association no se apropiaba para nada de los descubrimientos efectuados anteriormente. Sus propósitos se referían a unos territorios vírgenes todavía de las huellas humanas.

La extensión de esta parte de la Tierra circunscrita por el paralelo ochenta y cuatro, es como sigue:

Del 84º al 90º van seis grados, que a razón de sesenta millas cada uno dan un radio de 360 millas y un diámetro de 720. La circunferencia es, pues, de 2260 millas con una superficie de 407 000

millas cuadradas en números redondos. Aproximadamente la décima parte de Europa. ¡Se trataba de una buena extensión de terreno!

Como hemos visto, en el documento se exponía el principio de que aquella región, desconocida geográficamente, por el hecho de no pertenecer a nadie pertenecía a todos. Era fácil suponer que ninguna potencia tuviera intención de reclamar reivindicaciones sobre aquel punto; pero era de presumir que los Estados limítrofes al menos presumieran que aquellas regiones eran una prolongación hacia el norte de sus propios territorios y, por consiguiente, podían intentar hacer valer sus derechos de propiedad. Pretensiones que serían tanto más justificadas por cuanto que los diversos descubrimientos efectuados en las regiones polares eran debidos principalmente a la audacia de sus hijos.

Por eso el Gobierno federal, representado por una Sociedad, al reconocerles sus derechos pretendía indemnizarles con el valor de la adquisición. Sea como sea, los partidarios de la North Polar Practical Association no se cansaban de repetirlo: «Ya que se trata de una propiedad indivisa, y no estando nadie obligado a permanecer en la indivisión, no hay motivo para oponerse a la subasta de aquellos anchos dominios».

Los Estados cuyos derechos parecían completamente indiscutibles, como limítrofes, eran: América, Inglaterra, Dinamarca, Suecia con Noruega, Holanda y Rusia. Pero también podrían reclamar sus derechos otros Estados, basándose en los

descubrimientos realizados por sus navegantes o sus exploradores.

En ese caso se hallaba Francia, ya que fueron varios los franceses que tomaron parte en las expediciones de conquista de los terrenos circumpolares.



Entre ellos citaremos al intrépido Bellot, que murió en 1853 en la isla Beechev, durante la expedición del Phoenix enviado en busca de John Franklin. Y no debemos olvidarnos del doctor Octavio Pavy, muerto en 1884, cerca del cabo de Sabina, durante la permanencia de la misión Greely en el fuerte Conger. Y tampoco

sería justo que no nos acordáramos de la expedición encabezada por Charles Martins, que lo llevó a él y a sus compañeros Marmier y Bravais hasta los mares del Spitzberg en 1838-39.

Pero Francia no juzgó conveniente intervenir en aquella empresa, más comercial que científica, y cedió de antemano su parte del pastel polar, en el que las demás potencias corrían el riesgo de dejar los dientes. Creemos que hizo bien

Alemania hizo lo mismo. También podía alegar la campaña que en 1671 efectuó el hamburgués Frederic Martens en el Spitzberg y las expediciones de la *Germania*, de la *Hansa*, al mando de Koldervey y Hegeman, respectivamente, que en 1869-70

llegaron hasta el cabo de Bismark, recorriendo la costa de Groenlandia. Pero, a pesar de todo, tampoco tenía la intención de aumentar la extensión del Imperio germano con un pedacito de Polo Norte.

Igualmente renunció Austria-Hungría, aunque ya fuese propietario de las Tierras de Francisco-José, situadas al norte del litoral siberiano.

Italia, como no podía alegar ningún derecho para intervenir, simplemente no intervino.

Quedaban todavía los samoyedos de la Siberia asiática; los esquimales que se encuentran particularmente repartidos en la parte septentrional de América; los indígenas de Groenlandia, del Labrador, del archipiélago Baffin-Parry, de las islas Aleutianas, situadas entre Asia y América y, en fin, los llamados tchuktchis, que habitaban la antigua Alaska rusa, convertida en territorio americano desde el año 1867. Pero todos estos pueblos —que en realidad eran los naturales verdaderos, los autóctonos indiscutibles de las regiones del norte— no tenían voz ni voto en el asunto. ¿Cómo habrían podido hacer una oferta aquellos pobres diablos, en la subasta convocada por la North Polar Practical Association? ¿Con qué hubieran podido pagar aquella pobre gente? ¿En conchas y dientes de morsa? Y, sin embargo, aquellas tierras que iban a subastarse les pertenecían realmente por derecho de prioridad. Pero ¡qué va!, ni siquiera se les consultó.

¡Así va el mundo!

CAPÍTULO II

EN EL CUAL SE PRESENTAN AL LECTOR LOS DELEGADOS INGLÉS, HOLANDÉS, SUECO, DANÉS Y RUSO



El documento merecía una respuesta. Efectivamente: si la nueva Sociedad adquiría las regiones polares, estas regiones se convertirían definitivamente en propiedad de los americanos, o mejor dicho, de los Estados Unidos, confederación que tiende a extenderse incesantemente. Ya, años atrás, cuando Rusia cedió los territorios de la cordillera septentrional hasta el estrecho de Behring, los Estados Unidos se añadieron un buen pedazo del Nuevo Mundo, y era de presumir que las demás potencias no verían con buenos ojos la conexión de las regiones árticas a la República federal americana.

Sin embargo, ya hemos dicho que los estados de Europa y Asia no limítrofes de aquella región renunciaron a tomar parte en la subasta, por considerar muy problemáticos sus resultados. Solamente las potencias próximas al paralelo 84 acordaron hacer valer sus derechos por mediación de delegaciones oficiales. Ya veremos, además, que no tenían intención de comprar más que a un precio moderado, ya que se trataba de unos dominios de los cuales seguramente les sería imposible llegar a tomar posesión. No obstante, la insaciable Inglaterra se creyó en el deber de abrir un crédito importante a su representante. Apresurémonos a decir, sin

embargo, que la cesión de las regiones polares no era ninguna amenaza para el equilibrio europeo y que no causaría ningún conflicto internacional. El canciller Bismark, al enterarse, ni tan sólo frunció el ceño de Júpiter alemán.

Quedaban tan solamente Inglaterra, Dinamarca, Suecia-Noruega, Holanda y Rusia como únicas potencias admitidas a hacer proposiciones en la subasta de Baltimore, en puja con los Estados Unidos El casquete helado del Polo Norte quedaría en propiedad del mejor postor, que se convertiría inmediatamente en dueño indiscutible del mismo.

Especificaremos ahora las razones personales por las cuales los cinco Estados europeos deseaban muy lógicamente que se les adjudicase los terrenos que iban a ser objeto de la extraordinaria y original subasta convocada en la ciudad de Baltimore.

Suecia-Noruega, propietaria del cabo Norte, situado más allá del paralelo setenta, alegó que se consideraba con derechos sobre los vastos territorios que se extienden desde el Spitzberg hasta el propio Polo. Efectivamente, el noruego Kheilhau y el sueco Nordenskiöld habían contribuido a los progresos geográficos de aquella parte de la tierra. Esto era innegable.

Dinamarca decía: «Que había sido propietaria ya de Islandia y de las islas Feroe, cercanas a los lindes del círculo polar; que las colonias fundadas al norte de las regiones árticas le pertenecían, así como la isla Disko, en el estrecho de Davis; los establecimientos de Holsteinburg Proven, Godhavn y Uppernavik, en el mar de Baffin y en la costa occidental de Groenlandia. Además el célebre navegante Behring de origen danés, aunque en aquella época estuviera al servicio de Rusia, había franqueado el año 1728 el estrecho que lleva su nombre yendo a morir miserablemente trece años más tarde, junto con treinta hombres de su tripulación, en una isla que también lleva su nombre. Con anterioridad, en el año 1619, el navegante Munk había explorado la costa oriental de Groenlandia, descubriendo muchos puntos completamente desconocidos».

Dinamarca podía presentar, pues, auténticos derechos.

En cuanto a Holanda, fueron sus marinos Barentz y Heemskerk los que llegaron hasta Spitzberg y Nueva Zembla a fines del siglo XVI. Holandés era también Juan Maven, quien en una osada expedición hacia el norte, había conquistado en 1611 la isla que

lleva su nombre, situada más allá del grado setenta y uno de latitud. Tenía motivos justificados, pues, en su pasado para empeñarse en tener una activa participación en aquel asunto.

Por lo que se refiere a los rusos, contaban con Alexis Chirikov, que tuvo a Behring bajo sus órdenes; con Paulutski, cuya expedición en 1751 llegó más allá de los límites del mar Glacial; el capitán Martin Spanberg y el teniente William Walton, que se aventuraron por aquellas tierras ignotas en 1739, todos los cuales les acreditaban de haber tomado parte activa en las investigaciones efectuadas a través del estrecho que separa Asia de América. Además, debido a la situación de su territorio siberiano, que se extiende sobre ciento veinte grados hasta los límites extremos de Kamchatka a lo largo de aquel enorme litoral asiático, habitado por samoyedos, vakutas, tchuktchis y otros pueblos sometidos a su autoridad, ya domina casi la mitad del océano boreal Y más aún, en el paralelo 75, a menos de novecientas millas del Polo, posee las islas y los islotes de Nueva Siberia, el archipiélago de las Liatkov, descubiertas a principios del siglo XVIII. Y por fin, desde 1764, mucho antes que los ingleses, los americanos y los suecos, el navegante Chichagov había buscado el paso del Norte, a fin de disminuir la ruta entre ambos continentes.

Sin embargo, a pesar de tener en cuenta todo lo expuesto, parecía que eran los americanos los más directamente interesados en llegar a ser los propietarios de aquella parte inaccesible del Globo. También ellos habían intentado muchas veces llegar hasta ella. Una vez dedicándose a la busca de *Sir* John Franklin, con Glinnell. Kane, Hayes, Greely, De Long y muchos más navegantes intrépidos.

También ellos podían alegar la situación geográfica de su país, que se extiende hasta más allá del Círculo Polar, desde el estrecho de Behring hasta la bahía de Hudson. Todas aquellas tierras, todas las islas, Wollaston, Príncipe Alberto, Victoria, Rey Guillermo, Melville, Cockburne, Banks, Baffin, además de los millares de islotes que forman este archipiélago, ¿no eran como una prolongación que las unía al grado noventa? Y todavía hay más, si el Polo Norte enlaza en una línea casi ininterrumpida de territorios con los demás continentes de la Tierra, ¿no es, en definitiva, con América más bien que con los extremos de Europa o Asia?

Por esto era muy natural que la propuesta de adquisición hubiera sido lanzada por el Gobierno de los Estados Unidos en favor de una Sociedad americana; y entre todas las potencias, eran los Estados Unidos y América quienes tenían un derecho menos discutible sobre las demás para la posesión del territorio ártico.



Debemos tener en cuenta, además, que los Estados Unidos, poseyendo todavía al Canadá y la Columbia inglesa, y que contaba en su historial con gran número de marinos que se habían distinguido en varias expediciones árticas, exponía asimismo sus

sólidas razones para anexionarse aquella parte de la Tierra aumentando así su importante imperio colonial. Por esto los periódicos americanos llenaban sus páginas con largos y apasionados comentarios que suscitaban unas no menos largas y apasionadas discusiones.

El gran geógrafo inglés Kliptringan, publicó en el *Times* un artículo que causó sensación:

«No puede negarse —decía— que Suecia, Dinamarca, Holanda, Rusia y los Estados Unidos pueden hacer valer sus derechos. Pero para Inglaterra representaría una afrenta que la tuviesen al margen y se le escaparan estos dominios. ¿No es casi dueña absoluta de la parte norte del nuevo continente? ¿No fueron sus propios descubridores quienes conquistaron los territorios e islas que lo componen, desde Willoughi, que en el año 1739 pasó por Spitzberg y Nueva Zembla, hasta Mac Clure, que franqueó el paso del Noroeste en 1853?».

Y el almirante Fize, añadía en el *Standard*:

«Y Hall, Weymouth, Hudson, Baffin, Cook, Ross, Parry, Clintock, Kennedy, Nares, Collinson, Arcrer, etc., ¿no eran de origen anglosajón? No existe otro país que pueda reclamar más justamente las tierras de las regiones polares que estos navegantes habían intentado alcanzar».

«Muy bien —contestaba el Courier de San Diego (California)—, ya que se trata de una cuestión de pundonor entre Inglaterra y Estados Unidos, pongámonos en igualdad de condiciones y tratemos el asunto sobre el mismo terreno: Si el inglés Markham, de la expedición Nares, alcanzó los 83° 20' de latitud septentrional, los americanos Lockwood y Brainard, de la expedición Greely, hicieron brillar las treinta y ocho estrellas 2 de la bandera de los Estados Unidos quince minutos de grado más adelante, o sea a 83° 35'. Ellos

son, pues, quienes pueden reclamar el honor de haberse acercado más al Polo Norte».

La controversia continuaba por el mismo estilo.

En fin, para completar la lista de navegantes que se aventuraron dentro de las regiones árticas, debemos mencionar también al veneciano Cabot (1498) y al portugués Cortereal (1500), que descubrieron Groenlandia y el Labrador. Pero ni Italia ni Portugal tenían la intención de tomar parte en la subasta, siéndoles indiferente que cualquier otro Estado se beneficiara con ella.

Era de prever que la lucha que se sostendría se basaría principalmente en dólares y libras esterlinas, más que una pugna entre Inglaterra y América.

De todas maneras, al enterarse de la propuesta lanzada por la North Polar Practical Association, los países afectados lindantes con las regiones boreales se habían apresurado a celebrar Congresos comerciales y científicos para tratar sobre sus respectivas posiciones. Después de muchas discusiones, acordaron acudir a la subasta, que se había fijado para el día 3 de diciembre, en la ciudad de Baltimore, señalando a cada uno de sus delegados un crédito limitado al efecto. El producto de la venta se repartía entre los cinco Estados no adjudicatarios, que la recibían como indemnización a la cesión, y con expresa renuncia por su parte a reclamar cualquier derecho en el futuro.

Después de vivas discusiones, el asunto quedó resuelto. Todos los países interesados aceptaron la designación de la ciudad de Baltimore como lugar de celebración de la subasta, de acuerdo con lo indicado por el Gobierno de los Estados Unidos. Y tres semanas antes de la fecha señalada llegaban a los Estados Unidos, procedentes de Londres, La Haya, Estocolmo, Copenhague y San Petersburgo, respectivamente, los cinco delegados de cada país, debidamente provistos de sus cartas de crédito.

Por aquel entonces, los Estados Unidos estaban representados solamente por la North Polar Practical Association, o sea, por aquel desconocido William S. Forster, cuyo nombre apareció por vez primera en el ejemplar del *New York Herald* el día 7 de noviembre.

En cuanto a los demás delegados elegidos por los distintos Estados europeos, eran los que detallamos a continuación:

Por Holanda: Jacques Jansen, antiguo consejero de las Indias holandesas; cincuenta y tres años, grueso, bajo, todo busto y brazos y piernas cortos, cara redonda y colorada, con una gran pelambreira en la cabeza formando aureola y largas patillas canosas; tenía todo el aspecto de ser una buena persona, y no demostraba tener mucha fe en aquella empresa, a la cual no veía ningún resultado práctico.

Por Dinamarca: Eric Baldenak, exsubgobernador de las posesiones groenlandesas; de estatura mediana, andaba con un hombro más subido que el otro, sacando el vientre y con una enorme cabeza cuya nariz no menos enorme sostenía unos lentes de gruesos cristales, ya que era extraordinariamente miope; no admitía que se discutieran los derechos de su país, que él consideraba como el único y legítimo propietario de las regiones polares.

Por Suecia y Noruega: Jan Harald, profesor de cosmografía en Cristianía, uno de los partidarios más fervientes de la expedición Nordenskiöld; era el prototipo del hombre del norte, de tez rojiza, barba de un rubio dorado, y estaba convencido de que el casquete polar, formado sólo por el mar Paleocrústico, no valía absolutamente nada. Por esto apenas si mostraba interés por el asunto y su presencia era puramente formularia.

Por Rusia: el coronel Boris Karkov, medio militar, medio diplomático, alto, enjuto, con unas melenas tan largas que se le juntaban con el bigote y la barba dándole un curioso aspecto; parecía no hallarse a gusto vestido de paisano, y continuamente se ponía una mano al lado en un gesto automático de apoyarse sobre la espada que habitualmente le colgaba del cinto. Mostraba una gran curiosidad por saber lo que saldría de todo aquello, y se preguntaba si a fin de cuentas la propuesta de la North Polar Practical Association no daría origen a un sinfín de problemas internacionales.

Por Inglaterra: el comandante Donellan y su secretario Dean Toondrik.

Estos dos personajes representaban todas las aspiraciones de la Gran Bretaña, su instinto comercial e industrial que los inducía a considerar como propios los terrenos septentrionales, meridionales o ecuatoriales que no pertenecían a nadie.

El mayor Donellan era un verdadero inglés, muy alto, muy delgado, huesudo, nervioso, anguloso, con el cuello estirado como

un pato saliéndole por entre los hombros caídos, muy bien conservado pese a sus sesenta años y a su actividad infatigable —de la que había dado pruebas bastantes cuando trabajaba en la delimitación de la frontera entre la India y Birmania—. Nunca se reía y nadie podía decir que lo hubiera visto reír jamás.

En cambio, su secretario, Dean Toondrik, era todo lo contrario: un chico fuerte, de ojos picarescos, alegre, hablador. Escocés de nacimiento, era famoso en su población natal por su afición a los chistes y a las bromas. Pero cuando se trataba de defender las reivindicaciones de su país, por absurdas que fuesen, no se mostraba menos serio e intransigente que el mayor Donellan.

Estos dos personajes serían sin duda los mayores adversarios de la Sociedad americana. Tenían la convicción que el Polo Norte les pertenecía por derecho propio, que era suyo ya desde los tiempos prehistóricos, como si al crear el mundo Dios hubiera designado a los ingleses para que aseguraran la rotación de la Tierra alrededor de su eje con la seguridad que ya sabrían impedir que cayera en poder de extraños.

Debemos hacer notar que, aunque Francia había declinado la invitación de enviar una delegación de su país, ni oficialmente ni oficiosamente, un ingeniero francés había tenido la idea de ir allí, «por amor al arte», para seguir de cerca el curso de tan extraordinario asunto. Ya le veremos aparecer en el momento oportuno.

Los cinco representantes de las cinco potencias septentrionales de Europa, desembarcaron en Baltimore en distintas fechas, pues hicieron el viaje en vapores distintos, quizá con el fin de no influirse unos a otros, quizá porque eran rivales. Cada cual traía consigo el crédito necesario para la lucha. Pero hemos de reconocer que no todos combatían con las mismas armas. Si unos disponían de una cantidad que rebasaba el millón, otros no podían disponer más que de una suma que era inferior a dicha cantidad. Y verdaderamente, tratándose de la adquisición de un pedazo de tierra en la cual era improbable que pudieran nunca instalarse, esta cantidad aún era excesiva. Naturalmente, el delegado inglés era el que iba mejor preparado, ya que el Gobierno de la Gran Bretaña le había abierto un crédito de consideración. Disponiendo de un crédito así, al comandante Donellan no le costaría mucho derrotar a sus

adversarios de Suecia, Dinamarca, Holanda y Rusia. En cuanto a América ya era distinto; porque en el terreno del dinero, sería algo difícil llegar a vencerla. Era más que seguro que la desconocida Sociedad contase con abundancia de dinero y dispusiese largamente de los fondos necesarios para ganar. Podía conjeturarse, pues, que la lucha a millonazo limpio, se reduciría a la competencia entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

Al desembarcar los delegados de las diversas naciones de Europa, la opinión pública del país empezó a apasionarse por el asunto. Los periódicos publicaron las más extraordinarias noticias y corrían toda suerte de rumores referentes a aquella adquisición del Polo Norte. ¿Que se pretendía con ello? A primera vista nada, como no fuera almacenar hielo para el Nuevo y Viejo Mundo. Esto, al menos, es lo que publicó un periódico de París, comentando jocosamente esta hipótesis.

Pero, para conseguirlo, tenían que franquear todavía el paralelo 84.

Mientras tanto, los delegados europeos que habían procurado evitarse durante el viaje, al hallarse reunidos en Baltimore empezaron a tratarse unos a otros. He aquí por qué razones:

Tan pronto llegaron, cada uno de ellos por separado había intentado ponerse en comunicación con la North Polar Practical Association, a escondidas de los demás, para averiguar los motivos que se ocultaban detrás de aquel asunto, y qué beneficios esperaba sacar la mencionada Sociedad. Pero se encontraron que no existía ninguna oficina en Baltimore ni ningún empleado de la Sociedad que pudiera informarles. En el anuncio rezaba: Para información, dirigirse a William S. Forster, en Highstreet. Pero esta persona era un vulgar consignatario de bacalao que estaba tan ignorante de la cosa como el último mozo de cuerda de la población.



Por consiguiente, ninguno de los cinco delegados pudo saber nada y tuvieron que conformarse con hacer conjeturas basadas sobre los rumores que circulaban. ¿Era un secreto impenetrable que no se daría a conocer más que por la propia Sociedad? Esto es lo que todos se preguntaban, y seguramente no recibirían respuesta a sus preguntas hasta después de celebrada la subasta.

Con tal motivo, los diferentes delegados tuvieron ocasión de tratarse, visitarse, y ponerse en comunicación unos con otros con frecuencia, previendo, acaso, la conveniencia de unirse en un bloque contra el enemigo común: la misteriosa Compañía

norteamericana.

Tanto es así, que el día 22 de noviembre, por expresa convocatoria del coronel Boris Karkov, que ya hemos dicho que era un astuto diplomático, los delegados europeos se reunieron en las habitaciones que el comandante Donellan y su secretario Dean Toondrik ocupaban en el Hotel Wolesley de Baltimore.

Empezaron a discutir primeramente sobre las consecuencias comerciales e industriales que tendría la pretendida adquisición de los territorios árticos por la Sociedad americana.

El profesor Jan Harald preguntó a sus colegas si habían podido obtener alguna noticia sobre aquel particular, y todos confesaron que habían hecho todo lo posible para sonsacar algún informe de William S. Forster.

—Pero todo ha sido inútil —reconoció Eric Baldenak.

—Yo no he podido sacar nada en claro —dijo Jacques Jansen.

—Yo visité personalmente los almacenes de High Street, en nombre del señor Donellan —explicó Dean Toondrik—, y me recibió un hombre más bien grueso, vestido de negro, con un ancho delantal blanco que le llegaba hasta los pies y cubierta la cabeza con un sombrero de copa. Al preguntarle si podía informarme del asunto que nos ocupa, me contestó que acababa de llegar el South-Star con un buen cargamento de Terranova, y que si deseaba adquirir una buena partida de bacalao fresco podía proporcionármelo por cuenta de la casa Ardrinell y Compañía.

—Casi sería mejor comprar una buena partida de bacalao que tirar el dinero al fondo del océano Glacial —dijo el antiguo consejero de las Indias neerlandesas, con su habitual escepticismo.

—No se trata de eso —repuso el comandante Donellan con sequedad y altanería—. No nos hemos reunido para hablar de bacalao, sino de la compra del casquete polar.

—¡Que los Estados Unidos están decididos a ponerse en la cabeza! —añadió Dean Toondrik, riéndose de sus propias palabras.

—No, que podría enfriarse —dijo Karkov.

—No nos salgamos de la cuestión —replicó el comandante Donellan—; nos hemos reunido para hablar seriamente y los resfriados no tienen nada que ver con lo que nos interesa. Lo cierto es que, por razones que ignoramos por el momento, los Estados Unidos de América, representados por la North Polar Practical

Association (fíjense ustedes en esta palabra: Practical) están dispuestos a adquirir una superficie de terreno de cuatrocientas siete mil millas cuadradas en la Zona del Polo Norte, superficie que actualmente (no lo olviden, señores: actualmente) está circunscrita por el grado 84 de latitud boreal...

—Todos estamos enterados de esto, señor Donellan —le interrumpió Jan Harald—, pero lo que todos ignoramos también, es en qué forma dicha Sociedad tiene intención de explorar estos territorios, si existen territorios, u océanos, si sólo hay agua, bajo el punto de vista comercial...

—No se trata de esta cuestión —contradijo nuevamente el comandante Donellan—. Se trata de que un Estado quiere apropiarse, mediante el pago de cierta cantidad, de una parte de la Tierra que, debido a su situación geográfica, corresponde más especialmente a Inglaterra...

—A Rusia —dijo el coronel Karkov.

—A Holanda —contestó Jacques Jansen.

—A Suecia-Noruega —gritó Jan Harald.

—A Dinamarca —dijo Eric Baldenak.

Al pronunciar estas palabras, los cinco hombres se levantaron de sus asientos, y lo que había empezado siendo una pacífica conversación, empezaba a tomar otro cariz. Pero Dean Toondrik intervino conciliador:

—Señores —dijo levantándose a su vez—, usando de la expresión que mi jefe el señor Donellan pronuncia tan a menudo, les diré que no se trata de esta cuestión. Puesto que se ha acordado poner en venta las regiones polares, es evidente que se las quedará el Estado que pujan más, de entre los que nosotros representamos. Y yo pienso: ¿No sería mejor que Suecia-Noruega, Rusia, Dinamarca, Holanda e Inglaterra se uniesen formando un sindicato que les permitiría disponer de una cantidad tan importante que aniquilaría a la Sociedad americana?

Todos los asistentes se miraron unos a otros. Quizá Dean Toondrik había acertado. Un sindicato... Actualmente esta palabra se usa para todo. Uno dice que se syndica, como dice que respira, come, bebe, duerme. Es uno de los modernos sistemas, tanto en política como en negocios.

No obstante, Jacques Jansen, adivinando los sentimientos de sus

compañeros, creyó necesaria una más detallada explicación, y preguntó;

—Y después, ¿qué?

—¡Sí...! Después de la adquisición de los terrenos por el sindicato, ¿qué?

—¡Yo creo que Inglaterra...! —empezó el comandante con sequedad.

—¡Y Rusia! —gritó el coronel, frunciendo las cejas de un modo terrible.

—¡Y Holanda! —añadió el consejero.

—¡Cuando Dios ha dado Dinamarca a los daneses! —observó Eric Baldenak.

—Perdón —exclamó Dean Toondrik—, sólo existe un país que haya sido dado por Dios, y éste es Escocia.

—¿Por qué? —preguntó el delegado sueco.

—Porque así lo dijo el poeta —contestó el bromista recitando los siguientes versos de Virgilio, cuyo final arregló a su modo:

Deus nobis haec otia fecit

Todos celebraron la gracia menos Donellan, y esto rompió la tirantez de la discusión que amenazaba en acabar mal. Dean Toondrik añadió:

—¡No nos disputemos, señores...! ¿Qué ganaríamos con ello? Créanme: formemos un sindicato...

—Bueno, y después, ¿qué? —repitió Jan Harald.

—Después todo será muy sencillo, señores —contestó Dean Toondrik—. Una vez adquirida la propiedad boreal, o pertenecerá de modo indiviso a cada uno de los Estados, o los cuatro Estados copropietarios restantes la cederán a uno de ellos, recibiendo, a cambio, una indemnización adecuada. Pero habremos conseguido nuestro propósito de eliminar definitivamente a los Estados Unidos de América.

La propuesta tenía su lado bueno, al menos de momento, porque era seguro que más adelante surgirían nuevas discusiones entre los Estados propietarios, cuando se tratara de ceder la propiedad de aquel territorio tan disputado como inútil. La única cosa que se obtendría con el proyecto de Dean Toondrik, sería la anulación de los Estados Unidos.

—Me parece una buena idea —dijo Eric Baldenak.

—Inteligente —dijo el coronel Karkov.

—Acertada —dijo Jan Harald.

—Diabólica —dijo Jacques Jansen.

—Inglesa cien por cien —acabó el comandante Donellan.

Cada cual había pronunciado su comentario con la intención de engañar luego a sus colegas.

—Así, pues, señores —prosiguió Boris Karkov—, ¿estamos todos de acuerdo en constituirnos en sindicato, reservándonos los derechos de cada Estado para el futuro?

Todos asintieron.

Ahora se trataba de declarar el montante de los respectivos créditos que cada Estado había abierto a sus delegados. Al sumarse representarían una cantidad tan elevada que sería totalmente imposible que la North Polar Practical Association pudiera sobrepasarla.

Pero a la pregunta formulada por Dean Toondrik sobre este particular, sucedió un completo silencio. Nadie quería ser el primero en descubrir su efectivo. ¿Entregar su dinero a la caja del sindicato? ¿Dar a conocer de antemano sus intenciones sobre hasta dónde podían llegar? ¿Y si más adelante surgían disputas entre ellos y se disolvía el sindicato? ¿Y si, por causas imprevistas, se vieran obligados a actuar independientemente? ¿O si el diplomático Karkov menospreciaba la avaricia de Jacques Jansen, quien, a su vez, se molestaría por la actuación de Eric Baldenak, el cual también protestaría de las bravatas de Jan Harald, que tampoco aguantaría las insoportables pretensiones de Donellan, que no cesaría de intrigar más que otro cualquiera sobre todos los demás? En fin, si declaraban sus créditos sería como poner las cartas boca arriba, cuando era más necesario ocultar el juego.

Sólo existían dos maneras de contestar a la justa pero indiscreta pregunta formulada por Dean Toondrik: O aumentar exageradamente el importe de los créditos —cosa que habría sido muy comprometida en el momento de depositar el dinero— o disminuir su importe de tal forma que todo el mundo se diera cuenta del engaño y, tomándolo a broma, dejaran sin efecto la proposición.

Esto último fue lo que se le ocurrió al exconsejero de las Indias holandesas, que no podemos negar era muy poco serio, e

inmediatamente todos sus colegas le siguieron el juego.

—Señores —dijo—, siento mucho tener que confesarlo, pero sólo dispongo de cincuenta florines para la compra del territorio ártico. Y yo tengo únicamente treinta y cinco rublos —contestó el de Rusia.

—Y yo veinte coronas —dijo el de Suecia-Noruega.

—Y yo quince —añadió el de Dinamarca.

—Bueno —concluyó el comandante Donellan, con la expresión más desdeñosa que pudo—, pues ganarán ustedes la subasta, señores míos, porque Inglaterra sólo puede disponer de un chelín y seis peniques.

Y después de estas palabras, los delegados de la vieja Europa dieron por terminada su conferencia.

CAPÍTULO III

EN EL QUE SE ADJUDICA EL POLO NORTE



¿Por qué se había elegido la sala ordinaria de Autions para la subasta que había de tener lugar el 3 de diciembre, cuando, por regla general, en aquel local sólo se vendían muebles, utensilios, herramientas, instrumentos, etc., o bien objetos de arte, cuadros, estatuas y antigüedades? ¿Por qué no se efectuaba ante notario o tribunal especializado en operaciones de aquella clase, ya que se trataba de la subasta de inmueble? Y ¿por qué había de venderse con un solo golpe de martillo una parte importante de la Tierra? ¿Podía compararse a un mueble aquella parte del mundo que podía decirse que era de los más inmuebles entre los inmuebles?

Pero, por ilógico que pudiera parecer, así era. El conjunto de las tierras polares se subastaría en aquellas condiciones con toda legalidad. Esta circunstancia parecía indicar que la North Polar Practical Association creía que el inmueble en cuestión era en cierta parte mueble, como si pudiera trasladarse como un objeto cualquiera. Todo esto no dejaba de intrigar a la gente más o menos dada a conjeturas perspicaces.

Pero existía un precedente, porque en aquella misma sala había sido adjudicada una parte de nuestro planeta.

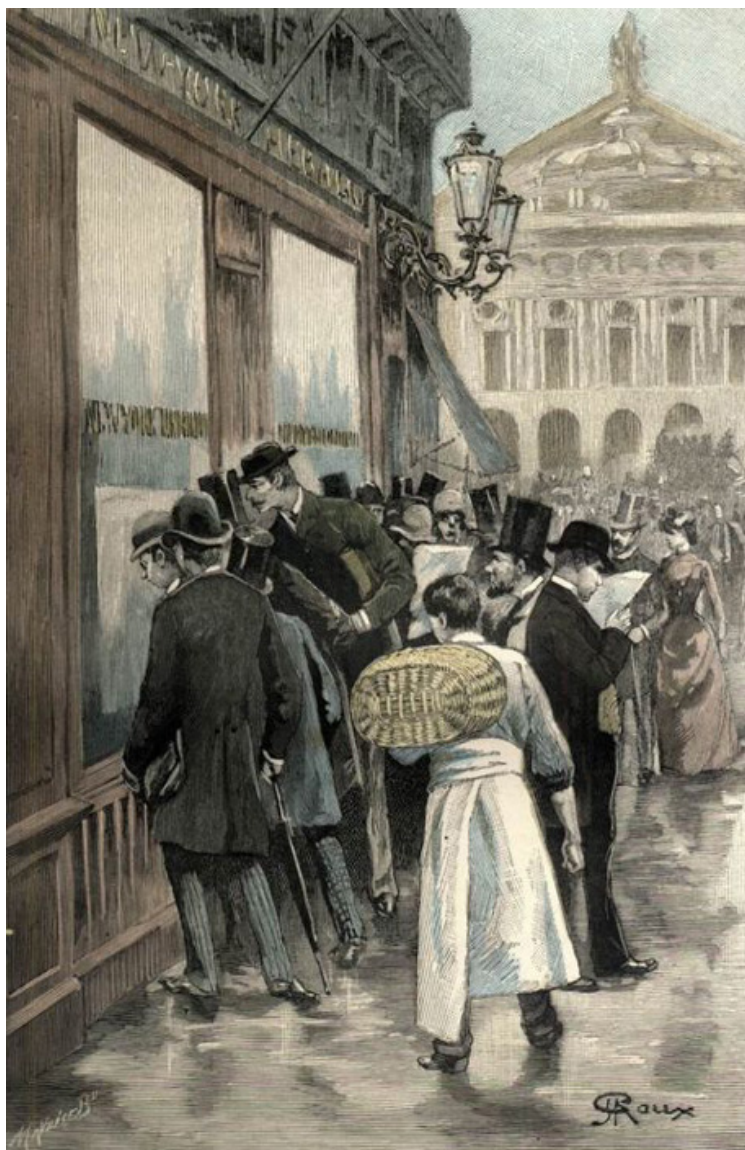
Efectivamente, años atrás, fue vendida en San Francisco de California la isla Spencer, sita en el océano Pacífico, que adquirió el opulento William W. Kolderup por cuatro millones de dólares,

derrotando a su contrincante J. R Taskinar, de Estocolmo. Bien es verdad que se trataba de una isla habitable, cercana a la costa de California, cubierta de bosques, con corrientes de agua y con un suelo muy productivo y sólido, capaz de fructificar, y no una región indefinida, cubierta por las nieves eternas, muy difícil de franquear y que seguramente no podría ser nunca habitada. Era de suponer que el dominio polar no alcanzaría jamás un precio tan elevado.

Pero la novedad del caso había atraído a muchos curiosos aquel día, intrigados por conocer el desenlace de la puja. Era seguro que sería muy interesante seguir los pormenores de la lucha.

Naturalmente, desde que habían llegado a Baltimore, los delegados europeos se vieron constantemente rodeados de una multitud que los acribillaba a preguntas, debiendo contestar a infinidad de interviús para los periódicos. En América la opinión pública se apasiona pronto por cualquier cosa que se salga de lo corriente. Por esto enseguida se hicieron infinidad de apuestas insensatas, dividiéndose las opiniones en grupos distintos, según pertenecieran los opinantes a los Estados del Norte, del Centro, del Oeste o del Sur, pero, en definitiva, todos votaban por su propio país. Todos estaban seguros de que el Polo Norte acabaría por pertenecer a la Unión, pero, sin embargo, no dejaban de experimentar cierta inquietud. No temían ni a Rusia, ni a Suecia-Noruega, ni a Dinamarca, ni a Holanda; sus temores con sus ambiciones territoriales, dispuesta a apoderarse de todo con su proverbial tenacidad y su buena moneda.

Por esto se apostaron grandes cantidades tanto a favor de América como de Gran Bretaña, como si de caballos de carreras se tratara. Por lo que se refiere a los demás países, las ofertas eran irrisorias.



A pesar de que la subasta estaba señalada para las doce del mediodía, ya desde primera hora de la mañana la multitud que se aglomeró delante del local entorpecía la circulación de Bolton Street. La gente estaba muy excitada. Los periódicos dieron la noticia de que la mayoría de las apuestas formuladas por los americanos habían sido aceptadas por los ingleses, y Dean Toondrik

había hecho colocar un anuncio en la sala de Auctions, en el que se podía leer que el Gobierno de Gran Bretaña había abierto un crédito considerable al comandante Donellan. El periódico New Herald comentaba que los Lores del Almirantazgo estaban interesados en la adquisición del territorio ártico, influyendo para que pasara a formar parte de las colonias inglesas.

Pero todo eran rumores y noticias oficiosas, y nadie sabía qué podía haber de cierto en todas ellas. Lo que sí empezaban a reflexionar las gentes sensatas de Baltimore era que, si la North Polar Practical Association no contaba más que con sus propios recursos, era muy posible que Inglaterra terminara por ganar la lucha. Por esto los yanquis intentaban presionar al Gobierno de Washington para que tomara parte en la pugna. La única que parecía tomarse las cosas con calma en medio de aquella efervescencia, era la Sociedad que representaba William S. Forster, que no daba señales de inquietud, como si estuviera de antemano convencida de su propio éxito.

A medida que se acercaba la hora, aumentaba la afluencia de gente a lo largo de la calle. Tres horas antes de abrirse las puertas, ya no era posible acercarse a la sala de ventas. Todo estaba abarrotado. Quedaban libres solamente los sitios reservados a los delegados europeos, que estaban separados por una valla para que el público no los invadiera, y pudieran seguir al menos el curso de la subasta desde un lugar donde se oyeran las ofertas.

Llegaron puntualmente los cinco delegados con Dean Toondrik, que permanecieron unidos en compacto grupo, como un batallón de soldados dispuestos a dar el asalto. Y, en efecto, ¡parecía que iban a lanzarse al asalto del Polo Norte!

En representación de los Estados Unidos de América, no se había presentado nadie más que el modesto consignatario de bacalao, cuyo rostro inexpresivo denotaba una completa indiferencia a todo cuanto le rodeaba. Parecía ausente de lo que ocurría a su alrededor, y a buen seguro que su pensamiento estaba más ocupado por el bacalao que esperaba recibir de Terranova que por la subasta que había de tener allí. ¿A quién representaba aquel hombre? ¿Quiénes eran los que estaban dispuestos a ofrecer millones de dólares por un pedazo de tierra helada? Esto era lo que intrigaba más al público en aquellos momentos.

Porque nadie hubiera podido imaginar que J.

T. Maston

y la señora Evangelina Scorbitt estuvieran interesados en el asunto. ¿Cómo podían adivinarlo? Ambos estaban allí, mezclados con la multitud junto con los miembros del Gun Club, los colegas de J. T. Maston. Con la apariencia de sencillos espectadores, no parecían tener más interés que los otros en aquel negocio. Incluso el propio William S. Forster no daba muestras de reconocerlos.

Naturalmente, contra la costumbre establecida en estos casos, el objeto de la subasta no estaba a la vista del público. El Polo Norte no era una cosa que pudiera pasarse de mano en mano para ser examinado por todos lados, frotado, comprobado y analizado como si se tratara de un bibelot antiguo. Y, sin embargo, era más antiguo que todo lo que había pasado por allí, anterior a la edad de hierro, a la edad de bronce, a la edad de piedra, ya que existía desde la creación del mundo.

Pero a falta del objeto en sí, detrás de la mesa del presidente había sido colocado un gran mapa de las regiones árticas, en el cual se había marcado con lápiz rojo una línea que partiendo del paralelo ochenta y cuatro, circunscribía la parte de la Tierra de cuya venta se trataba. Todo el mundo podía ver que aquella región estaba totalmente cubierta por un mar de hielo terminado en un casquete de considerable espesor. Nadie podía confundirse sobre la naturaleza de la mercancía.

Daban las doce cuando el presidente de la subasta, Andrew R. Gilmour, hizo su entrada en la sala por una puertecilla del fondo, situándose delante de su mesa. El pregonero Flint se paseaba arriba y abajo de la valla que contenía al público, como una fiera enjaulada. Tanto él como el presidente no podían disimular su contento por el importante tanto por ciento que les correspondería por la operación, ya que la venta se efectuaría con pago al contado, cash, según la fórmula americana. La cantidad íntegra sería entregada inmediatamente a los delegados de los Estados restantes que no fuesen el adjudicatario.

En aquel momento, la campana de la sala anunció a los que permanecían fuera que se abría la subasta.

¡Fue un instante solemne! No había un solo corazón en toda la ciudad que no palpitara de emoción. Un solo rumor fue

extendiéndose desde Bolton Street y calles adyacentes hasta llegar a la sala.

Cuando este rumor se calmó, Andrew R. Gilmour se levantó y, paseando su mirada por encima de las cabezas del público que se apretujaba en la sala, dejó caer los lentes sobre su pecho y con voz ligeramente emocionada pronunció las siguientes palabras:

—Señores, a propuesta del Gobierno federal y con la conformidad de varios Estados de Europa y América, procederemos a la venta de un lote de inmuebles situados en la zona del Polo Norte, dentro de los límites actuales del paralelo ochenta y cuatro, con continentes, mares, estrechos, islas, islotes, bancos y todo lo que en él se comprenda, tanto en estado sólido como líquido.

Después, volvióse hacia la pared y señaló el mapa con el dedo:

—Señores, dígnense ustedes posar sus miradas en este mapa, trazado de acuerdo con los últimos descubrimientos. En él se ve que la superficie total del lote que nos ocupa es de cuatrocientas siete millas cuadradas aproximadamente.

A fin de facilitar la operación de venta, se ha acordado que ésta se efectúe por milla cuadrada. Por tanto, un centavo valdrá, en números redondos, cuatrocientos siete mil centavos; y un dólar, cuatrocientos siete mil dólares.

Silencio, señores, por favor.

Esta última advertencia fue motivada por el tumulto provocado por el público impaciente, que hubiera impedido que las apuestas pudiesen ser oídas claramente.

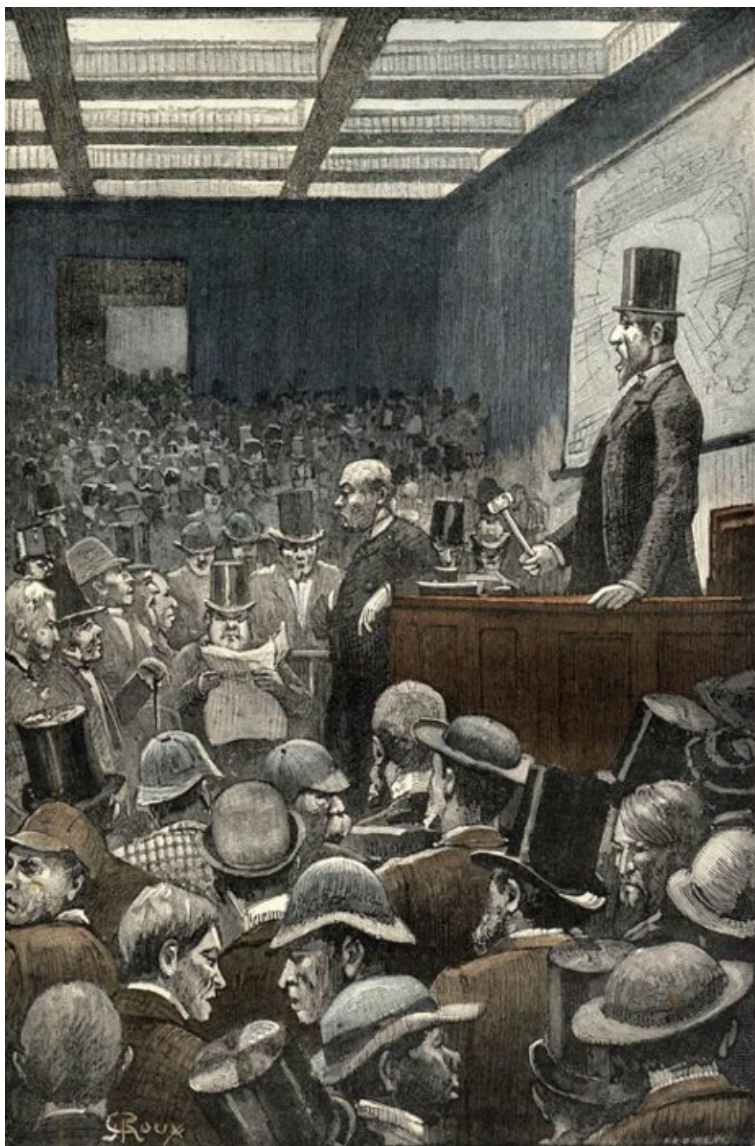
Cuando se restableció el silencio, gracias al voceador Flint, que para hacer callar a los demás vociferaba como un condenado, el presidente pudo continuar su discurso:

—Antes de empezar, creo mi deber recordar a los presentes una de las cláusulas de la subasta. Es ésta: el inmueble polar quedará adquirido definitivamente y pasará a ser propiedad del adquirente, sin que este derecho de propiedad pueda ser discutido ni impugnado, en la circunscripción actual partiendo del grado ochenta y cuatro de latitud septentrional, sean cuales fueren las modificaciones geográficas o meteorológicas que pudieran producirse en el futuro.

¡Otra vez aquella disposición especial que provocaba la hilaridad de unos y la reflexión en otros!

Luego el presidente pronunció las palabras tan esperadas, con vibrante voz:

—Queda abierta la subasta.



Y agitando con una mano su martillo de marfil, añadió:

—Hay un comprador que ofrece diez centavos la milla cuadrada. Diez centavos, o sea la décima parte de un dólar, equivalía a un

total de cuarenta mil setecientos dólares por la totalidad del terreno polar.

Inmediatamente, aquella primera oferta fue cubierta por el representante del Gobierno danés, Eric Baldenak.

—Veinte centavos —gritó.

—Treinta centavos —dijo Jacques Jansen, por cuenta del Gobierno holandés.

—Treinta y cinco —dijo Jan Harald, hablando en nombre de Suecia-Noruega.

—Cuarenta —proclamó el coronel Boris Karkov, en nombre de Rusia.

Estas ofertas representaban ya haber llegado a la cantidad total de ciento sesenta y dos mil ochocientos dólares por el conjunto, y estaban solamente al principio.

Debemos hacer notar que el representante de Inglaterra permanecía mudo como un pez, y ni siquiera había movido los labios.

Igualmente, el consignatario de bacalao, William S. Forster, no había hecho ningún ademán que indicara su intención de intervenir. Incluso parecía que no le interesaba absolutamente la subasta, ya que se había enfrascado en la lectura de la página financiera del Mercurial of New Found-Land.

—¡Cuarenta centavos la milla cuadrada! —repitió Flint con voz chillona.

¡A cuarenta centavos!

Los cuatro colegas del comandante Donellan se miraron. La lucha no hacía más que empezar y ellos ya habían agotado sus créditos, ¿qué harían? ¿Estarían imposibilitados de pujar más?

—¡Anídense, señores! —gritaba Andrew G. Gilmour—. ¡Ofrecen cuarenta centavos! ¿Quién da más? ¡Cuarenta centavos! El casquete polar vale mucho más.

Hacía tan bien el artículo que nadie se hubiera extrañado de oírle decir:

«Garantizamos la pureza del hielo».

Entonces el delegado danés gritó:

—¡Cincuenta centavos!

Inmediatamente, el holandés ofreció diez centavos más.

—¡Sesenta centavos la milla cuadrada! —pronunció Flint—.

Sesenta centavos. ¿Nadie ofrece más?

Sesenta centavos representa la nada despreciable suma de doscientos cuarenta y cuatro mil doscientos dólares.

El público acogió con un murmullo de satisfacción la nueva oferta del delegado holandés. Y, cosa rara, los más pobres, los que no poseían ni un céntimo, los pobres diablos que habían ido movidos por la curiosidad, eran los que demostraban más entusiasmo e interés en aquella lucha de dólares.

Después de la oferta de Jacques Jansen, el señor Donellan había hecho un movimiento con la cabeza en dirección a su secretario, pero éste, con un signo apenas perceptible, le había indicado que no se moviera, y el inglés continuó sin abrir boca.

William S. Forster continuaba absorto en la lectura del periódico, tomando de vez en cuando notas marginales con un lápiz.

Mientras tanto, J. T. Maston correspondía a las sonrisas que le prodigaba la señora Evangelina Scorbitt, haciendo leves inclinaciones de cabeza.

—¡Vamos, señores, anímense...! ¡Demuestren más entusiasmo en las apuestas...! ¡Qué flojo está...! ¡Muy flojo...! ¿Nadie da más? ¿Tendremos que adjudicar a sesenta centavos? —iba diciendo Andrew R. Gilmour, haciendo dar vueltas al martillo entre sus dedos.

—¡Setenta centavos! —dijo el profesor Jan Harald, con voz vacilante.

—¡Ochenta! —gritó casi al mismo tiempo el coronel Boris Karkov.

—¡Bueno! ¡Ochenta centavos! —gritó Flint con los ojos brillantes.

Dean Toondrik hizo un gesto y Donellan, como movido por un resorte, se levantó de un salto diciendo secamente:

¡Cien centavos!

Con aquellas dos palabras, se comprometía a pagar cuatrocientos siete mil dólares.

Todos los que habían apostado por Inglaterra gritaron «¡hurra!» y buena parte del público repitió el grito de triunfo.

En cambio, los que habían apostado por los Estados Unidos, se quedaron mustios mirándose unos a otros con cierta desazón.

¿Cuatrocientos siete mil dólares? Era una cantidad importante para aquella desconocida región del Polo.

¡Es mucho hielo, cuatrocientos mil dólares de iceberg!

¿Pero qué pasaba con el delegado de la North Polar Practical Association que no pronunciaba una palabra, ni levantaba la cabeza de su periódico? ¿Qué esperaba para hacer su oferta? ¿Que los delegados danés, sueco, y ruso y holandés hubiesen agotado los recursos? Pues ya había llegado ese momento, porque después de los cien centavos ofrecidos por el señor Donellan, los cuatro restantes decidieron retirarse, y dejarle el campo libre.

—¡A cien centavos la milla cuadrada! —gritó una y otra vez el presidente.

—¡Cien centavos! ¡Cien centavos! ¡Cien centavos! —iba repitiendo Flint, haciendo bocina con sus manos.

—¿Nadie da más? —preguntó Andrew R. Gilmour—. ¿Todos los presentes lo han oído? Vamos a adjudicar...

Y alzando el brazo agitó el martillo, mientras paseaba la vista provocativamente por encima de las cabezas que se alzaban hacia él, y el murmullo de voces se extinguía repentinamente.

—¡Ciento veinte centavos! —exclamó entonces tranquilamente William S. Forster, sin elevar los ojos del periódico, que continuaba leyendo imperturbable.

—A la una... a las dos... —dijo.

—¡Hip, hip, hip! —gritaban los que habían apostado fuerte por los Estados Unidos de América.

El comandante Donellan se irguió, moviendo el cuello hacia un lado y alargando los labios como el pico de un ave. Lanzó una mirada abrasadora al representante de la Compañía americana, pero el imperturbable William S. Forster no parecía darse cuenta ni demostró interés alguno por la expectación que sus palabras habían provocado.

—¡Ciento cuarenta! —gritó Donellan.

—¡Ciento sesenta! —dijo Forster.

—¡Ciento ochenta! —rugió el comandante.

—¡Ciento noventa y cinco! —contestó Forster.

Y cruzándose de brazos, parecía desafiar a los treinta y ocho Estados de la Confederación.

El silencio era tan profundo que no sólo se habría podido oír el

vuelo de una mosca, sino el danzar de un microbio. Todo el mundo tenía el corazón en un hilo. Parecía como si la vida de todos los asistentes dependiera de las palabras de Donellan, que permanecía rígido e inmóvil en su sitio. En cambio, Dean Toondrik se rascaba el cogote tan nerviosamente que amenazaba arrancarse el cuero cabelludo.

Pasaron unos momentos de silencio que al público le parecieron siglos. El consignatario de bacalao seguía haciendo números al borde del periódico, que continuaba leyendo sin interrupción. ¿Habría agotado sus recursos quizá?

¿Renunciaba a apostar más? ¿Consideraba excesiva y absurda la suma de ciento noventa y cinco centavos por milla cuadrada, que representaba un total de setecientos noventa y tres mil cincuenta dólares?

—¡Ciento noventa y cinco centavos! —repitió Andrew R. Gilmour—. Vamos a proceder a su adjudicación.

Y mientras alzaba el martillo, dispuesto a dejarlo caer sobre la mesa a la tercera advertencia, el voceador iba repitiendo: ¡Ciento noventa y cinco centavos! ¡Ciento noventa y cinco centavos!

—¡Que se adjudique! ¡Que se adjudique! —empezaron a gritar algunos espectadores impacientes, tratando de que el presidente se decidiera de una vez.

—¡A la una... a las dos...! —empezó a decir éste con la mirada fija en el representante de la North Polar Practical Association, que era el blanco de todas las miradas.

Pero aquel hombre pintoresco se estaba sonando las narices con un gran pañuelo de cuadros.

J. T. Maston y la señora Scorbitt también tenían fijas en él sus miradas, y, aún cuando aparentaban indiferencia, no podían disimular completamente la profunda emoción que reflejaba sus pálidos rostros. Pero ¿por qué no se decidía a subir la apuesta el traficante de bacalao?

Entonces William S. Forster, antes de sonarse por segunda vez con estruendo ensordecedor, pronunció con voz suave y recatada:

—¡Doscientos centavos!

Un estremecimiento sacudió a todos los asistentes como una ola que recorriera la asamblea y los partidarios americanos redoblaron sus gritos de ¡hip, hip, hip!

El comandante Donellan se había dejado caer atrás, anonadado, junto a Dean Toondrik, tan anonadado como él. La cantidad enorme de ochocientos catorce mil dólares que ello representaba era superior al crédito de que podía disponer el representante de Gran Bretaña.

Andrew R. Gilmour, en el colmo de la euforia, gritó:

—¡Doscientos centavos! ¡Doscientos centavos a la una... a las dos...! ¿Nadie ofrece más?

Donellan, instintivamente, se levantó de su silla y paseó su mirada por los rostros de los demás delegados, cuyos ojos parecían decirle que sólo confiaban en él para impedir que la propiedad del territorio boreal pasara en poder de los norteamericanos. Pero fue un gesto mecánico, porque el mayor sólo abrió la boca y, sin llegar a pronunciar la palabra esperada, volvió a cerrarla y cayó desplomado en su asiento. Fue el postrer esfuerzo de Inglaterra.

—¡A las tres! ¡Adjudicado! —exclamó Andrew R. Gilmour, dando un fuerte martillazo sobre la mesa.

—¡Hip... hip... hip...! ¡Hurra por los Estados Unidos! —gritaron todos los que habían apostado por América.

En un santiamén corrió la noticia de la adjudicación por toda la ciudad de Baltimore; después, por telégrafo, se extendió por todos los Estados y, cruzando los mares por cable, llegó hasta el último rincón de Europa.

Todos los territorios del Polo Norte comprendidos dentro del paralelo 84, eran ya propiedad firme y definitiva de la compañía North Polar Practical Association, representada por el misterioso William S. Forster.

Al procederse, al día siguiente, a la declaración de propiedad, William S. Forster anunció que la nueva propiedad debía extenderse a nombre de «Impey Barbicane», que representaba dicha Sociedad bajo la razón social de «Barbicane y Compañía».

CAPÍTULO IV

EN EL QUE REAPARECEN VIEJOS CONOCIDOS DE NUESTROS LECTORES



¡Barbican y Compañía...! ¡El presidente de un club de artilleros...! ¿Qué pretendían hacer los artilleros con aquella adquisición? Ahora lo veremos:

No tenemos necesidad de presentar a Impey Barbican, presidente del Gun Club de Baltimore, ni al capitán Nicholl, ni a J. T. Maston,

Tom Hunter, el de la pierna de palo, Bilsby, el coronel Bloomsberry y a todos los demás. A pesar de que estos tipos extraordinarios tengan veinte años más que en la época en que provocaron la admiración del mundo entero, continúan siendo igual que antes, con sus imperfecciones corporales pero con la misma audacia, el mismo afán de aventuras y la misma animación ruidosa de su juventud. El paso de los años no ha hecho mella en el temperamento de este grupo de militares retirados. El tiempo los ha respetado, como se respeta una pieza de museo.

Al fundarse el Gun Club contaba con mil ochocientos treinta y tres miembros activos y al decir miembros nos referimos a personas, no a brazos y piernas, pues la mayoría de los socios carecían de alguno de estos apéndices.

Ahora el número había aumentado hasta más de treinta mil seiscientos corresponsales, que ostentaban orgullosos la insignia del

Club que los unía. Y después de aquella extraordinaria tentativa que habían hecho para establecer contacto con la Luna su celebridad había aumentado considerablemente.

Para los que desconozcan o se hayan olvidado de tan memorable acontecimiento, vamos a explicar en pocas palabras lo sucedido.

Algunos años después de terminarse la Guerra de Secesión, varios socios del Gun Club, para salir de la ociosidad que empezaba a serles muy aburrida, idearon fabricar un proyectil de novecientos pies de largo, con una boca de nueve pies de ancho, que fue fundido y construido en

City-Moon,

en la península de Florida. Este cañón, cargado con cuatrocientas mil libras de algodón-pólvora, lanzó por el aire un obús de aluminio, el cual, por haber sufrido una desviación en la trayectoria prevista, dio una vuelta alrededor de la Luna hasta que volvió a caer a la Tierra, hundiéndose en el océano Pacífico, aproximadamente a 27° 7' de latitud Norte y 41° 37' de longitud Oeste, en donde fue sacado y salvados sus tripulantes por la fragata *Susquehanna*, de la Marina federal.

Porque, aunque parezca extraño, dos miembros del Gun Club, Impey Barbicane, el presidente, y el capitán Nicholl, junto con un joven francés muy conocido por proezas atrevidas, habíanse embarcado en el proyectil para ser los primeros en pisar terreno lunar. Los tres regresaron de su viaje sanos y salvos, pero sin haber podido realizar sus deseos.

Los dos americanos estaban otra vez reunidos en aquel local, pero no así el francés Michel Ardan, que, después de su última aventura, había regresado a Europa, donde logró hacer fortuna y ahora disfrutaba tranquilamente de sus riquezas, en la paz familiar, sin intentar emprender nuevas aventuras. Impey Barbicane y Nicholl también se habían dormido sobre sus laureles después de aquella extraordinaria expedición, pero en su reposo siempre soñaban con realizar grandes cosas o ideaban nuevas y arriesgadas aventuras.

Disponían de dinero en abundancia, ya que del último negocio les quedaban todavía unos doscientos mil dólares, de los cinco millones y medio que habían reunido con la suscripción pública abierta en ambos mundos. Y a falta de recursos, con sólo

presentarse por las ciudades exhibiendo el proyectil de aluminio con que habían realizado su proeza, aparte de recaudar un capital muy respetable, habrían recaudado además toda la gloria que ambicionarse pueda.

Por lo tanto, Impey Barbicane y el capitán Nicholl no tenían ninguna necesidad de correr nuevas aventuras, si no hubieran sufrido por su aburrimiento. Y fue solamente para salir de su ociosidad que se les había ocurrido la compra de aquellas regiones polares.

Sin embargo, fue gracias al capital de la señora Evangelina Scorbitt, que añadió lo que faltaba para la adquisición del Polo Norte, que Norteamérica pudo vencer a Europa en la subasta.

Y ahora explicaremos el porqué de su generosidad.

La popularidad de que gozaban Barbicane y el capitán Nicholl provenía en gran parte de J.

T. Maston,

el secretario del Gun Club. Fueron los hábiles cálculos de este extraordinario matemático que era J. T. Maston, los que permitieron realizar el gran experimento que hemos indicado. El hecho de no acompañar a sus colegas en el primer viaje interplanetario no se debió a miedo o temor alguno. No. Se trataba de que el digno artillero, a consecuencia de heridas de guerra, había perdido el brazo derecho y parte de la materia ósea de su cráneo había sido substituida por un cráneo de gutapercha, lo que verdaderamente no le favorecía. Y, francamente, hubiera sido vergonzoso que la primera visión de los habitantes de la Tierra que hubieran tenido los selenitas fuera tan desdichada.

Por esto, con gran pesar por su parte, J.

T. Maston

se había visto obligado a quedarse en tierra. Pero si se quedó resignado, no por eso permaneció ocioso. Ideó un fantástico telescopio, que hizo construir e instalar en la cima de Long's

Peak, una de las más elevadas de las montañas Rocosas, desde donde iba siguiendo atentamente la trayectoria del proyectil, que iba describiendo en el espacio su majestuosa curva; y noche y día, al pie del gigantesco telescopio, iba siguiendo las peripecias de sus amigos como si estuviera entre ellos.

En un principio se creyó que los osados viajeros se habían perdido para siempre y que no regresarían jamás a la Tierra. Porque ¿no era posible temer, en efecto, que la atracción lunar tuviera cogido el proyectil obligándole a gravitar eternamente alrededor del astro nocturno, como un nuevo satélite? Pero no fue así, por suerte. Una desviación inesperada y que podríamos llamar providencial, modificó la dirección del proyectil, el cual, después de haber dado la vuelta a la Luna, en vez de caer sobre ella, había iniciado un movimiento de regreso a la Tierra a una velocidad de cincuenta y siete mil seiscientas leguas por hora, yendo a sumergirse en los abismos del océano.

Por suerte, la masa líquida del océano Pacífico había atenuado en parte el golpe de la caída, que fue presenciada por los tripulantes de la fragata americana *Susquehanna*. Inmediatamente de localizado el proyectil en el mar, avisaron a J.

T. Maston,

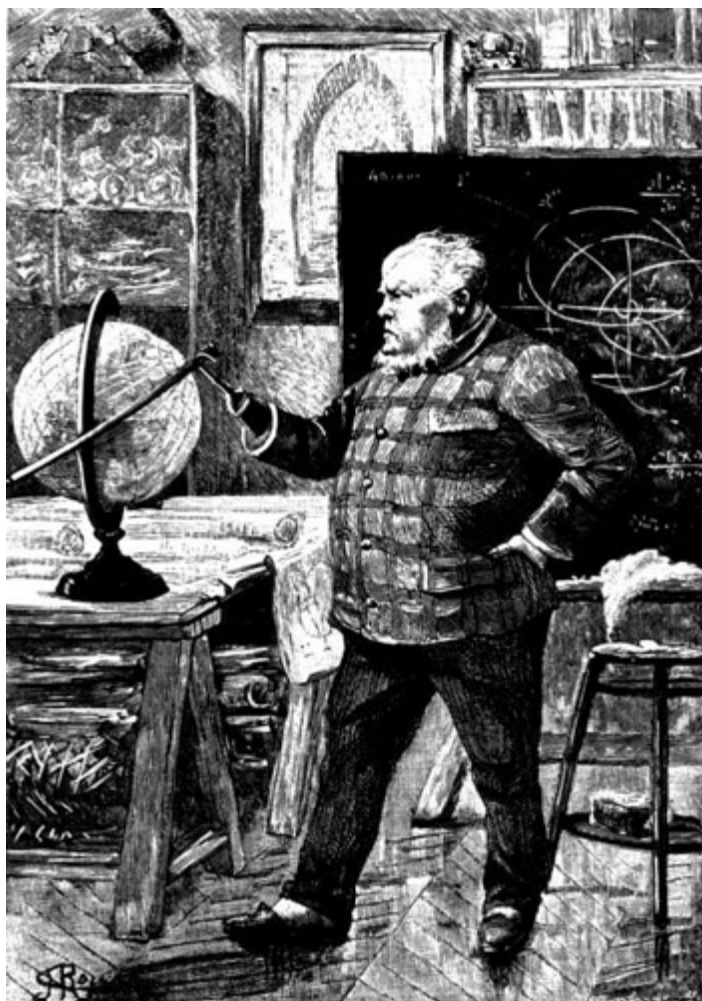
el cual salió inmediatamente de su observatorio de

Long's

Peak para tomar parte en el salvamento de sus camaradas. Fue uno de los primeros en vestirse la escafandra de buzo para rescatar a sus amigos del fondo del océano.

Aunque, en realidad, habría podido ahorrarse todo aquel trabajo, porque el proyectil de aluminio, al desalojar una cantidad de agua superior a su propio peso, remontó a la superficie, quedando flotando en las aguas del Pacífico después del impresionante chapuzón. Por eso, al llegar los servicios de socorro a auxiliar a los supervivientes del cohete naufragado, se encontraron con que éstos estaban jugando tranquilamente al dominó dentro de su cárcel flotante.

Pero la fama de J. T. Maston aumentó considerablemente, por la parte que había tomado en aquellas extraordinarias aventuras.



Bien es verdad que no podemos decir que J.

T. Maston

fuese un hermoso ejemplar, con su cráneo postizo y su brazo de madera terminado en un horrible gancho de hierro. Tampoco era joven ya, pues había cumplido los cincuenta y ocho años en la época que empieza esta historia. Por tanto, su carácter original como su viva inteligencia o el ardor de su mirada, el entusiasmo que ponía en todo lo que hacía, lo habían convertido en un personaje ideal a los ojos de la señora Evangelina Scorbitt. Y es que su cerebro, maravillosamente resguardado por su casquete de

gutapercha, funcionaba a las mil maravillas y le permitía ser considerado como uno de los primeros matemáticos de su tiempo.

Y precisamente la señora Evangelina Scorbitt, si bien no podía tragar las matemáticas —pues la más ligera operación le causaba dolor de cabeza—, en cambio admiraba a los matemáticos, a los que consideraba como unos seres superdotados y de una especie superior a los demás mortales. Y tenía toda la razón, pues son de admirar las inteligencias de estos hombres que juegan con las letras como si fuesen números y hacen lo que quieren de letras y números con la ligereza de un malabarista.

Sí, la señora Evangelina Scorbitt consideraba que estos sabios eran dignos de las mayores atenciones y pensaba que estaban en inmejorables condiciones para atraer a todas las mujeres, en proporción a la masa. Y como sea que J.

T. Maston

era de una corpulencia bastante apreciable, puede decirse que tenía materia suficiente para ejercer sobre ella una atracción irresistible.

Pero el secretario del Gun Club, que se daba cuenta de ello, no podía negar que se sentía muy inquieto, pues nunca había pasado por su imaginación contraer una tan íntima unión con personas del sexo contrario. Debemos confesar también que la señora Evangelina Scorbitt ya no era muy jovencita y puede decirse que había pasado la primera e incluso la segunda juventud a los cuarenta y cinco años cumplidos, con su peinado liso, aplastado a banda y banda de la frente, como un pegote teñido y reteñido, con unos dientes largos y feos, aunque ella se alababa de no haber perdido ni uno, su cuerpo macizo, sin curvas y con un andar poco airoso, tenía todo el aspecto de una vieja solterona, a pesar de haber estado casada durante algunos años, pocos por cierto. Pero aparte su aspecto físico, era una mujer excelente, que se hubiera sentido completamente feliz con sólo sentirse llamar señora J.

T. Maston.



La señora Evangelina, además de ser viuda, era riquísima. No vamos a compararla con los Gould, los Mackay, los Vanderbilt, los Gordon Bennett, cuyas fortunas se cuentan en millares de millones, al lado de quienes un Rothschild queda como un pordiosero. No poseía los trescientos millones de la señora Moses Carpes, ni los doscientos de la señora Stewar, ni ochenta millones como la señora Chocker, todas ellas viudas también; ni era tan rica como las señoras Hammersley, Helly Green, Maffitt, Marshall. Para Stevens Mintury y otras más. Pero hubiera podido tener entrada en aquel

memorable banquete que tuvo lugar en el Fifth Avenue Hotel de Nueva York, en el cual no fueron invitados más que personas cinco veces millonarias por lo menos. Lo cierto es que la fortuna de la señora Evangelina Scorbitt se elevaba a más de cuatro millones de dólares, que heredó de su marido, John P. Scorbitt, que se había hecho millonario combinando la venta de artículos de moda con productos del cerdo. Y la generosa viuda estaba dispuesta a ceder toda su cuantiosa fortuna a J. T. Maston a cambio del tesoro de cariño que estaba segura que el sabio podía darle. Y confiando en la realización de sus sueños de felicidad, la señora Scorbitt no había vacilado en acceder a la proposición de J. T. Maston de que invirtiera algunos de sus miles de dólares en la empresa de la North Polar Practical Association, sin averiguar siquiera la finalidad de aquel negocio. Claro que, tratándose de un asunto emprendido por J. T. Maston, no podía dudarse de la importancia de la cosa. Todo el pasado fabuloso de J. T. Maston pesaba bastante para responder de su porvenir.

Podéis imaginaros que, al saber que el presidente de la nueva Sociedad era el mismo que el del Gun Club, éste gozaría de la más absoluta confianza por parte de la viuda, y, por tanto, estaba dispuesta a tener la mayoría de las acciones de la razón social «Barbican y Compañía», puesto que en este «y Compañía» se incluía la persona de J.

T. Maston.

De este hecho, resultó que la señora Evangelina Scorbitt se convirtió en propietaria, por mayoría de acciones, de aquella porción de Polo Norte comprendida entre el paralelo ochenta y cuatro y el Polo propiamente dicho. ¡Ni más ni menos! Y ahora, ¿qué iba a hacer con sus propiedades?, o mejor dicho: ¿qué pretendía sacar de esta propiedad la Sociedad creada al efecto?

Ésta era la cuestión. Y tanto como interesaba al mundo entero, por mera curiosidad, interesaba a la señora Evangelina Scorbitt, puesto que en ella iban sus millones.

Naturalmente, antes de invertir su dinero en aquel incierto negocio, la buena señora había intentado, con la máxima discreción, sondear a J.

T. Maston

para que la pusiera al corriente del asunto. Pero J. T. Maston había

permanecido mudo como un pez, manteniéndose en la más absoluta reserva. Ya lo llegaría a saber, y muy pronto, cuando le llegara la hora, cuando se diera a conocer al mundo entero el asombroso objetivo que perseguía la Sociedad.

En su fuero interno, ella ya se imaginaba que se trataba de una empresa «que ni imitaba a ninguna ni ninguna otra la imitaría jamás; sería algo que dejaría muy atrás la anterior tentativa de los miembros del Gun Club para ponerse en contacto con la Luna».

Cuando la señora Scorbitt no podía más de curiosidad, e insistía en conocer el enigma. J.

T. Maston

se ponía más misterioso que nunca y le cerraba la boca con estas palabras:

—¡Mi querida señora Scorbitt, tenga confianza!

Y la señora Evangelina Scorbitt tenía confianza; y tuvo también una gran alegría cuando el secretario le dijo que, gracias a ella, los Estados Unidos de América habían derrotado a Europa.

—Bueno, ahora ya me lo podrá usted decir, ¿no? —preguntó entonces la señora Evangelina al ilustre matemático.

—Pronto, muy pronto lo sabrá usted todo —le contestó J.

T. Maston,

apretándole las manos calurosamente.

Este apretón vigoroso tuvo la virtud de calmar a la impaciente señora Scorbitt que, efectivamente, al cabo de pocos días tuvo conocimiento, al igual que todo el mundo, del proyecto insensato lanzado por la North Polar Practical Association.

Con la consiguiente estupefacción, los habitantes del viejo y nuevo continente se enteraron de que la nueva Sociedad iba a lanzar una suscripción pública para explotar en aquellos territorios helados que había adquirido... ¡las hulleras del Polo Norte!

CAPÍTULO V

ANTE TODO, ¿SE PUEDE ADMITIR QUE HAYA HULLERAS CERCA DEL POLO NORTE?



Lo primero que se les ocurrió a las gentes dotadas de sentido común fue:

—Pero ¿puede haber yacimientos de hulla en el Polo?

A cuya pregunta, gentes no menos sensatas, contestaban a su vez:

—¿Y por qué no?

Como sabemos, las capas de carbón se extienden por debajo de la tierra hacia todas partes. En algunas regiones de Europa abundan más que en otras.

América puede considerarse como la mejor provista, si bien también se encuentran con abundancia en África, Asia y Oceanía.

Se han descubierto yacimientos carboníferos en todas las partes de la Tierra y en todas las capas geológicas. En los terrenos más antiguos se halla la antracita: en los superiores, la hulla; en los terrenos secundarios, la estipita, y el lignito en los terrenos terciarios. Se calcula que la Tierra contiene mineral suficiente para abastecernos a todos durante centenares de años.

Actualmente la cifra total que se extrae anualmente en todo el mundo asciende a cuatrocientos millones de toneladas, de las cuales solamente Inglaterra produce ciento sesenta millones de toneladas. Pero con las exigencias de la industria, este consumo irá

continuamente en aumento. A pesar de que la electricidad substituya ya en muchas cosas al vapor, siempre será necesaria a su vez la hulla para la producción de esta fuerza.

El estómago industrial no está nunca saciado de carbón. Podríamos decir que la industria es un animal «carbonífero» que exige una continua alimentación.

Además, el carbón no se usa sólo como materia combustible, sino que es también la substancia telúrica que la Ciencia convierte en una diversidad de productos de varía utilidad. Mediante las correspondientes transformaciones en los laboratorios, se puede teñir, azucarar, aromatizar, vaporizar, purificar, calentar, alumbrar y adornar, produciendo el diamante. Es más útil aún que el hierro. Este metal sí que puede decirse que es inagotable, ya que forma parte de la composición del globo terrestre.

En realidad, podemos considerar que la Tierra es una bola de hierro, más o menos carburada, en estado de fluidez incandescente y recubierta por silicatos líquidos. Todos los demás metales que entran en la composición de nuestra Tierra, lo son en proporciones ínfimas.

Si podemos asegurar que el abastecimiento de hierro es perpetuo, no podemos decir lo mismo de la hulla, muy al contrario. Los sabios que se preocupan del porvenir, aún cuando sea tan lejano que ni ellos mismos puedan alcanzarlo, deberían preocuparse en buscar yacimientos de carbón en todas partes donde la naturaleza, siempre previsora, los haya distribuido en épocas pasadas.

Pero en todas partes existen personas que se complacen en denigrar, ya sea por envidia o por malevolencia, y también hay quien contradice todo lo que le dicen, por el solo placer de llevar la contraria.

—¡Muy bien! —decían éstos—. Pero ¿por qué habría de haber carbón en el Polo Norte?

—¿Por qué? —contestaron los partidarios del presidente Barbicane—. Pues porque es lógico que en la época de las formaciones geológicas no existía diferencia de temperatura entre el Ecuador y los dos Polos, ya que, según la teoría de Blandet, el volumen del sol era considerable. Mucho tiempo antes de la aparición del hombre, cuando la tierra estaba sometida solamente a la acción permanente del sol y la humedad, las regiones

septentrionales del globo estaban cubiertas de bosques inmensos.

Todos los periódicos y revistas adictos a la Sociedad publicaban continuamente miles de artículos hablando de lo mismo, tanto científicamente como de una manera más amena. Todos aquellos bosques que las grandes convulsiones de los primeros tiempos de la tierra habían atraído hasta lo más profundo de sus entrañas, no hay duda que se habían transformado en hulleras por la acción del tiempo, del agua y del fuego central. Por esto no era del todo inadmisibile la hipótesis de que el casquete polar cubriría ricos yacimientos de hulla, capaces de salir al primer golpe de pico del minero.

Además, existían una serie de hechos innegables. Los espíritus positivos, aquellos que son incapaces de sentar una base sobre simples conjeturas, no podían negarlos, pues eran de tal naturaleza que permitía esperar encontrasen distintas clases de carbón en las regiones boreales.



Pocos días después, el señor Donellan y su secretario estaban sentados en un oscuro rincón de la taberna Dos Amigos.

—¿Será posible que este Barbicane tenga razón? —exclamaba Dean Toondrik.

—¡Es más que posible! —le contestó Donellan—. ¡Me temo que sea cierto!

—¡Entonces la explotación de las regiones polares representa una gran seguridad!

—¡Con toda seguridad! —contestó el mayor—. América del Norte posee extensos yacimientos de este mineral y continuamente

se están descubriendo otros nuevos; ¿por qué no quedarían todavía otros de más importantes por descubrir, señor Toondrik? Las tierras árticas son la continuación del continente americano. Sobre todo Groenlandia es exactamente una prolongación de América, puesto que está unida a ella.

—Igual que una cabeza de caballo, cuya forma tiene, está unida al cuerpo del animal —terminó el secretario.

—Debo añadir —continuó éste— que el profesor Nordenskiöld, en sus exploraciones del territorio de Groenlandia, descubrió formaciones sedimentarias, comprendiendo areniscas y esquistos, con mezcla de lignito, encerrando una gran cantidad de plantas fósiles. En el distrito de Disko, solamente, el danés Stoénstrup descubrió sesenta y un yacimientos, en los cuales pueden apreciarse huellas vegetales, restos irrecusables de aquella esplendorosa vegetación que antaño cubría toda la parte superior de la Tierra.

—¿Y más arriba? —preguntó Dean Toondrik.

—Más arriba o más al Norte —replicó Donellan— la presencia de la hulla es tan palpable, que sólo agachándote puedes cogerla. Y si este carbón se encuentra tan a la superficie en estas comarcas, ¿no podemos presumir, con toda seguridad de acertar, que los yacimientos de carbón deben penetrar hasta las últimas profundidades de la tierra?

No podemos negarle la razón al señor Donellan. Era un conocedor a fondo de todas las cuestiones referentes a formaciones geológicas en el Polo boreal, y el más intransigente en tratar de ello. Seguramente habría podido hablar durante mucho tiempo sobre la materia, si no se hubieran dado cuenta de que los parroquianos de la taberna se habían puesto a escucharle. Por ello, tanto él como Dean Toondrik creyeron debían mostrarse más prudentes y reservados, después de que el primero declarase:

—¿No ha notado usted una cosa muy extraña, señor Donellan?

—¿Cuál?

—Que en este asunto lo más indicado parece que debería ser que los explotadores del negocio fuesen ingenieros o por lo menos marinos, ya que se trata de efectuar una exploración del Polo Norte en busca de sus terrenos hulleros, y en cambio los dirigentes son todos artilleros.

—¡Es verdad! —contestó el comandante—. ¡Es una cosa

verdaderamente curiosa y sorprendente!

Entretanto, los periódicos continuaban discutiendo sobre el mismo tema. El *Pall Mall Gazette* publicaba unos artículos muy violentos, intrigado por las altas esferas comerciales de Inglaterra, que se mostraban contrarias a la North Polar Practical Association, y preguntaba a grandes titulares:

«¿Yacimientos? ¿Qué clase de yacimientos?».

E inmediatamente le contestaba el *Daily-News*, de Charleston, acérrimo partidario del presidente Barbicane:

«¿Qué clase de yacimientos? Pues primero que todo los que descubrió el capitán Nares en 1875-76, en el grado ochenta y dos de latitud, así como los estratos que demuestran la existencia de una flora miocena, rica en álamos, hayas, avellanos y coníferas».

El *New York Witness* también se ponía del lado de los americanos, diciendo:

«Ya durante los años 1881 al 1884 la expedición del teniente Greely a la bahía de Lady Franklin descubrió una capa de carbón muy cerca del fuerte Conger, en la caleta Watercourse. También el doctor Pavy afirmó muy acertadamente que esas regiones contienen depósitos carboníferos, que la naturaleza, siempre previsora, es posible que haya acumulado en esta parte de la Tierra, para que algún día pueda combatir el frío en aquellas regiones heladas».

Comprenderéis muy bien que, al citarse hechos tan verídicos y concluyentes como los que mencionamos, los adversarios del presidente Barbicane no encontraban motivos que alegar contra las afirmaciones autorizadas de los descubridores americanos. Por esto

los partidarios de «¿Por qué ha de haber yacimientos?» tenían que retirarse ante sus contrarios, los partidarios de «¿Por qué no ha de haberlos?». Y como sí los había, y seguramente en una extensión y cantidad muy apreciable, la empresa americana iba ganando adeptos. No había duda de que el subsuelo polar contenía cantidades inmensas del precioso combustible, en lo más recóndito de sus entrañas donde antaño la vegetación crecía tan exuberante.

Pero al ver que carecían de base para combatir la existencia de los yacimientos hulleros, cuya existencia era ya un hecho real, los detractores, entonces, se desquitaban, atacando al bando contrario por otro lado.

El comandante Donellan, que iba en cabeza de los antiamericanos, aprovechaba las menores ocasiones para desacreditar la empresa. Un día que se hallaba reunido con varios miembros del Gun Club precisamente en una sala del mismo, Donellan promovió una discusión con su presidente Barbicane, en el curso de la cual le espetó:

—¡Muy bien! ¡Admito que existan yacimientos hulleros en el Polo Norte!

¡Incluso lo afirmo! Pero, vamos a ver, ¡id a explorar el terreno adquirido!

—Precisamente esto es lo que pensamos hacer —contestó tranquilamente Impey Barbicane.

—¡Me gustará veros pasar el paralelo ochenta y cuatro, que nadie ha podido ni se ha atrevido a traspasar!

—¡Nosotros lo pasaremos!

—¿Y pretendéis llegar al mismo Polo Norte?

—¡Llegaremos!

El presidente del Gun Club contestaba con tanta seguridad y sangre fría, estaba tan convencido de realizar lo que prometía, que incluso los más reacios empezaron a vacilar en sus creencias. Veían que tenían ante sí a un hombre de las más altas cualidades, que no había perdido fuerza, vigor ni seguridad con los años, que conservaba la serenidad y la sangre fría sin perder la calma ni la seriedad, exacto como un cronómetro, atrevido pero concentrado, arriesgado, pero no temerario, desplegando sus ideas para la realización perfecta de las empresas más osadas.

El comandante Donellan experimentaba unos furiosos deseos de

saltar sobre su adversario y estrangularlo, al verlo tan frío y seguro de sí mismo. Pero el presidente Barbicane era tan fuerte en lo moral como en lo físico, y su cuerpo era capaz de aguantar los más rudos golpes, con la misma firmeza que su espíritu aguantaba los ataques de sus rivales y envidiosos enemigos.

Entonces, viendo que no había manera de atacar por ningún lado la empresa que se proponía realizar la nueva sociedad, los adversarios de la misma adoptaron el sistema de tomárselo a chacota, gastando las más furibundas bromas contra el presidente Barbicane, burlándose de sus proyectos, que tachaban de absurdos y ridículos. En muchos periódicos europeos, y muy especialmente en la Gran Bretaña, que no sabía conformarse con su derrota en aquella lucha en la que la libra esterlina se había visto vencida por el dólar, empezaron a salir toda clase de caricaturas.

¡Ah! ¡Un americano afirmaba que llegaría hasta el Polo boreal!
¡Ah!

¡Afirmaba que sería el primero en poner el pie donde ningún ser humano habíase atrevido a ponerlo todavía! ¡Ah! ¡Izaría la bandera de los Estados Unidos de América en el único punto de la Tierra que permanece inmóvil eternamente, mientras ésta gira en su movimiento continuo!

Y con toda esta historia, los caricaturistas tenían tema para rato.

No sólo en los periódicos, sino que incluso en los escaparates de las principales librerías y quioscos de periódicos más importantes de todas las capitales de Europa, se exhibían caricaturas y dibujos del presidente Barbicane, en las más diversas actitudes y usando de los medios más extravagantes para alcanzar la zona del Polo Norte.

En uno se veía al sabio americano rodeado de todos los miembros del Gun Club, que provisto de un pico estaba cavando un túnel submarino que atravesaba los bancos de hielo del Polo para salir al centro mismo del eje.

En otro, en caricaturas muy parecidas, se veía a Barbicane, J. T\ Maston y el capitán Nicholl descendiendo en el tan cacareado punto del Polo Norte, por medio de un globo, y, después de ímprobos esfuerzos, se llevaban un pedazo de carbón de media libra de peso. Una cantidad que encontraban en el famoso yacimiento de las regiones polares.

El célebre periódico inglés Punch también las emprendía contra

los americanos. En una caricatura veíase a J.

T. Maston

arrastrado por la atracción del Polo y quedando pegado al suelo debido al garfio de hierro.

Pero el sabio matemático no era hombre para tomarse a broma las burlas sobre sus desgracias físicas, y tenía temperamento demasiado violento para no indignarse contra las ofensas inferidas a su persona. No hay que decir que la señora Evangelina Scorbitt participaba de su justa indignación.

En La Linterna Mágica, periódico de Bruselas, publicaban una caricatura representando a Impey Barbicane con todos los miembros de la Sociedad, cubiertos con trajes incombustibles, muy atareados en medio de un fuego inmenso. Pretendíase que habían derramado cantidades enormes de alcohol sobre el mar helado, a fin de fundir los hielos del Océano glacial y abrirse paso hasta el centro del Polo, convirtiendo la zona polar un enorme ponche ardiendo.

viaje. Como moderno Jonás, tanto el presidente como el secretario, se habían sacrificado haciéndose engullir por una ballena, que pasando por debajo de los bancos de hielo, los conduciría hasta el inaccesible Polo Norte.

Al contrario de J. T. Maston, el célebre director de la Sociedad no se preocupaba lo más mínimo por los excesos de imaginación de que daban prueba los periodistas. Él iba haciendo su trabajo, dejando que entretando los demás se rieran, burlaran y ridiculizaran su obra.

Tal como se había acordado en el Consejo de la Sociedad, los nuevos propietarios del territorio federal abrieron una suscripción de su dominio. Las acciones, a cien dólares cada una, fueron solicitadas en casi su totalidad por americanos de los treinta y ocho Estados federales, tanto era el crédito de que disfrutaba el presidente Barbicane y compañía.

—¡Mejor, mucho mejor! —exclamaban al saberlo los partidarios de la North Polar Practical Association—. ¡Así la empresa será totalmente americana!

En fin, la sociedad presidida por Barbicane gozaba de tan buen crédito; todos los americanos tenían tanta fe en la realización de las promesas de los dirigentes de la Empresa; creían tanto en la existencia de yacimientos hulleros y no dudaban de la posibilidad de explotarlos, que el capital de la sociedad quedó suscrito por tres veces.



Tuvieron que reducirse las suscripciones, y el día 16 de diciembre quedó definitivamente establecido el capital social, en la suma de quince millones de dólares, que habían entrado en caja hasta la fecha.

Era una cantidad casi tres veces mayor que la suscrita por el Gun Club con motivo de la gran aventura experimental de lanzar un cohete a la Luna.

CAPÍTULO VI

EN EL QUE ES INTERRUMPIDA UNA CONVERSACIÓN TELEFÓNICA ENTRE LA SEÑORA SCORBITT Y J. T. MASTON



El presidente Barbicane había asegurado que cumpliría su objetivo —y ahora que disponía del capital suficiente podía afirmarlo sin miedo a las posibles dificultades pecuniarias— y más aún, de no estar seguro del éxito, no se habría aventurado a hacer aquel llamamiento tan arriesgado a los capitales ajenos.

¡Por fin el genio y la audacia de los hombres realizarían la conquista del Polo Norte!

El presidente Barbicane y el Consejo de la Sociedad disponían ahora de todos los medios para lograr un verdadero triunfo en aquella expedición, después de los continuos fracasos de todos cuantos habían intentado realizarla hasta la fecha. Ellos realizarían lo que no habían sido capaces de conseguir ni Franklin, ni Kane, ni De Long, ni Nares, ni Greely. Traspasarían el paralelo ochenta y cuatro y tomarían posesión del terreno adquirido en la subasta, añadiendo con su hazaña una estrella más a la bandera americana, correspondiente al treinta y nueve Estado agregado a la Confederación americana.

Pero los delegados europeos, así como sus partidarios, tan escépticos como ellos, no querían dar crédito de ningún modo a las promesas de los yanquis, y repetían sin cesar en cuanto se hablaba

de la cuestión:

—¡Embusteros!

Y sin embargo, el medio lógico, práctico e indiscutible que J.

T. Maston

había imaginado para alcanzar el Polo Norte, era de lo más verdadero y tan sencillo que casi podríamos decir infantil. De la cabeza de aquel sabio, cuyo cerebro estaba siempre en perpetuo trabajo, había salido el grandioso proyecto y la sencillez de su realización.

No debemos olvidar que el secretario del Gun Club era un calculador muy experto. Los más complicados problemas matemáticos eran resueltos por él como un pasatiempo. No existían para él dificultades ni en el álgebra ni en la aritmética. Con una facilidad asombrosa manejaba los signos algebraicos; letras, números, rayas, coeficientes y exponentes, radicales e índices brotaban de su pluma, o mejor dicho, del pedazo de tiza que hacía mover con la punta de su gancho, porque prefería trabajar en la pizarra. Su temperamento podía expansionarse con fervor sobre aquella superficie negra de unos diez metros cuadrados, pues J.

T. Maston

necesitaba mucho espacio para trazar las enormes cifras que salían de sus fogosas manos. Sus 2 y sus 3 parecían pajaritas de papel, los 7 semejaban grandes horcas en espera del ahorcado; sus 8 eran como gigantescos lentes puestos de través; y los 6 y los 9 lucían siempre largas y retorcidas colas.

En cambio las letras, las dibujaba de un solo rasgo, sin adornos, tanto las primeras del alfabeto, a, b, c, que usaba para representar las cantidades conocidas, como las últimas, x, y, z, que indicaban los datos desconocidos y sobre todo las z, que trazaba en un zigzag violento. ¡Y había que verlo cuando tenía que escribir las letras griegas! Ahí sí que se lucía en los perfiles, tanto como para satisfacer a un Arquímedes o a un Euclides.

En los signos era donde se notaba más la claridad y la seguridad de su carácter. Sus + demostraban claramente que era el signo indicador de la suma de dos cantidades. Sus - eran más modestos pero quedaban bien. Sus x eran enérgicas como cruces de San Andrés, y sus = dibujados con dos rayas exactamente iguales y paralelas, acusaban el origen de J. T. Maston, nacido en un país en

que la igualdad no es sólo una palabra formularia, al menos entre individuos de raza blanca. Igualmente podemos apreciar sus rasgos característicos tanto en los $<$ como en los $>$ y los $\wedge$ realizados en proporciones extraordinarias. Y cuando se trataba de dibujar el signo $\sqrt{}$ indicador de la raíz de un número o una cantidad, lo completaba añadiéndole una línea enérgica en _____ trazado con tanta energía que parecía un brazo amenazador que iba a salir de la pizarra para obligar al mundo a someterse a sus ecuaciones furibundas.

¡Y no se vaya a creer que la inteligencia matemática de J.

T. Maston

se redujera a un limitado horizonte de álgebra elemental! ¡No! Estaba tan familiarizado con el cálculo diferencial como con el cálculo integral, y nadie trazaba con más seguridad que él el signo famoso de la integración, esta sencilla y grandiosa letra $\int$ que es la suma de un conjunto de elementos infinitesimales.

En fin, podemos decir que era un hombre extraordinario, capaz de elevarse hasta lo más alto de las ciencias matemáticas.

Por esto, sus compañeros ponían una confianza absoluta en él, cuando se trataba de resolver los problemas más dificultosos ideados por los cerebros más complicados. Por todo esto el Gun Club había pensado en él como en la persona más apropiada para resolver el problema del proyectil que querían lanzar a la Luna. Y también, por todo lo expuesto, la señora Evangelina Scorbitt experimentaba hacia su persona una admiración y una devoción tales, que rayaban en los arrebatos del amor.

Pero por lo que se refiere al asunto que nos ocupa o sea, la realización de la conquista del Polo Norte, J.

T. Maston

no tenía que sumirse en los trabajos sublimes del análisis. Para poder llevar a cabo la explotación del territorio ártico por los nuevos propietarios de los terrenos, el secretario del Gun Club tenía que resolver simplemente un problema de mecánica —claro que sería un problema complicadísimo—, que exigiría la elaboración de fórmulas atrevidas, pero nadie dudaba que saldría victorioso de la empresa.

¡Sí! Todos podían tener confianza en J.

T. Maston,

y todos la tenían, a pesar de que el menor error en los cálculos podía costarles caro. J.

T. Maston

no había cometido nunca un error de cálculo; ya desde su más tierna infancia se había ejercitado su cabeza en esta tarea con tanta afición, que jamás se había equivocado en una milésima de micrómetro. Y, dado su temperamento, de haber cometido un error infinitesimal, seguro que no habría vacilado en suicidarse.

Insistimos en exponer el carácter noble de J.

T. Maston,

para que os deis perfecta cuenta de su modo de ser. Pero habríais de verlo en el trabajo; y para daros una idea, vamos a retroceder unas semanas en nuestro relato.

Cosa de un mes antes de poner en conocimiento del público en general el curioso documento, J.

T. Maston

había sido encargado de reducir a números redondos los elementos del proyecto, que él mismo había sugerido a sus compañeros, explicándoles sus maravillosos resultados.

J. T. Maston vivía desde hacía muchos años en el núm. 179 de Franklin Street, en un barrio tranquilo de Baltimore, muy apartado del centro donde se hacían y deshacían los negocios, de los cuales el matemático no entendía nada; allí podía trabajar pacíficamente, alejado del bullicio de la gente, que siempre le molestaba.

Como no disponía de otros medios de vida que la pensión que recibía como oficial de artillería retirado y el modesto sueldo que percibía como secretario del Gun Club, habitaba una modesta casita denominada «Ballistic-Cottage» con un negro por todo servicio, que se llamaba

Fire-Fire

(que en inglés quiere decir «Fuego-Fuego», nombre muy apropiado para el criado de un oficial de artillería). El negro también había sido soldado de artillería y cuidaba de su amo con el mismo esmero que usaba antes con su pieza.

J. T. Maston era un solterón empedernido, que cultivaba la creencia que la soltería es la mejor situación en este mundo. Estaba convencido de la veracidad del proverbio eslavo que dice: «Puede tirar más un pelo de mujer que una yunta de bueyes».

Pero si vivía solo en «Ballistic-Cottage» era porque quería, ya que, como sabemos, con sólo hacer un gesto, habría transformado su soledad de uno en compañía de dos, y su modesto capital en la fortuna de un multimillonario. Era más que seguro que la señora Evangelina Scorbitt se sentiría completamente feliz con... Pero, en realidad, era J.

T. Maston

quien no estaba muy seguro, al menos hasta el presente, de que sería mucho más feliz con... Por esto, aquellos dos seres que parecían haber nacido el uno para el otro —o al menos esto era lo que pensaba la acaudalada viuda— no parecían tener que llegar nunca a consumir aquella fusión.

La casita del matemático era muy pequeña, compuesta sólo de planta y un piso. En la planta baja había una pequeña salita, un comedor más pequeño aún, la cocina y la despensa. En el piso de arriba, el dormitorio y el despacho, que daban al jardín, y a donde los ruidos de la calle no llegaban jamás. Era un lugar retirado, adecuado para un sabio, que hubieran envidiado más de un Newton, un Laplace o un Cauchy.



En cambio, ¡qué distinta era la casa de la señora Evangelina Scorbitt, construida en el lugar más aristocrático de New Park, con sus numerosos balcones esculpidos, adornando la fachada con un amasijo de esculturas y bajorrelieves de todos los estilos y épocas! Sus inmensos salones estaban amueblados confortablemente y con gran lujo; tenía una importante galería de pintura, en la que se contaban los cuadros de los mejores pintores franceses; una soberbia escalinata conducía a las habitaciones de los pisos superiores, y un ejército de criados cuidaba de la casa, de sus cuadras, sus cocheras y su maravilloso jardín, cubierto de hermosos

árboles y alegres fuentes; y, dominándolo todo, una alta torre, en la punta más alta de la cual ondeaba la bandera azul y oro con las armas de los Scorbitt.

Tres largas millas separaban el majestuoso palacio de New Park de «Ballistic-Cottage», pero habían instalado una línea telefónica directa entre las dos viviendas, y así muy a menudo podían mantener conversación desde el palacio al cottage y si no podían verse, podían oírse la voz. A nadie asombrará que fuese la señora Evangelina Scorbitt quien llamaba casi cada día a J.

T. Maston,

el cual raramente lo hacía. Cuando esto ocurría, el sabio matemático interrumpía su trabajo con cierto disgusto, pues le molestaba que lo estorbaran en sus tareas, sobre todo para decirle sólo unas palabras de salutación a las que correspondía con un gruñido furioso, regresando a sus problemas seguidamente.

El día 3 de octubre, al término de una larga reunión, J.

T. Maston,

después de despedirse de sus compañeros, se dirigió a su casa, dispuesto a trabajar un buen rato. Se trataba de algo muy importante, pues le habían encargado que estudiara los procedimientos mecánicos indicados para poder realizar el viaje hacia el Polo boreal y manera de efectuar la explotación de los yacimientos que se escondían bajo el hielo.

J. T. Maston calculaba que necesitaría unos ocho días para poder llevar a cabo su tarea, muy complicada y delicada, ya que tenía que resolver varias ecuaciones relativas a la mecánica, a la geometría analítica y a la trigonometría.

Para evitar que nada pudiera interrumpir sus cálculos, habían acordado que durante estos ocho días nadie lo visitaría ni molestaría para nada, debiendo permanecer aislado completamente en su cottage. La señora Evangelina Scorbitt experimentó un gran disgusto al pensar que tendría que estar ocho días aguantándose las ganas de hablar con su adorado sabio, pero tuvo que conformarse. Pero aquella tarde, la última que podía verle antes de que se enfrascara en sus trabajos, la viuda había querido hacerle una última visita, junto con el mismo presidente Barbicane, el capitán Nicholl, Bilsby, el coronel Bloomsberry y Tom Hunter, el de la pierna de palo, que también se habían reunido allí.

—¡Triunfaréis, mi querido Maston! —le dijo al despedirse.

—¡Ojo con equivocarse! —añadió haciendo un guiño el presidente Barbicane.

—¡Equivocarse él! —exclamó la señora Evangelina Scorbitt.

—¡Errores, sólo Dios puede decir que no los ha cometido, al combinar las leyes de la mecánica celestial! —contestó modestamente el secretario del Gun Club.

Después, todos se despidieron con un buen apretón de manos, al que la viuda añadió algunos suspiros por su parte, deseándole mucho éxito en sus cálculos y recomendándole que no abusara del trabajo y se cuidara en bien de todos. Por fin, J.

T. Maston

cerró la puerta de su casa tras el último visitante, y recomendó a Fire-Fire

que no la abriera a nadie más, aunque fuera el mismísimo Presidente de los Estados Unidos quien llamase.

J. T. Maston pasó los dos primeros días de reclusión reflexionando y releendo varias obras relacionadas con la Tierra y sus elementos; estudió detenidamente su densidad, volumen, forma, sus movimientos de rotación y traslación, todo cuanto le pudiera servir de base para sus cálculos.

Detallaremos los datos principales por creer que es conveniente para el lector conocerlos antes de proseguir nuestro relato:

La Tierra está formada por un elipsoide de revolución, cuyo radio mayor mide 6.

377 398

metros y el menor 6.

356 080

metros. Esta diferencia de

21 318

metros es debida al aplastamiento de los Polos de nuestra Tierra.

La circunferencia de la Tierra en el Ecuador es de

40 000

kilómetros.

La superficie de la Tierra se calcula aproximadamente en 510 millones de kilómetros cuadrados.

El volumen de la Tierra es aproximadamente de mil millares de millones de kilómetros cúbicos.

La densidad de la Tierra es, siempre aproximadamente, de cinco veces la densidad del agua. Esta cifra ha sido hallada por Cavendish con la ayuda de unas balanzas inventadas y construidas por Mitchell, pero posteriormente fue rectificada por Baily, Wilsy, Cornu y Baille, quienes repitieron la operación con nuevos medios que dieron como resultado la cifra de 5670 gramos.

El movimiento de traslación de la Tierra alrededor del Sol es de 365 días y un cuarto, lo que constituye el año solar, o, si queremos ser más exactos: 365 días, 6 horas, 9 minutos, 10 segundos y 37 décimas de segundo, lo que representa una velocidad de 30 400 metros por segundo.

Recorrido de la Tierra en su movimiento de rotación sobre su eje por los puntos de su superficie en el Ecuador: 463 metros por segundo.

J. T. Maston eligió para sus cálculos las unidades siguientes: el metro, el kilogramo, el segundo y el ángulo en el centro para la longitud, la fuerza, el tiempo y el ángulo respectivamente.

No fue hasta el día 5 de octubre, a las ocho de la tarde —cuando se trata de un trabajo extraordinario, es necesario precisar exactamente—, que J.

T. Maston,

considerando que había reflexionado ya bastante, empezó a poner por escrito el resultado de sus reflexiones. Ya desde un principio, atacó el problema por la base, o sea, por el número que representa la circunferencia de la Tierra en su círculo mayor, es decir: el Ecuador.



Había colocado la pizarra en su caballete de madera de roble, en una esquina de la habitación, de cara a la luz que entraba por una de las ventanas que daban al jardín. El cajón de la pizarra estaba lleno de barritas de tiza y el borrador estaba preparado al alcance de la mano izquierda, mientras la derecha, o, mejor dicho, el garfio de hierro, estaba a punto de marcar cifras, fórmulas y figuras en el encerado.

Lo primero que hizo J. T. Maston, fue trazar una gran circunferencia, que representaba la Tierra. Marcó la línea del Ecuador con una raya gruesa, en lo que representaba la parte

exterior y que continuaba con una línea de puntitos significando el interior del globo, para dar la sensación de volumen en la esfera.

Luego dibujó el eje que partía perpendicularmente el Ecuador saliendo por los dos Polos, en cada uno de los cuales escribió las letras

N. y S.,

respectivamente.

Luego, en un extremo de la pizarra, puso la cantidad de metros que mide la circunferencia terrestre, o sea de 40 millones.

Entonces, una vez hecho todo esto, J.

T. Maston

se dispuso a iniciar sus cálculos.

Tan absorto estaba en sus operaciones, que no se dio cuenta del cambio en el estado de la temperatura, que se había ido efectuando en el curso de aquella tarde. Hacía poco más de una hora que se iba fraguando una de aquellas tempestades que por su importancia afectan en gran manera a todos los mortales. Una gran cantidad de nubes espesas iba acumulándose en el firmamento, que se cubría de un tono gris plomo, cubriendo pesadamente toda la ciudad. A lo lejos resonaba el retumbar del trueno y el zigzag fluorescente de los relámpagos rasgaba la atmósfera tensa de electricidad.

Pero J. T. Maston continuaba absorto cada vez más profundamente en su trabajo, y no se daba cuenta de nada.

De pronto, sonó estridente el timbre del teléfono, turbando el silencio del gabinete del matemático.

—¡Vaya! —exclamó J. T. Maston—. ¡Si no pueden venir por la puerta vienen a importunarme por los hilos telefónicos...! ¡Bonito invento para quienes necesitan silencio y tranquilidad...! ¡Me parece que lo mejor será que quite la corriente mientras trabajo y así me dejarán tranquilo hasta que termine! Pero, a pesar de todo, cogió el aparato:

—¿Qué se ofrece? —preguntó malhumorado.

—Estar en contacto con vos unos minutos —contestó una voz femenina.

—¿Quién sois?

—¿No me conocéis, querido señor Maston? Soy yo... la señora Scorbitt.

—¡La señora Scorbitt! ¡Pero, no podéis dejarme ni un minuto

tranquilo!

A pesar de que estas palabras fueron pronunciadas con un tono nada halagador, debido a la distancia, alcanzaron a los oídos de la viuda como un susurro, de manera que no llegaron a ofender sus sentimientos.

J. T. Maston, sin embargo, como era un caballero, pasado el primer momento de enojo, se esforzó en contestar lo más amablemente que pudo a la afectuosa viuda.

—¡Ah, sois vos, señora Scorbitt! —dijo suavizando la voz.

—¡Yo misma, querido señor Maston!

—¿Y qué deseáis, señora Scorbitt?

—Avisaros de que se avecina una gran tempestad.

—Bueno, pero yo no puedo hacer nada para impedirla...

—Ya lo sé —dijo Evangelina—, pero solamente lo digo por si no habéis atinado en cerrar todas las ventanas de vuestra casa...

Apenas la señora Scorbitt acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló un trueno formidable que hizo temblar el espacio. Parecía que se hundía el firmamento, con un ruido parecido al de una pieza de tela rasgada violentamente. El rayo había caído muy cerca de «Ballistic-Cottage», y la corriente, pasando a través del hilo telefónico, irrumpió brutalmente en el despacho del matemático.



J. T. Maston, que se hallaba inclinado sobre el auricular, recibió en la mejilla un sopapo formidable, como nunca haya recibido sabio alguno. Y la chispa, corriendo rápidamente por su gancho de hierro, le dio tan tremenda sacudida que lo derribó al suelo como un muñeco. Al propio tiempo, la pizarra fue arrancada de su caballete, yendo a parar en el extremo opuesto de la habitación, y la invisible

fuerza eléctrica salió misteriosamente, perdiéndose en la tierra.

Completamente atontado, J. T. Maston se levantó del suelo, palpándose el cuerpo para asegurarse de que no estaba herido. Comprobando que no tenía nada roto, y sin perder la sangre fría, volvió a poner la habitación en orden, colocó nuevamente la pizarra encima del caballete que se había caído, recogió los pedazos de tiza esparcidos por el suelo y reanudó su trabajo, en el mismo lugar en que fue interrumpido tan bruscamente.

Entonces se dio cuenta de que, con la caída, se habían borrado de la pizarra las cifras escritas a la derecha, indicadoras de los metros que representaba la circunstancia de la Tierra. Cuando estaba rehaciéndolos, sonó nuevamente el timbre del teléfono, con su estridencia habitual.

—¡Otra vez! —exclamó J. T. Maston fastidiado.

—¿Quién es? —preguntó cogiendo el auricular.

—Soy yo... la señora Scorbitt.

—¿Y qué queréis ahora, señora Scorbitt?

—¿Ha caído en Ballistic-Cottage este terrible rayo?

—¡Así lo creo!

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué os ha pasado?

—¡Tranquilizaos, señora Scorbitt!

—¿Os habéis hecho daño, querido señor Maston?

—No, no me ha pasado nada.

—¿Estáis seguro de encontraros bien del todo?

—Perfectamente, y muy agradecido/por vuestro interés hacia mí persona logró decir J.

T. Maston,

haciendo acopio de toda su galantería.

—¡Me alegro mucho de que no os haya pasado nada! ¡Buenas tardes, querido señor Maston!

—¡Buenas tardes, querida señora Scorbitt!

Pero, después de colgar el teléfono, murmuró mientras se dirigía otra vez a su trabajo:

—¡Al diablo esta buena mujer! Si no hubiera tenido la mala idea de llamar por teléfono, no me habría ocurrido esto, ¡por poco me mata un rayo por su culpa!

Pero ya no volvieron a interrumpirle y J.

T. Maston

pudo proseguir sus cálculos con toda tranquilidad. Claro que tuvo la precaución de cortar la comunicación telefónica antes, dejando el aparato completamente desconectado, por si acaso.

Dedicándose por completo a su trabajo, fue haciendo fórmulas y más fórmulas hasta encontrar la fórmula definitiva, que escribió al lado izquierdo de la pizarra, borrando todas las operaciones que le habían servido para hallar la verdadera.

—Y sobre aquella fórmula empezó una interminable serie de operaciones algebraicas.

A los ocho días, el 11 de octubre exactamente, quedó resuelto definitivamente el magnífico cálculo de mecánica y J.

T. Maston

pudo presentar triunfalmente a sus colegas la solución del problema que todos esperaban con la impaciencia que es natural.

Podía decirse, pues, que había quedado determinada la manera práctica de alcanzar el Polo Norte y explotar sus yacimientos, con una presión matemática.

Fue entonces cuando se fundó la Sociedad que tomó por título North Polar Practical Association, a quien el Gobierno de los Estados Unidos había cedido la concesión del territorio ártico, en el caso de que éste le fuera adjudicado. Ya sabemos todo lo que ocurrió después, cómo la Sociedad se hizo propietaria de la nueva adjudicación y cómo procedió a su llamamiento a todos los capitalistas del mundo para que prestaran su concurso a tan magna empresa.

CAPÍTULO VII

EN EL QUE EL PRESIDENTE BARBICANE DICE LO QUE LE CONVIENE



El día 22 de diciembre se convocó la junta general de los accionistas de la Compañía Barbicane. Naturalmente, la reunión tenía lugar en los locales del Gun Club en su edificio de Unión Square. Verdaderamente, ni toda la plaza hubiera sido suficiente para contener a todos los accionistas, que sumaban una cantidad impresionante. Pero no cabía pensar en celebrar una reunión al aire libre en cualquiera de las plazas de Baltimore, en una época del año en que el termómetro señalaba diez grados bajo cero.

Es ya sabido que el ancho patio del Gun Club estaba adornado con una gran variedad de instrumentos que correspondían a la noble profesión de todos sus miembros. Tanto es así, que más que un Club parecía un verdadero museo de artillería. Por capricho del decorador, incluso los muebles recordaban la profesión de sus socios, y podían verse sillas, sillones, mesas y sofás presentando la forma estilizada de aquellos instrumentos mortíferos que tanto apreciaban Barbicane y sus colegas.

Pero aquel día estas alusiones eran intempestivas, y mejor sería apartarlas a un lado. No se trataba de una asamblea bélica, sino de una reunión pacífica, científica e industrial, presidida por Impey Barbicane. A pesar de que se había dejado mucho espacio libre para poder acoger a los numerosos suscriptores que acudieron de todos

los Estados de América, éstos abarrotaban no solamente las salas y salones del Club, sino que se apretujaban en el patio, en los pasillos, en la entrada, desbordando en una larga cola que llegaba hasta el extremo de Unión Square.

Los primeros suscriptores de la nueva Sociedad eran los miembros del Gun Club, a los cuales se había reservado los asientos más cercanos a la presidencia.

Entre ellos destacaban, más eufóricos que nunca, el coronel Bloomsberry, Tom Hunter, el de la pierna de palo, y su colega Bilsby. También habían tenido la gentileza de reservar el más cómodo sillón del Club para la señora Evangelina Scorbitt, que podía ocuparlo con perfecto derecho, ya que era la principal propietaria del territorio ártico, y que, por tanto, tenía el honor de sentarse a la derecha del presidente Barbicane. El elemento femenino era también numeroso entre el público, destacándose por sus enormes sombreros llenos de flores, pájaros, plumas y lazos de todas las tonalidades, que daban una nota de color y alegría en medio de la tumultuosa multitud que se agolpaba bajo la cúpula de cristal que cubría el patio.

En resumen, podemos asegurar que la inmensa mayoría de accionistas allí presentes eran, más que adeptos de la nueva sociedad, amigos íntimos de todos los componentes del Consejo de Administración.

Sin embargo, debemos hacer notar que los delegados de los países europeos que habían intervenido en la subasta, o sean el sueco, el danés, el inglés, el holandés y el ruso, ocupaban un lugar especialmente reservado para ellos ya que todos y cada uno habían adquirido acciones en número suficiente para poder tener derecho a votar en la reunión. Del mismo modo que se habían unido estrechamente para la adquisición, ahora también volvían a unirse para hacer oposición a los nuevos propietarios. Ya podéis imaginaros que esperaban ansiosamente conocer las declaraciones que iba a hacer el presidente Barbicane.

Porque de aquellas declaraciones —no cabía la menor duda— saldría a la luz el procedimiento ideado para poder efectuar el viaje hasta el Polo boreal. ¿Existiría mayor dificultad que la de explotar los yacimientos hulleros? Tanto Eric Baldenak, como Boris Karlov, Jacques Jansen y Jan Harald estaban dispuestos a objetar en todas

las proposiciones, sin que ninguno de ellos tuviera pelos en la lengua. Y entre todos, el que más decidido estaba en derrotar a su rival, era el mayor Donellan, quien, instigado por Dean Toondrik, no reparaba en medios para aniquilar a Impey Barbicane.

A las ocho de la noche tanto el patio como los salones y pasillos del Gun Club quedaron profusamente iluminados por infinidad de lámparas resplandecientes. Al abrirse las puertas la gente llenó rápidamente todos los rincones con un murmullo ensordecedor. Pero cuando entró el ordenanza, anunciando que el Consejo de Administración iba a entrar, todas las bocas enmudecieron como por encanto.

El presidente Barbicane, seguido del secretario J.

T. Maston

y el capitán Nicholl, subieron al estrado, y se sentaron detrás de una larga mesa, cubierta con un tapete oscuro. Al aparecer fueron saludados por los asistentes en la sala con estruendosos gritos de «¡Hip!, ¡hip!, ¡hurra!», gritos que, como un clamor, recorrieron toda la casa prolongándose hasta la playa y calles del alrededor.

J. T. Maston y el capitán Nicholl se sentaron en sus sitios, mientras el presidente Barbicane, en pie, contemplaba la multitud que estaba pendiente de sus palabras.



—Suscriptores y suscriptoras: Habéis sido convocados por el Consejo de Administración de la North Polar Practical Association, en este local del Gun Club, con objeto de daros a conocer una importante declaración:

»Todos conocéis cuál es el objetivo de nuestra Sociedad: la explotación de los yacimientos hulleros que se encuentran en el Polo Norte, por expresa concesión que nos ha hecho el Gobierno de los Estados Unidos. Este territorio que adquirimos en pública subasta, constituye el capital que aportamos al negocio que nos ocupa. A fin de poder realizar esta gran empresa, abrimos una

suscripción pública que quedó cerrada el 11 de diciembre, y que ha sido un verdadero éxito; estos fondos producirán un beneficio nunca igualado en operaciones comerciales o industriales.

Grandes murmullos de aprobación impidieron que el orador continuara su discurso.

—Nadie ignorará —prosiguió al hacerse nuevamente el silencio — que hemos llegado al convencimiento de la existencia de importantes yacimientos de hulla y quizá también es posible que encontremos marfil fosilizado en las regiones polares. Todo el mundo ha podido leer los documentos publicados en los periódicos de todos los países, que no permiten dudar de la existencia de estas minas de carbón.

»La hulla ha llegado a ser la base de todas las industrias modernas, esto nadie puede negarlo. Dejando aparte el carbón y el cok, que se emplean para la producción de materias colorantes, el añil, el carmín, etc.; y los perfumes de vainilla, de almendra amarga, de clavo, de anís, de alcanfor y de heliotropo; los productos químicos en que interviene, tales como los picatros, el ácido salicílico, el fenol, la antipirina, la bencina, la naftalina, el ácido pirogálico, el tanino, la sacarina, el alquitrán, el asfalto, la brea, los aceites pesados, los barnices, el prusiano de potasa, el cianuro, los amargos, etc.

El orador iba enumerando todos estos productos de corrido casi sin respirar, y tuvo que hacer una gran exhalación al terminar la perorata, como quien toma aliento después de echar una carrera. Luego, aspirando una buena dosis de aire, continuó:

—Es casi seguro que dentro de un cierto tiempo, desgraciadamente más corto del que sería de desear, la hulla, este precioso mineral de tanta utilidad, se agotará completamente, debido al aumento progresivo de su consumo. Antes de que transcurran quinientos años, todas las minas hoy en explotación quedarán completamente vacías.

—¡De trescientos! —gritó uno de los oyentes.

—¡O doscientos! —añadió otro.

—Bueno, no vamos a reñir por esto, podemos decir que en un período de tiempo más o menos cercano —prosiguió el presidente Barbicane, sin inmutarse—, y por esto debemos procurar encontrar nuevos lugares de producción, rápidamente, como si esta hulla que

estamos explotando tuviera que acabarse antes de finalizar el siglo actual.

Hizo una pausa para que todos los asistentes pudieran darse cuenta de la importancia de lo que acababa de decir, y al cabo de unos minutos continuó:

—Para solucionar esto, señoras y caballeros, es por lo que les digo a todos:

¡Levántense y síganme! ¡Marcharemos todos juntos hacia el Polo!

Fue tanta la emoción que puso el presidente Barbicane al pronunciar estas últimas palabras, que todo el mundo empezó a agitarse, como si todos estuvieran dispuestos a salir hacia el Polo en aquel mismo instante.

Pero el mayor Donellan lanzó una observación, con su voz clara y seca, que reprimió instantáneamente el movimiento de entusiasmo primitivo del público.

—Antes de emprender la marcha —dijo—, quisiera que me dijera usted en qué forma vamos a llegar al Polo. ¿Piensa usted efectuar el viaje por mar?

—Ni por mar, ni por tierra, ni por aire —contestó suavemente el presidente Barbicane.

El público permanecía silencioso, pendiente de la contestación del presidente, llenos de una curiosidad muy comprensible.

—Nadie ignora —continuó el presidente— cuántas tentativas se han efectuado hasta la fecha para alcanzar este punto inaccesible de nuestra Tierra.

Pero, por si alguien lo hubiera olvidado, voy a resumirlas brevemente, rindiendo con ello un justo y merecido homenaje a todos los valientes exploradores que han intentado esta empresa antes que nosotros, tanto a los que dejaron su vida en ella como a los que aún sobreviven.

Fervientes aplausos de la multitud demostraron la unanimidad de los asistentes, sin distinción de nacionalidades.

El presidente Barbicane, muy satisfecho, fue nombrando toda la lista de nombres ilustres:

—En 1945, el inglés John Franklin realizó su tercer viaje a bordo del *Erebus* y el *Terror*, intentando llegar hasta el Polo Norte a través de los territorios septentrionales, desapareciendo en este

viaje.

»En 1854, el americano Kane acompañado de su teniente Morton, se embarcaron en el *Advance* para ir en busca de Sir John Franklin, y tampoco regresó ningún superviviente de esta expedición.

»En 1859, el inglés Mac-Clintock descubrió un documento, por el cual tuvo la evidencia de que toda la tripulación del *Erebus* y del *Terror* pereció en la expedición.

»En 1860, otro americano, Hayes, zarpó de Boston en el *United States*, regresando en 1862 sin haber podido pasar más allá del paralelo ochenta y uno, a pesar de sus heroicos esfuerzos.

»En 1869 dos capitanes alemanes, Koldervey y Hegeman, embarcan respectivamente en la *Hansa* y la *Germania*, rumbo al Polo Norte. Antes de alcanzar los 71° de latitud, la *Hansa* fue aplastada por un banco de hielo, pudiéndose salvar la tripulación por medio de los botes de salvamento, que los condujeron hasta las costas de Groenlandia. El *Germain*, en cambio, pudo regresar salvo y sano al puerto de Bremerhaven, pero sin haber podido alcanzar su objetivo, ya que no pasó más allá del paralelo 71.

»En 1871, otro americano, el capitán Hall, salió de Nueva York a bordo del *Polaris*. Pero, cuatro meses más tarde, este atrevido marino falleció a consecuencia de las privaciones sufridas durante aquel invierno, que fue durísimo. Y aproximadamente al cabo de un año, el *Polaris*, empujado por los icebergs, embarrancó en un banco de hielo flotante, quedando completamente destrozado, salvándose solamente dieciocho hombres de su tripulación, que, después de muchísimas penalidades, consiguieron poner nuevamente el pie en tierra firme. El teniente Tyson, que iba entre ellos, confirmó que no había podido alcanzar el grado 82 de latitud.

»En 1875, fue nuevamente un inglés, llamado Nares, quien, saliendo de Portsmouth con el *Alerta* y el *Decouverte*, logró adentrarse un poco más en las ignotas regiones del Polo Norte. Efectivamente, fue una expedición memorable, que instaló su cuartel de invierno entre los paralelos 82 y 83. El capitán Markham navegó hacia el Norte hasta llegar a sólo cuatrocientas millas del Polo Ártico, batiendo el récord de aproximación.

»En 1879, nuestro gran compatriota Gordon Bennett...

No pudo terminar de pronunciar el nombre, cuando tres

estentóreos «¡hurra!», pronunciados por las bocas de todos los oyentes, aclamaron entusiásticamente el nombre de director del *New York Herald*.

—... Fleta la *Jeannette* que, al mando del comandante De Long, de origen francés, zarpa de San Francisco con una tripulación compuesta por treinta y tres bravos y osados marineros. Al franquear el estrecho de Behring quedó aprisionado entre los hielos cerca de la isla Heral, embarrancando finalmente en la isla Bennett, a la altura del paralelo 77. A pesar de que pudo salvarse la totalidad de la tripulación, por medio de los botes de salvamento, fueron pereciendo poco a poco por el hambre y el frío, entre ellos el propio De Long, y sólo doce marineros volvieron de esta desastrosa expedición.

»Por fin, en 1881, el americano Greely salió del puerto de San Juan de Terranova a bordo del *Proteus*, con el fin de establecer un puesto en la bahía de Lady Franklin, en la Tierra de Grant, un poco antes de llegar al grado 82.

Erigieron el fuerte Conger, desde el cual los osados expedicionarios se internaron hacia el Noroeste de la bahía. En el mes de mayo de 1882 el teniente Lockwood y su compañero Brainard alcanzaron los 83 grados y 35 minutos, algo más que el célebre capitán Markham.

»Éste ha sido hasta hoy el grado máximo alcanzado en los intentos infructuosos para llegar al mismo Polo.

Nuevamente la gente estalló en «¡Hip, hip, hurra!» en honor de los expedicionarios americanos.

—Pero esta última expedición también tuvo un mal fin. De los veinticuatro colonizadores árticos que se instalaron en el campamento, sólo quedaron Greely y seis marineros más, que en el año 1883 recogió el vapor *Thetis*, medio moribundos. Tanto Parry como los demás habían muerto después de horribles sufrimientos, así como también el teniente Lockwood, alargando con sus nombres la lista de víctimas de aquellas inhóspitas regiones.

La voz del presidente Barbicane se hizo un poco temblorosa al decir estas últimas palabras, y un silencio respetuoso demostró que los concurrentes participaban de la misma emoción.

—Vemos, pues —prosiguió, alzando la voz para hacer más vibrantes sus palabras—, que, a pesar de haber sacrificado tantas

vidas y de que tantos hombres valerosos hayan dedicado toda su existencia a inútiles intentos de llegar al Polo boreal, nadie ha podido descubrir lo que hay más allá del paralelo ochenta y cuatro. Y casi podría asegurar que, con los medios conocidos y usados hasta ahora, es imposible hacer más. Nuestra naturaleza no está preparada para afrontar los peligros y las diferencias de temperatura de aquellas regiones. Por esto, pues, creemos que deben buscarse otros medios para llegar a la conquista del Polo.

Un estremecimiento de ansiedad corrió por entre todos los asistentes, al comprender que iban a descubrir por fin el secreto que tanto anhelaban conocer.

—¿Y de qué manera han imaginado ustedes hacerlo? —preguntó fríamente el representante de Inglaterra.

—Dentro de diez minutos lo sabréis, mayor Donellan —le contestó el presidente Barbicane, y dirigiéndose a los accionistas en general añadió—: Os ruego que todos tengáis confianza en nosotros, ya que los promotores del asunto son los mismos que se embarcaron en el cohete cilíndrico-cónico...

—¡Cilíndrico-cómico! —interrumpió Dean Toondrik.

—... Y emprendieron el viaje a la luna.

—¡Ya, ya vemos que vienen de la Luna! —continuó burlándose el secretario del mayor Donellan, cuya interrupción provocó terribles protestas de sus vecinos.

El presidente Barbicane, imperturbable, se encogió de hombros, y, haciendo caso omiso de las burlas, prosiguió con voz firme:

—Sí, dentro de diez minutos, señoras y caballeros, lo sabrán todo.

Un sinfín de exclamaciones prolongadas acogió las palabras del presidente.

Si el orador hubiese anunciado que dentro de diez minutos los llevaría a todos al Polo, no habría causado menor sensación.

Cuándo el murmullo de «¡Ah!» y «¡Oh!» se fue apagando, Barbicane continuó su discurso en estos términos:

—Lo primero que debemos preguntarnos es si el casquete glacial de nuestra Tierra está formado por un continente, o es un inmenso mar, dando la razón al comandante Nares que lo denominó «Mar Paleocrústico», que quiere decir «mar de los viejos hielos». Y yo contesto a esta última suposición: «No lo creo».

—No es suficiente que no lo crea —interrumpió Eric Baldenak—, ¡hay que estar seguro...!

—De acuerdo —exclamó Barbicane—, y por consiguiente puedo contestar que sí: estoy seguro. La North Polar Practical Association ha adquirido una porción de terreno sólido y firme que desde el momento de su adquisición pasó a formar parte del territorio de los Estados Unidos, sin que ningún otro país pueda disputarle la posesión.

En el banco donde estaban sentados los representantes europeos se elevó un murmullo discreto.

—¡Bah! —exclamó Dean Toondrik—. ¡No es más que un hoyo lleno de agua helada... que ya me gustará ver cómo os apañáis para vaciarlo...!

Sus colegas corroboraron esta afirmación con expresivas demostraciones de asentimiento.

—No es verdad —contestó impetuosamente el presidente Barbicane—. Se trata de un verdadero continente, de una meseta elevada a 3 o 4 kilómetros sobre el nivel del mar (como el desierto de Gobi en el Asia Central). Y éste es un hecho lógico y verdadero que ha podido comprobarse mediante las correspondientes observaciones de los territorios colindantes, que no son otra cosa que prolongación del continente polar. Ya los exploradores Nordenskiöld, Peary, y Maaigaard observaron que el territorio de Groenlandia se extiende en dirección ascendente hacia el Norte. A ciento sesenta kilómetros hacia el interior alcanza ya una altura de dos mil trescientos metros, partiendo de la isla Disko. Además de estas utilísimas observaciones las diferentes especies de restos animales y vegetales que se han encontrado encerrados entre los bloques de hielo seculares, como son los huesos de mastodontes, colmillos de marfil, troncos de coníferas, puede asegurarse, sin lugar a dudas, que hubo un tiempo que este continente estuvo habitado por animales y quizá también por seres humanos, que vivieron en un terreno no fértil y productivo. Los inmensos bosques prehistóricos se hallan sepultados bajo los hielos, transformándose en los ricos yacimientos de hulla que sabremos descubrir y explotar. ¡Sí! Se trata de un continente que ocupa la parte del Polo Norte, virgen aún de toda huella humana, y seremos nosotros, los americanos, los primeros en pisar y también en plantar en el centro

la bandera estrellada de los Estados Unidos de América.

Una verdadera ovación culminó estas últimas palabras. Cuando al cabo de un buen rato la tempestad de aplausos se calmó, se oyó la cascada voz del comandante Donellan que gritaba:

—¡Ya han pasado siete minutos de los diez que faltan para conducirnos al Polo! Esos tres minutos que faltan son los que necesito para situarnos allí —contestó brevemente el presidente. Y prosiguió, dirigiéndose a la multitud—: Y este continente que constituye nuestra nueva propiedad se halla bastante elevado y, además, completamente bloqueado por los hielos eternos, rodeado de icebergs impenetrables que dificultan su explotación, haciendo difíciles las tentativas...

—Más que difíciles, ¡imposibles! —pronunció Jan Harald, recalcando sus palabras con un ademán muy expresivo.

—Admitamos que sea imposible para usted —contestó Impey Barbicane—, pero nosotros hemos dedicado todos nuestros esfuerzos a vencer esta imposibilidad. Y lo haremos sin necesidad de barcos ni de trineos, sino que procederemos a la fusión de los hielos mediante procedimientos de nuestra invención, y sin que esto represente el más mínimo gasto ni la menor pérdida de tiempo.

Al oír esto todo el auditorio contuvo la respiración, haciendo más absoluto el silencio que reinaba en la sala. Había llegado el momento «chicológico», según murmuró Dean Toondrik al oído de Jacques Jansen.

—Amigos míos —prosiguió el presidente del Gun Club—, Arquímedes pidió tan sólo un punto de apoyo para levantar el mundo. ¡Y nosotros ya tenemos este punto de apoyo! La palanca que precisaba el gran sabio de Siracusa la hemos descubierto nosotros. Estamos, pues, en perfectas condiciones para poder trasladar el Polo de sitio.

—¡Trasladar el Polo! —exclamó Eric Baldenak.

—¡Y traerlo a América! —añadió Jan Harald.

El presidente Barbicane, sin prestar atención a las interrupciones, continuó diciendo:

—Este punto de apoyo...

—¡No lo digáis! ¡No lo digáis! —gritó una voz potente entre los asistentes.

—La palanca es...

—¡Guardad el secreto...! ¡Guardadlo! —exclamaron la mayoría de los oyentes.

—¡Bueno, pues lo guardaremos! —accedió Barbicane.

Podéis pensar la decepción y la rabia que sintieron los delegados europeos al oír estas palabras. Lanzaron gritos de protesta, reclamaron insistentemente, pero el presidente Barbicane no cambió de actitud y se mantuvo firme en conservar oculto el secreto de sus procedimientos, contentándose con decir:

—Diré tan sólo el resultado de los trabajos mecánicos que emprenderemos y realizaremos gracias al capital suscrito por todos vosotros, que, por tratarse de una obra sin precedentes en la industria, merece una explicación.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Oíd todos! —gritaron varias voces.

Ya lo creo que escucharon; y con el mayor interés.

—Antes que nada, debemos felicitar a uno de nuestros más sabios e ilustres colegas, a quien corresponde el honor de la idea de nuestra obra y a quien se debe el mérito de haber establecido los cálculos necesarios para poner en práctica tan magna idea, pues aunque la explotación de las hulleras árticas era una cosa sencilla, el traslado del Polo es un problema de tal envergadura que sólo la mecánica superior podía resolver. Y este hombre es el honorable secretario del Gun Club, J.

T. Maston.

—¡Hip, hip, hurra! ¡Viva J. T. Maston! —gritaron todos los asistentes, cuyos gritos corrieron hasta las últimas filas de los que asistían a la reunión desde la calle. La señora Evangelina Scorbitt era la más emocionada de todas las oyentes, y apenas podía contener los tumultuosos latidos de su corazón.

En cambio, J. T. Maston, sin envanecerse lo más mínimo, contestaba a todas las aclamaciones con modestos movimientos de cabeza dirigidos a una y otra parte, al mismo tiempo que esbozaba un tímido ademán de salutación con el gancho que le servía de mano.

—En aquellos tiempos en que preparábamos nuestro viaje a la Luna, ya, en el gran mitin que tuvo lugar con ocasión de la llegada a nuestro país del francés Miguel Ardan...

¡Y el americano hablaba de su viaje a la Luna con la misma naturalidad que si se hubiera tratado del recorrido Baltimore -

Nueva York!

—... Ya nuestro J. T. Maston exclamó—: «Tenemos que inventar máquinas y encontrar un nuevo punto de apoyo para corregir la posición del eje de la Tierra».

Pues ahora, oídmeme bien todos los que me escucháis: ¡las máquinas ya se han inventado, también hemos encontrado el punto de apoyo y ha llegado el momento de enderezar el eje de la Tierra!

La estupefacción de los asistentes fue tan grande, que las exclamaciones empezaron a salir por boca de la gente en frases entrecortadas:

—¡Cómo...! ¿Qué dice...? ¿Que va a cambiar el eje de la Tierra?
—exclamó estupefacto Donellan.

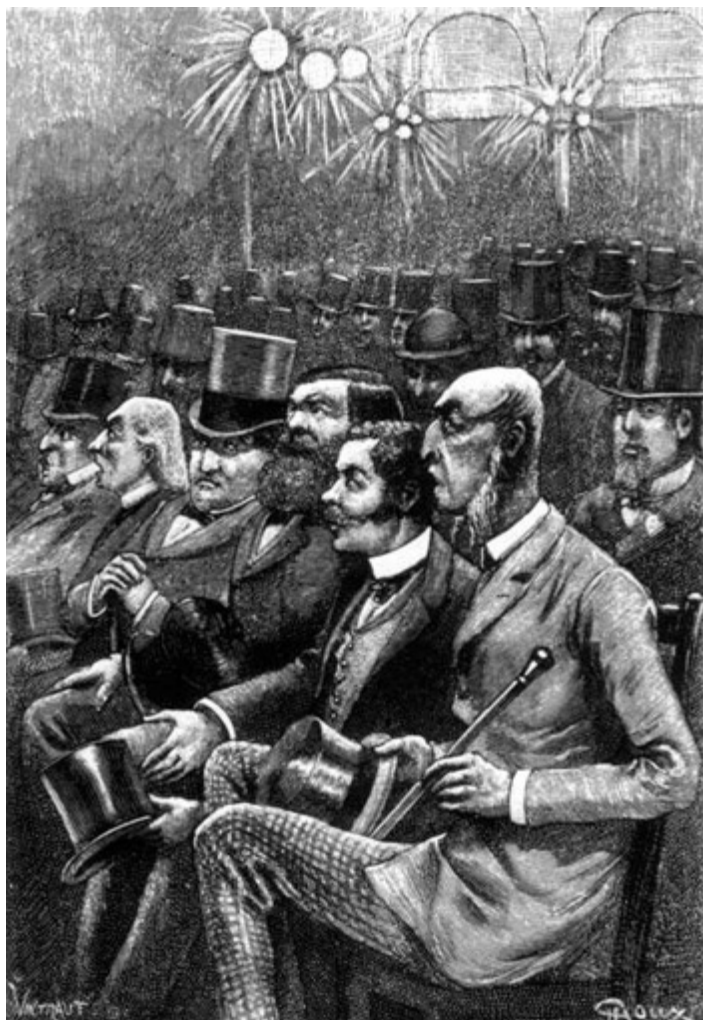
—Eso mismo —contestó el presidente Barbicane—, o, mejor dicho, hemos inventado el modo de crear un nuevo eje alrededor del cual se efectuará, de ahora en adelante, la rotación del globo terrestre.

—¡Tiene usted la pretensión de modificar el sistema de rotación de la Tierra! —exclamó el coronel Karkov, furioso.

—Completamente, y sin que ello represente modificación alguna en cuanto a la duración —contestó el presidente Barbicane—. Con el nuevo sistema, el actual Polo Norte llegará aproximadamente hasta el paralelo sesenta y siete y la Tierra quedará en situación parecida a la del planeta Júpiter, cuyo eje es casi perpendicular al plano de su órbita. Con un desplazamiento de 23º 28 minutos, el territorio polar se beneficiará de una temperatura capaz de fundir los hielos milenarios que lo rodean.

El auditorio estaba tan pasmado, que no hallaba palabras para interrumpir al orador ni fuerzas para aplaudirlo. Todo el mundo se sintió penetrado de un sentimiento de asombro y admiración ante aquella extraordinaria idea, tan simple y tan atrevida, de modificar el eje mismo de la Tierra.

En cuanto a los delegados europeos, estaban completamente estupefactos, aplastados, aniquilados y sin ánimos para levantar la voz.



Y el presidente Barbicane terminó su discurso con unas palabras sublimes, por su misma simplicidad, que fueron coronadas por una tempestad de aplausos estrepitosos:

—Por lo tanto, será el propio sol quien se encargará de fundir los icebergs y los bancos de hielo del Polo Norte para facilitarnos la entrada al mismo.

El mayor Donellan pudo pronunciar al fin:

—Es decir, que ya que nosotros no podemos ir al Polo, ¡será el Polo quien venga a nosotros!

—¡Exactamente! —exclamó el presidente Barbicane.

CAPÍTULO VIII

¡CÓMO EN JÚPITER!, HA DICHO EL PRESIDENTE DEL GUN CLUB



¡...í, como en Júpiter!

Y si con ocasión de aquel memorable mitin en honor de Miguel Ardan —recordado muy a propósito por el orador—, J.

T. Maston

había exclamado fogosamente: «¡Enderecemos el globo terrestre!» es porque el audaz francés, uno de los héroes del Viaje de la Tierra a la Luna, el compañero del presidente Barbicane y el capitán Nicholl, acababa de entonar un himno ditirámico en honor del más importante de los planetas de nuestro mundo solar. En su soberbio panegírico había celebrado las ventajas especiales que vamos a enumerar sumariamente.

Con arreglo al problema resuelto por el matemático del Gun Club, un nuevo eje de rotación iba a sustituir al antiguo eje alrededor del cual gira la Tierra «desde que el mundo es mundo», según la frase vulgar.

Además, el nuevo eje de rotación sería perpendicular al plano de su órbita.

En estas condiciones, la situación climatológica del antiguo Polo sería exactamente igual a la situación actual de Trondiem (Noruega) en primavera. Su coraza paleocrística se fundiría, pues, naturalmente, bajo los rayos del sol. Al mismo tiempo, los climas se

distribuirían en nuestro esferoide como en la superficie de Júpiter.

En efecto, la inclinación del eje de este planeta o, en otros términos, el ángulo que su eje de rotación forma con el plano de su eclíptica, es de $88^{\circ} 13'$.

Un grado y cuarenta y siete minutos más, y este eje sería absolutamente perpendicular al plano de la órbita que describe alrededor del Sol.

Por lo demás —importa manifestarlo bien—, el esfuerzo que la sociedad Barbicane y Compañía iba a intentar para modificar las actuales condiciones de la Tierra, no debía dirigirse, hablando con propiedad, a enderezar su eje.

Mecánicamente, ninguna fuerza, por poderosa que fuera, podría producir tal resultado. La Tierra no es como un pollo en el asador, que gira alrededor de un eje material, que se puede coger con la mano y cambiarlo de sitio a voluntad.

Pero, en suma, la creación de un nuevo eje era posible —y hasta se dirá fácil de obtener— desde el momento en que el punto de apoyo soñado por Arquímedes y la palanca imaginaba por J.

T. Maston

estaban a disposición de aquellos audaces ingenieros.

Como quiera que sea, ya que parecían decididos a mantener secreto su invento hasta nueva orden, había que limitarse a estudiar las consecuencias.

Esto fue lo que hicieron, desde luego, los periódicos y las revistas, recordando a los sabios y enseñando a los ignorantes lo que resultaba para Júpiter de la perpendicularidad aproximada de su eje con relación al plano de su órbita. Júpiter, que forma parte del mundo solar, como Mercurio y Venus, la Tierra, Marte, Saturno, Urano y Neptuno, circula aproximadamente a doscientos millones de leguas del Sol, siendo su volumen mil cuatrocientas veces el de la Tierra.

Pues si hay allí vida, es decir, si hay habitantes en la superficie de Júpiter, he aquí cuáles son las ventajas ciertas que les ofrece dicho planeta; ventajas descritas tan fantásticamente en el memorable mitin que precedió al viaje a la Luna. En primer lugar, durante la revolución diurna de Júpiter, que no dura más que nueve horas cincuenta y cinco minutos, los días son constantemente iguales a las noches en cualquier latitud, sea, cuatro horas cincuenta

y ocho minutos el día y cuatro horas cincuenta y ocho minutos la noche.

—¡He aquí —hicieron observar los partidarios de la existencia de Júpiter—, he aquí lo que conviene a gentes de costumbres regulares! ¡Estarán encantados de someterse a esta regularidad!

Pues bien; esto es lo que ocurriría en la Tierra si el presidente Barbicane llevase a cabo su obra. Sólo que, como el movimiento de rotación sobre el nuevo eje terrestre no aumentaría ni disminuiría; como siempre separarían veinticuatro horas a dos mediodías sucesivos, las noches y los días serían exactamente de doce horas en todos los puntos de nuestro esferoide. Los crepúsculos alargarían los días en una cantidad siempre igual. Viviríase siempre en medio de un equinoccio perpetuo, tal como el que se produce el 21 de marzo y el 21 de setiembre en todas las latitudes del globo, cuando el astro radiante describe su curva aparente en el plano del Ecuador.

—¡Pero el fenómeno climatológico más curioso y no menos interesante —añadían con razón los entusiastas— será la desaparición de las estaciones!

En efecto, gracias a la inclinación del eje sobre el plano de la órbita, se producen esas variaciones anuales, conocidas con los nombres de primavera, estío, otoño e invierno. Los habitantes de Júpiter no conocen ninguna de esas estaciones. Pues tampoco las conocerían los de la Tierra. Desde el momento en que el nuevo eje fuera perpendicular, no habría ya ni zonas glaciales, ni zonas tórridas, sino que toda la Tierra gozaría de una zona templada. Véase por qué.

¿Qué es la zona tórrida? Es la parte de la superficie del globo comprendida entre el trópico de Cáncer y el trópico de Capricornio. Todos los puntos de esta zona disfrutan de la propiedad de ver el Sol dos veces al año en su cenit, mientras que para los puntos de los trópicos este fenómeno no se produce anualmente más que una vez.

¿Qué es la zona templada? Es la parte que comprende las regiones situadas entre los trópicos y los círculos polares, entre 23° 28' y 66° 72' de latitud, y para las cuales el Sol no se eleva jamás al cenit, pero aparece todos los días por encima del horizonte.

¿Qué es zona glacial? Es aquella parte de las regiones circumpolares que el Sol abandona completamente durante un espacio de tiempo que, para el Polo mismo, puede llegar hasta seis

meses.

Como es fácil comprender, una consecuencia de las diversas alturas que puede alcanzar el sol sobre el horizonte, es que resulte un calor excesivo para la zona tórrida; un calor moderado, pero variable a medida que aumenta la distancia de los trópicos, para la zona templada; un frío excesivo para la zona glacial, desde los círculos polares hasta los Polos.

Pues bien: las cosas no pasarían así en la superficie de la Tierra desde que se hubiera realizado la perpendicularidad del nuevo eje. El Sol se mantendría inmutable en el Ecuador todo el año. Trazaría durante doce horas su imperturbable carrera, subiendo hasta una distancia del cenit igual a la latitud del lugar y, por consecuencia, tanto más alto cuanto más cercano al Ecuador esté el punto. Así, para los países situados a los veinte grados de latitud, se elevaría cada día hasta setenta grados por encima del horizonte; para los países situados a los cuarenta y nueve grados, hasta cuarenta y uno; para los puntos situados en el paralelo sesenta y siete, hasta veintitrés grados. De modo que los días conservarían una perfecta regularidad, medidos por el Sol, que saldría y se pondría cada doce horas por el mismo punto del horizonte.

—¡Y considerad las ventajas! —decían los amigos del presidente Barbicane—. ¡Cada cual, según su temperamento, podrá escoger el clima invariable que convenga a su reumatismo, pues ya no se conocerán más en el globo las variaciones de calor, actualmente tan sensibles!

En resumen: Barbicane y Compañía, nuevos titanes, iban a modificar el estado de cosas existente desde la época en que el esferoide terrestre inclinado sobre su órbita, se había concentrado para llegar a ser la Tierra tal como es.

A la verdad, el observador perdería algunas de las constelaciones o estrellas que está acostumbrado a ver en el cielo. El poeta no podría cantar más en sus versos las largas noches de invierno ni los largos días de verano. Pero, en cambio, ¡qué provecho para la generalidad de los humanos!

—Además —añadían los periódicos afectos al presidente Barbicane—, pues que las producciones del suelo terrestre se regularizarán, el agrónomo podrá distribuir a cada especie vegetal la temperatura que sea favorable.

—Bueno —respondían los periódicos enemigos—, ¿es que no habrá siempre lluvias, heladas, tempestades, trombas, huracanes, todos esos meteoros que a menudo comprometen tan gravemente el porvenir de las cosechas y la fortuna de los agricultores?

—Sin duda —continuaba el coro de los amigos—; pero esos desastres serán probablemente más raros, a consecuencia de la regularidad climatológica, que impedirá las perturbaciones de la atmósfera. ¡Sí; la humanidad se aprovechará grandemente del nuevo estado de cosas! ¡Sí; ésta será la verdadera transformación del globo terrestre! ¡Sí; Barbicane y Compañía habrán prestado un servicio a las generaciones presentes y futuras, destruyendo, con la desigualdad de los días y de las noches, la peligrosa diversidad de las estaciones!

¡Sí, como decía Miguel Ardan, nuestro esferoide, en cuya superficie hace siempre demasiado frío o demasiado calor, ya no sería el planeta de los reumas, de las corizas y de las pulmonías! ¡Ya no habrá más constipados que los que quieran estarlo, pues que podrán elegir el país que más convenga a sus bronquios!

Y en su número del 27 de diciembre, el *Sun*, de Nueva York, terminaba el más elocuente de los artículos, exclamando:

«¡Honor al presidente Barbicane y a sus colegas! ¡No sólo estos hombres audaces habrán, por decirlo así, anexionado una nueva provincia al continente americano, y, por tanto, agrandado el campo, ya tan vasto, de la Confederación, sino que, además, habrán hecho la Tierra más higiénicamente habitable, y también más productiva, puesto que se podrá sembrar inmediatamente después de recolectar, y puesto que, germinando el grano sin retraso, ya no habrá más pérdida de tiempo en invierno! ¡No sólo serán acrecentadas las riquezas hulleras por la explotación de nuevos yacimientos que asegurarán el consumo de esta indispensable materia acaso durante largos años, sino que las condiciones climatológicas de nuestro globo serán transformadas ventajosamente!

¡Barbicane y sus colegas habrán modificado, para el mayor bien de sus semejantes, la obra del Creador!

*¡Honor a estos hombres, que ocuparán el primer puesto
entre los bienhechores de la humanidad!».*

CAPÍTULO IX

EN EL QUE APARECE UN DEUX EX MACHINA DE ORIGEN FRANCÉS



ales debían ser los beneficios debidos a la modificación introducida por el presidente Barbicane en el eje de rotación. Se sabe, por otra parte, que esta modificación no debía afectar más que en forma ligera al movimiento de traslación de nuestro esferoide alrededor del Sol. La Tierra continuaría describiendo su órbita inmutable a través del espacio, y no serían alteradas las condiciones del año solar.

Cuando llegaron a conocimiento de todo el mundo las consecuencias del cambio del eje, produjeron un efecto extraordinario. En el primer momento tuvo una acogida entusiasta aquel problema de alta mecánica. La perspectiva de tener estaciones de una igualdad constante y según la latitud, «a gusto de los consumidores», era en extremo seductora. Entusiasmaba la idea de que todos los mortales podrían gozar de aquella perpetua primavera que el cantor de Telémaco concedía a la isla de Calypso, y de que hasta podrían elegir entre primavera fresca y primavera tibia. En cuanto a la posición del nuevo eje, alrededor del cual se verificaría la rotación diurna, era un secreto que ni el presidente Barbicane, ni el capitán Nicholl, ni J.

T. Maston

parecían dispuestos a entregar a la publicidad. ¿Lo descubrirían

antes, o no sería conocido hasta después del experimento? No hacía falta más para que la opinión comenzara a inquietarse un poco.

Una observación acudió naturalmente al espíritu, y fue vivamente comentada por los periódicos. ¿Por qué esfuerzo mecánico se produciría aquel cambio, que exigiría evidentemente el empleo de una fuerza enorme?

El *Forum*, importante revista de Nueva York, hizo notar justamente esto:

«Si la Tierra no hubiera girado sobre su eje, acaso habría bastado un choque relativamente débil para imprimirle un movimiento de rotación alrededor de un eje arbitrariamente escogido; pero puede ser asimilada a un enorme giróscopo, moviéndose con una rapidez excesivamente grande, y una ley de la naturaleza quiere que un aparato semejante sea propenso a girar constantemente alrededor del mismo eje. León Folcault lo ha demostrado materialmente en sus célebres experimentos. ¡Será, pues, muy difícil, por no decir imposible, hacerla desviar de él!».

Nada más exacto. Así, después de haberse preguntado cuál sería el esfuerzo producido por los ingenieros de la North Polar Practical Association, era no menos interesante saber si ese esfuerzo sería producido insensiblemente o de un modo brusco.

Y en este último caso, ¿no sobrevendrían espantosas catástrofes en la superficie del globo en el momento en que se efectuara el cambio del eje, gracias a los procedimientos de Barbicane y Compañía?

Había allí motivo para preocupar lo mismo a los sabios que a los ignorantes de todo el globo. En suma: un choque es un choque, y nunca es agradable sentir el golpe, ni el contragolpe siquiera. Verdaderamente, parecía que los promotores del asunto no habían pensado en los trastornos que podía provocar en nuestro infortunado globo su obra, de la cual no veían más que las ventajas. Así, los delegados europeos, más irritados que nunca de su derrota y resueltos a sacar partido de esta circunstancia, comenzaron muy

diestramente a irritar a la opinión pública contra el presidente del Gun Club.

Como no se habrá olvidado, no teniendo que hacer valer ninguna pretensión sobre las regiones circumpolares, Francia no figuraba entre las potencias que habían tomado parte en la adjudicación. Sin embargo, oficialmente no se había interesado en la cuestión, un francés había tenido el pensamiento de ir a Baltimore, con objeto de seguir, por su cuenta personal y para su diversión particular, las diversas fases de aquella gigantesca empresa.

Era éste un ingeniero de minas, que tenía, a lo sumo, treinta y cinco años de edad. Entrando con el número uno de la Escuela politécnica y saliendo con el mismo, conviene presentarlo como un matemático de primer orden, muy probablemente superior a J.

T. Maston,

que si era un matemático de primera, no era más que matemático, lo que hubiera sido un Le Verrier junto a un Laplace o un Newton.

Este ingeniero era un hombre de chispa, un original como se encuentran con frecuencia en la carrera de Caminos, y rara vez en la de Minas. Tenía una manera muy personal de decir las cosas, y muy graciosa en particular. Cuando hablaba con sus íntimos, hasta cuando hablaba de ciencia, lo hacía con la ligereza de un pilluelo de París. Gustábanle las palabras de la lengua del pueblo y las expresiones que la moda ha admitido tan rápidamente. Se habría dicho que, en sus momentos de abandono, su lenguaje se acomodaría difícilmente a las fórmulas académicas, y no se resignaba a ello más que cuando tenía la pluma en la mano. Al mismo tiempo, era un trabajador infatigable, que podía permanecer diez horas delante de su mesa, escribiendo al correr de la pluma páginas de álgebra como se escribe una carta. Su mejor descanso, después de los trabajos de altas matemáticas de todo un día, era el *whist*, que jugaba medianamente, aunque tuviera calculadas todas las jugadas. Y cuando «la mano tocaba al muerto», había que oírle gritar en latín macarrónico: *Cadaveri poussandum est!*



Este singular personaje se llamaba Pierredos (Alcides), y en su manía de abreviar —común, por lo demás, a todos sus compañeros—, firmábase generalmente APierd, y hasta APi, sin poner jamás el punto sobre la i. Era tan ardiente en sus discusiones, que le habían puesto el apodo de Alcides sulfúrico.

Era muy alto, y sus camaradas afirmaban que su talla medía la cinco millonésima parte del cuarto de meridiano —aproximadamente dos metros—, y no se equivocaba en mucho. Si tenía la cabeza pequeña para su busto vigoroso y para sus anchos hombros, ¡con qué aire la movía y qué mirada tan viva se escapaba

de sus ojos azules a través de sus lentes! Lo que verdaderamente le caracterizaba, era su risueña fisonomía, que parecía alegre aun estando seria, a despecho de su cráneo, prematuramente calvo por el abuso de los signos algebraicos a la luz de los mecheros de gas de las salas de estudio. Por lo demás, era el mejor muchacho de que había memoria en la Escuela, y sin nada de afectación. Aunque su carácter fuese demasiado independiente, se había sometido siempre a las prescripciones del Código X, que hace ley para los politécnicos en todo lo que concierne al compañerismo y al respeto del uniforme. Se le apreciaba lo mismo bajo los árboles del patio de las «Acacias», precisamente llamado así porque en él no hay acacias, que en los dormitorios, donde el arreglo de su baúl y el orden que reinaba en su cartera denotaban un espíritu absolutamente metódico.

La cabeza de Alcides Pi-erre-dos podría parecer todo lo pequeña que se quiera para su gran cuerpo; pero lo cierto es que estaba bien llena. Ante todo, era matemático como todos sus camaradas lo son o lo han sido; pero no utilizaba las matemáticas más que para aplicarlas a las ciencias experimentales, las cuales no tenían para él otro encanto que el que le proporcionaba su empleo en la industria. Éste era, y él lo reconocía, un aspecto inferior de su naturaleza.

Nadie es perfecto. En suma: su especialidad era el estudio de esas ciencias que, a pesar de sus progresos, tienen y tendrán siempre secretos para sus adeptos.

Digamos de paso que Alcides Pierredos era soltero. Como él decía, todavía era «igual a uno», aunque su más vivo deseo hubiera sido duplicarse. Así, sus amigos habían pensado ya en casarlo con una joven encantadora, alegre, espiritual, una provenzal de Martigues; pero, desgraciadamente, había de por medio un padre, que contestó a las primeras insinuaciones con la «martigalada» siguiente:

—¡No: vuestro Alcides es demasiado sabio! ¡Hablaría a mi pobrecita hija de cosas ininteligibles para ella...!

¡Como si todo verdadero sabio no fuese modesto y sencillo!

Muy despedido con esto, nuestro ingeniero resolvió poner entre él y la Provenza cierta extensión de mar. Pidió y obtuvo licencia por un año, y creyó que no la podía emplear mejor que yendo a seguir el asunto de la North Polar Practical Association. Y

he aquí por qué se encontraba en los Estados Unidos a la sazón. Desde que se encontraba en Baltimore, no dejaba de preocuparle aquella gran empresa de Barbicane y Compañía. Poco le importaba que la Tierra, por un cambio de eje, llegase a ser lo mismo que Júpiter, pero lo que excitaba, no sin razón, su curiosidad de sabio, era el medio para llegar a este resultado.

En su pintoresco lenguaje decía:

—¡Evidentemente, el presidente Barbicane se apresta a dar a nuestra bola un envite de primera...! ¿Cómo y en qué sentido...? ¡Aquí está todo...! ¡Por Dios, me parece que la va a tomar «fina» como una bola de billar cuando se quiere hacer un efecto de costado...! ¡Si la tomara «llena» la lanzaría fuera de su órbita, y al diablo los años actuales, que cambiarían de buena manera! ¡No: estas buenas gentes no piensan evidentemente más que en sustituir el eje antiguo por uno nuevo...! ¡Sobre esto no hay duda...! ¡Pero no veo bien cuál será su punto de apoyo, ni cuál será la sacudida que harán llegar de fuera...! ¡Ah! ¡Si no existiera el movimiento diurno, bastaría un capirotazo...! ¡Pero el caso es que existe y que no se le puede suprimir! Y aquí está el busilis... ¡De todos modos, y se las compongan como quieran, la cosa va a ser gorda!

Y aunque se devanaba los sesos, nuestro sabio no llegaba a entrever cuál sería el procedimiento imaginado por Barbicane y Maston. Y esto era tanto más sensible, cuanto que si hubiera conocido este procedimiento, habría podido deducir enseguida sus fórmulas mecánicas.

Y éste era el motivo de que Alcides Pierredos, ingeniero del Cuerpo nacional de Minas de Francia, midiese el 29 de diciembre, con el compás de sus largas piernas, las animadas calles de Baltimore.

CAPÍTULO X

EN EL QUE COMIENZAN A MANIFESTARSE DIVERSOS MOTIVOS DE INQUIETUD



había transcurrido un mes desde la reunión celebrada en los salones del Gun Club. Durante este tiempo, la opinión pública se había modificado ostensiblemente. Habían sido olvidadas las ventajas del cambio de eje de rotación, y se comenzaban a ver con claridad las desventajas. Era imposible que no sobreviniera una catástrofe, porque el cambio sería producido verosímilmente por una violenta sacudida. En qué consistiría esa catástrofe, esto es lo que no se podía precisar. En cuanto al mejoramiento de los climas, ¿era cosa tan deseable? Verdaderamente, con ello sólo ganarían los esquimales, los lapones, los samoyedos, los tchuktchis, puesto que nada tenían que perder.

¡Había que oír a los delegados europeos en sus declamaciones contra el presidente Barbicane! ¡Habían empezado por enviar informes a sus Gobiernos; habían gastado el cable con la incesante circulación de sus despachos; habían pedido y habían recibido instrucciones...! Y ya se sabe lo que son estas instrucciones, arregladas siempre a las fórmulas del arte diplomático, con sus graciosas reservas: «¡Demostrad mucha energía, pero no comprometáis a vuestro Gobierno! ¡Obrad con resolución, pero no toquéis al *statu quo*!».

Entretanto, el señor Donellan y sus colegas no cesaban de

protestar en nombre de sus países amenazados, en nombre del Antiguo Continente sobre todo. En efecto; es evidente —decía el coronel Boris Karkov— que los ingenieros americanos han debido de tomar sus medidas para evitar en lo posible a los Estados Unidos las consecuencias del choque.

—Pero ¿podrán? —decía Jan Harald—. Cuándo se sacude un olivo, ¿no sienten la sacudida todas las ramas?

—Y cuando recibís un puñetazo en el pecho —añadía Jacques Jansen—, ¿no queda quebrantado todo vuestro cuerpo?

—¡He ahí lo que significaba la famosa cláusula del documento! —exclamaba Dean Toondrik—. ¡He ahí por qué preveía ciertas modificaciones geográficas o meteorológicas en la superficie del globo!

—¡Sí! —decía Eric Baldenak—; y lo que desde luego se puede temer, es que el cambio del eje lance los mares fuera de sus naturales lechos...

—Y si el nivel oceánico baja en diferentes puntos —hacía observar Jacques Jansen—, ¿no sucederá que ciertos habitantes quedarán a alturas tales, que les será imposible toda comunicación con sus semejantes...?

—¡Y eso si no quedan en capas de tan poca densidad —añadía Jan Harald—, que no tengan el aire necesario para la respiración!

—¡Figuraos a Londres a la altura del Mont-Blanc! —exclamaba el comandante Donellan.

Y con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás, aquel *gentleman* miraba al cenit, como si la capital del Reino Unido se perdiese en las nubes.

En suma: aquello constituía un peligro público, tanto más inquietante, cuanto que ya se presentía cuáles serían las consecuencias de la modificación del eje terrestre.

Tratábase, en efecto, nada menos que de un cambio de veintitrés grados y veintiocho minutos; cambio que debía producir un desplazamiento considerable de los mares, debido al aplastamiento de la Tierra en los antiguos Polos.

¿Estaba, pues, amenazada la Tierra de trastornos parecidos a los que se cree haberse observado recientemente en la superficie del planeta Marte? ¡En éste, continentes enteros, entre otros la Libia de Schiaparelli, han sido sumergidos, lo que indica el color azul oscuro

sustituido por el rojizo! ¡En éste han sido modificados en el Norte seiscientos mil kilómetros cuadrados, mientras que al Sur los océanos han abandonado las amplias llanuras que ocupaban antes! Y si algunas almas caritativas se habían inquietado por la suerte de los «inundados de Marte», y habían propuesto abrir suscripciones en su favor, ¿qué habría que hacer cuando se tratara de los inundados de la Tierra?

Comenzaron a surgir protestas en todas partes, y el Gobierno de los Estados Unidos viose obligado a pensar en el asunto. En todo caso, más valía no intentar el experimento que exponerse a las catástrofes que produciría con seguridad. El Creador había hecho bien las cosas. No había necesidad ninguna de poner una mano temeraria sobre su obra.

Pero... ¿se querrá creer? ¡Había espíritus bastante ligeros para bromear sobre cosas tan graves!

—¡Ya veis —decían— lo que quieren hacer esos yanquis! ¡Ensartar la Tierra en otro eje! ¡Si a fuerza de girar sobre el actual durante millones de siglos lo hubiera gastado con el roce, acaso fuera oportuno cambiarlo como se cambia el eje de una polea o de una rueda! Pero ¿no está en tan buen estado como en los primeros días de la creación?

¿Qué se podía responder a esto?

Y en medio de todas aquellas recriminaciones, el ingeniero Alcides Pierredos trataba de adivinar cuáles serían la naturaleza y la dirección del choque imaginado por J.

T. Maston,

así como el punto del globo donde se produciría. Una vez dueño del secreto, él deduciría cuáles serían las partes amenazadas del esferoide terrestre.

Ya se ha indicado antes que los terrenos del Antiguo Continente no podían ser experimentados en el Nuevo, al menos en aquella parte comprendida bajo la denominación de América Septentrional, que pertenece más especialmente a la Confederación americana. En efecto; era admisible que el presidente Barbicane, el capitán Nicholl y J.

T. Maston,

en su cualidad de americanos, hubiesen pensado en preservar a los Estados Unidos de las emersiones o inmersiones que debía ocasionar

el cambio del eje en diversos puntos de Europa, de Asia, de África y de Oceanía. O se es o no se es yanqui —y los tres lo eran en alto grado—, yanquis «fundidos en una pieza», como había dicho Barbicane cuando desarrolló su proyecto de viaje a la Luna.

Evidentemente, toda la parte del Nuevo Continente comprendida entre las tierras árticas y el golfo de México, no debía temer nada del choque en perspectiva. Hasta es probable que América pudiera aprovecharse de un considerable aumento de territorio. En efecto: ¿quién sabe si, en los lechos abandonados por ambos Océanos, no encontraría tantas provincias que anexionar como estrellas había ya en su pabellón?

—¡Sí, sin duda! Pero —decían los espíritus apocados, los que nunca ven más que el lado peligroso de las cosas—, ¿se puede estar jamás seguro aquí abajo de nada? ¿Y si J.

T. Maston

se hubiera equivocado en sus cálculos? ¿Y si el presidente Barbicane cometía algún error al llevarlos a la práctica? A los más hábiles artilleros podía ocurrirles esto. ¡No siempre ponen la bala en el blanco!

Como se comprenderá, estas inquietudes eran explotadas cuidadosamente por los delegados europeos. El secretario Dean Toondrik publicó muchos artículos en este sentido, y de los más violentos, en el *Standard*; Jan Harald, en el periódico sueco *Aftenbladet*, y el coronel Boris Karkov, en el periódico ruso de gran circulación *Novoie-Vremia*. Hasta en América se dividieron las opiniones.

Si los republicanos, que son liberales, siguieron siendo partidarios del presidente Barbicane, los demócratas, que son conservadores, se declararon contra él. Una parte de la prensa americana, principalmente el *Diario de Boston*, *La Tribuna*, de Nueva York, etc., hicieron coro a la prensa europea. Y en los Estados Unidos, desde la organización de la Associated Press y de la United Press, el periódico ha llegado a ser un formidable agente de informaciones, pues que el precio de las noticias locales o extranjeras excede anualmente, en mucho, de la cifra de veinte millones de dólares.

En vano otras publicaciones —y no de las de menos circulación — quisieron ponerse al lado de la North Polar Practical Association.

En vano la señora Evangelina Scorbitt pagó diez dólares la línea de artículos de fondo, artículos de pura imaginación y arranques de ingenio, donde se arremetía contra aquellos peligros que se calificaban de quiméricos. En vano aquélla vehemente viuda trabajó para demostrar que no había hipótesis más injustificable que la de que J.

T. Maston

hubiera podido cometer un error de cálculo. En una palabra: América, amedrentada, inclinóse poco a poco a ponerse casi toda ella al unísono con Europa. Por lo demás, ni el presidente Barbicane, ni el secretario del Gun Club ni siquiera los miembros del Consejo de Administración, se tomaban el trabajo de responder. Dejaban decir, y no cambiaban en nada sus costumbres.

Ni aún parecía que estuviesen ocupados en los inmensos preparativos que debía necesitar tal operación. ¿Preocupábanse al menos de la mudanza de la opinión pública, de la desaprobación general, que se acentuaba contra un proyecto acogido desde el principio con tanto entusiasmo? No lo parecía.

Bien pronto, a pesar de la adhesión de la señora Evangelina Scorbitt y de las grandes sumas que consagró a su defensa, el presidente Barbicane, el capitán Nicholl y J.

T. Maston

pasaron a ser considerados como seres peligrosos para la seguridad del planeta. El Gobierno federal fue conminado oficialmente por las potencias europeas para que interviniese en el asunto y preguntase a sus iniciadores. Éstos debían dar a conocer claramente sus medios de acción, declarar por qué procedimiento intentaban sustituir con un eje nuevo el antiguo —lo que permitiría deducir las consecuencias respecto de la seguridad general—; designar, en fin, las partes del globo que serían directamente amenazadas; en una palabra, decir todo lo que la inquietud pública no conocía y todo lo que la prudencia quería conocer.

El Gobierno de Washington no se hizo de rogar. La emoción, que había ganado a los Estados del Norte, del centro y del Sur de la República, no le permitía vacilar. Por decreto de 19 de febrero se nombró una Comisión de información, compuesta de mecánicos, de ingenieros, de matemáticos, de hidrógrafos y de geógrafos, en número de cincuenta, presidida por el célebre John Prestice, y con

poderes plenos para hacerse dar cuenta de la operación, y, en caso de necesidad, prohibirla.

La primera medida que se tomó fue mandar comparecer a Barbicane ante la Comisión.

El presidente Barbicane no compareció.



Fueron enviados agentes a buscarlo en su domicilio particular;

95, Cleveland Street, en Baltimore.

El presidente Barbicane no estaba allí.

¿Dónde estaba?

No se sabía.

¿Cuándo se había marchado?

Hacía cinco semanas había abandonado la gran ciudad de Maryland, y Maryland mismo, en compañía del capitán Nicholl.

¿Dónde habían ido todos?

Nadie pudo decirlo.

Evidentemente, los dos miembros del Gun Club encaminábanse a aquella misteriosa región, en donde debían comenzar los preparativos bajo su dirección.

Pero ¿cuál podía ser ese lugar...?

Compréndese que hubiera un gran interés en saberlo, si se quería ahogar en germen el plan de estos peligrosos ingenieros, ahora que aún era tiempo.

La decepción causada por la partida del presidente Barbicane y del capitán Nicholl fue enorme. Prodújose inmediatamente un flujo de cólera que subió como una marea de equinoccio contra los administradores de la North Polar Practical Association.

Pero había un hombre que debía saber dónde habían ido el presidente Barbicane y su colega. Sólo un hombre podía inmediatamente contestar al gigantesco signo de interrogación que se dibujaba por todo el globo.

Este hombre era J. T. Maston.

J. T. Maston fue citado para comparecer ante la Comisión de información.

Pero J. T. Maston no acudió.

¿También él había abandonado Baltimore? ¿Había ido a reunirse con sus colegas para ayudarles en aquella obra, cuyos resultados esperaba el mundo entero con tan justificado espanto?

¡No! J. T. Maston habitaba siempre Ballistic-Cottage, en el número 109 de Franklin Street, trabajando sin cesar, distrayéndose ya en otros cálculos, no interrumpiendo sus tareas más que para pasar algunas veladas en los salones de la señora Evangelina Scorbitt, en el suntuoso hotel de New-Park.

El presidente de la comisión envió un agente con orden de

traérselo consigo. El agente llegó al cottage, llamó a la puerta, se introdujo en el vestíbulo, fue muy mal recibido por el negro Fire-Fire, y peor todavía por el dueño de la casa.

Sin embargo, J. T. Maston creyó deber acudir a la invitación, y cuando estuvo en presencia de los comisionados, no disimuló su disgusto porque se interrumpieran sus habituales ocupaciones.

Hízosele, en primer lugar, esta pregunta:

—¿Sabe el secretario del Gun Club dónde se encuentran actualmente el presidente Barbicane y el capitán Nicho 11?

—Lo sé —respondió J. T. Maston con voz firme—; pero no me creo autorizado para decirlo.

Segunda pregunta:

—¿Se ocupan sus colegas en los preparativos necesarios para la operación del cambio del eje terrestre?

—Esto —respondió J. T. Maston— pertenece al secreto que estoy obligado a guardar, y rehusó responder.

—¿Querría comunicar su trabajo a la Comisión de Informes, que juzgaría si era posible dejar que se realizasen los proyectos de la Sociedad?

—¡No, ciertamente, no lo comunicaré! ¡Antes lo aniquilaría...! ¡Estoy en mi deber, como ciudadano libre de América, al no comunicar a nadie el resultado de mis trabajos!

—Pero si ése es vuestro derecho, señor Maston —dijo el presidente Prestice con voz grave, como si hubiera hablado en nombre del mundo entero—, acaso es vuestro deber hablar ante la emoción general, a fin de poner término al terror de las poblaciones terrestres.

J. T. Maston no creía que fuese éste su deber; no tenía otro que el de callarse, y se callaría.

A pesar de su insistencia, de sus súplicas, de sus amenazas, los individuos de la Comisión no pudieron conseguir nada del hombre del gancho de hierro.

¡Jamás, no! ¡Nunca se habría podido creer que hubiera tanta terquedad bajo un cráneo de gutapercha!

J. T. Maston se fue como había venido, y no hay que decir si sería felicitado por la señora Scorbitt por su valerosa actitud.

Cuando fue conocido el resultado de la comparecencia de J.

T. Maston,

la indignación pública revistió formas verdaderamente alarmantes para la seguridad del artillero retirado. La presión sobre los altos representantes del Gobierno federal fue tal, y tan violenta la intervención de los delegados europeos y de la opinión pública, que el ministro de Estado, John S. Wright, tuvo que pedir a sus colegas autorización para obrar *manu militari*.

Una noche, el 13 de marzo, estaba J. T. Maston en el gabinete del Ballistic-Cottage, embebido en sus cifras, cuando sonó febrilmente el timbre del teléfono.

—¿Quién me habla? —preguntó Maston.

—Evangelina Scorbitt.

—¿Qué quiere la señora Scorbitt?

—¡Poneros en guardia! Acabo de saber que esta misma noche...

Aún no había llegado la frase a los oídos de J.

T. Maston,

cuando la puerta de Ballistic-Cottage fue violentamente abierta. Oíase en la escalera que conducía al gabinete un gran tumulto, y ruido de voces que disputaban. Después escuchóse como la caída de un cuerpo.

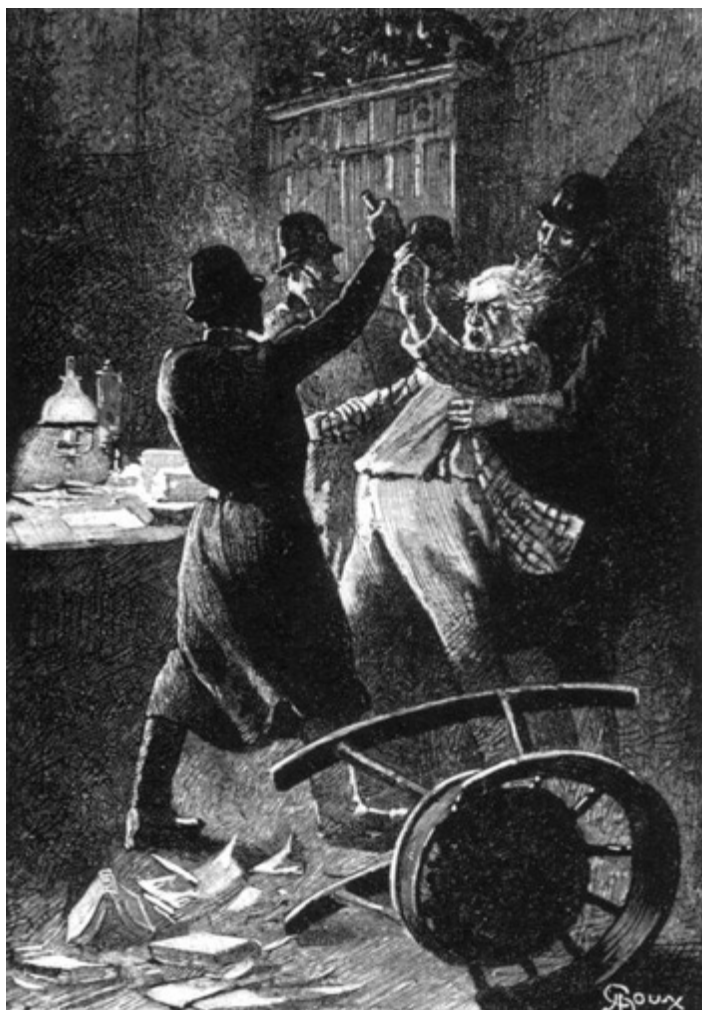
Era el negro Fire-Fire, que rodaba por las escaleras, después de haber intentado en vano defender contra los asaltantes el home de su señor. Un momento después saltaba la puerta del gabinete, y aparecía un constable seguido de sus agentes.

Aquel constable llevaba la orden de practicar una visita domiciliaria en el cottage, de apoderarse de los papeles de J.

T. Maston

y de asegurarse de su persona.

El secretario del Gun Club cogió un revólver, y con él amenazó a los agentes.



En un instante, gracias al número, fue desarmado, y recogidos todos los papeles, cubiertos de fórmulas y de cifras, que llenaban su mesa.

De pronto, soltándose por un movimiento brusco, J. T. Maston

apoderóse de un cuaderno que verosímilmente contenía el conjunto de sus cálculos.

Los agentes se lanzaron a arrancárselo, si era preciso, hasta con la vida...

Pero J. T. Maston pudo abrirlo con presteza, arrancarle la última

hoja, y con más presteza todavía, tragársela como una píldora.

Una hora después J. T. Maston estaba encerrado en la prisión de Baltimore.

Y esto era lo mejor que podía sucederle, porque la población se hubiera entregado, contra su persona, a excesos muy sensibles para él, y que la policía no hubiera podido evitar.

CAPÍTULO XI

LO QUE SE ENCUENTRA Y LO QUE NO SE ENCUENTRA EN EL CUADERNO DE J. T. MASTON



El cuaderno recogido por la policía de Baltimore se componía de unas treinta hojas, llenas de fórmulas, de ecuaciones y de números, que constituían el conjunto de los cálculos de J. T. Maston.

Era un trabajo de alta mecánica, que no podía ser apreciado más que por matemáticos. Allí figuraba hasta la ecuación de las fuerzas vivas

$$v^2 - v_{2,0}^2 = 2 \text{ gr } 2,0 (1/r - 1/r_0).$$

que se encontraba precisamente en el problema De la Tierra a la Luna, donde contenía, además, las expresiones relativas a la atracción lunar.

En suma, los profanos no habrían comprendido nada de aquel trabajo. Por esto pareció conveniente dar a conocer los datos y los resultados de que el mundo se preocupaba tan vivamente hacía algunas semanas.



Y esto es lo que fue entregado a la publicidad de los periódicos, así que los sabios de la Comisión hubieran conocido las fórmulas del célebre matemático.

Esto es lo que todas las publicaciones, sin distinción de partidos, llevaron a conocimiento de las gentes.

Desde luego, que no había discusión posible sobre el trabajo de J.

T. Maston.

«Problema bien enunciado, problema medio resuelto», se dice; y éste lo estaba de un modo notable. Por otra parte, los cálculos

habían sido hechos con demasiada precisión para que la Comisión pudiera pensar en poner en duda su exactitud y sus consecuencias. Si la operación era continuada hasta el fin, el eje terrestre sería irremisiblemente modificado, y las catástrofes previstas se realizarían por completo.

Nota redactada por la Comisión de información de Baltimore, para ser comunicada a los periódicos y revistas de todo el mundo.

«El efecto perseguido por el Consejo de Administración de la North Polar Practical Association, y que tiene por objeto sustituir con un nuevo eje de rotación el antiguo eje, está obtenido por medio del retroceso de un aparato fijo en un punto determinado de la Tierra. Si el aparato está sólidamente soldado al suelo, no es dudoso que comunicará su retroceso a la masa de todo nuestro planeta.

»El aparato adoptado por los ingenieros de la Sociedad no es otro que un cañón monstruoso, cuyo efecto sería nulo si se le disparase verticalmente. Para producir el efecto máximo hay que apuntarlo horizontalmente, hacia el Norte o hacia el Sur, y esta última dirección es la que ha sido elegida por Barbicane y Compañía. En estas condiciones, el retroceso produce un choque en la Tierra en dirección al Norte, choque asimilable al de una bola de billar golpeada con fuerza».

¡Verdaderamente, esto es lo que había sentido el perspicaz Alcides Pierredos!

«Hecho el disparo, el centro de la Tierra cambia de situación, siguiendo una dirección paralela a la del choque, lo que podrá cambiar el plano de la órbita, y, por consiguiente, la duración del año, pero en una medida tan débil, que debe ser considerada como absolutamente despreciable. Al mismo tiempo, la Tierra toma un movimiento de rotación alrededor de este nuevo eje, situado en el plano del Ecuador, y su rotación se

verificaría indefinidamente alrededor de este nuevo eje si el movimiento diurno no hubiera existido con anterioridad al choque.

»Pero este movimiento existe alrededor de la línea de los polos, y, combinándose con la rotación producida por el retroceso, da nacimiento a nuevo eje, cuyo Polo se aparta del antiguo en una cantidad x . Además, si se hace el disparo en el momento en que el punto vernal — una de las dos intersecciones del Ecuador y de la eclíptica — está en el nadir del punto de tiro, y si el retroceso es bastante fuerte para cambiar de sitio el antiguo Polo en $23^{\circ} 28'$, el nuevo eje queda perpendicular al plano de su órbita; poco más o menos, lo que ha sucedido en el planeta Júpiter.

»Ya se sabe cuáles serían las consecuencias de esta perpendicularidad, que el presidente Barbicane ha creído deber indicar en la reunión del 22 de diciembre.

»Pero dada la masa de la Tierra y la cantidad de movimiento que posee, ¿es posible concebir una boca de fuego tal, que su retroceso sea capaz de producir una modificación en el emplazamiento del Polo actual, y, sobre todo, de un valor de $23^{\circ} 28'$?

»Ciertamente, si se construye un cañón o una serie de cañones con las dimensiones exigidas por las leyes de la mecánica, o, a falta de estas dimensiones, si los inventores poseen un explosivo de una potencia bastante considerable para imprimir al proyectil la velocidad necesaria para tal mutación.

»Tomando por tipo el cañón de veintisiete centímetros de la marina francesa (modelo de 1875), que lanza un proyectil de ciento ochenta kilogramos, con una velocidad de quinientos metros por segundo, y dando a esa boca de fuego dimensiones cien veces mayores, es decir, un millón de veces en volumen, ésta lanzaría un proyectil de ciento ochenta mil toneladas. Si, además, la pólvora tuviera una fuerza suficiente para dar al proyectil una velocidad cinco mil seiscientas veces mayor que la vieja pólvora, el resultado quedaría obtenido. En

efecto, con una velocidad de dos mil ochocientos kilómetros por segundo, no es de temer que el choque del proyectil, encontrando de nuevo la Tierra, ponga las cosas en el estado inicial.

»Pues bien; por desgracia para la seguridad terrestre, por extraordinario que esto parezca, J.

T. Maston

y sus colegas tienen precisamente en su poder este explosivo, de una potencia casi infinita, y del cual la pólvora empleada para lanzar el proyectil del Columbia hacia la Luna no podía dar idea. El capitán Nicholl es quien lo ha inventado. ¿De qué sustancia está compuesto? Esto es lo que no se encuentra más que imperfectamente indicado en el cuaderno de J. T. Maston, que se limita a designar este explosivo con el nombre de meli-melonita.

»Todo lo que se sabe es que está formado por la reacción de un meli-melo

de sustancias orgánicas y de ácido azoico. Un cierto número de radicales monoatómicas sustituyen al mismo número de átomos de hidrógeno, y se obtiene una pólvora que, como el algodón-pólvora está formada por la combinación y no por la simple mezcla de principios comburentes y combustibles.

»En suma, cualquiera que sea este explosivo, con la potencia que posee, más que suficiente para lanzar un proyectil de ciento ochenta mil toneladas de peso fuera de la atracción terrestre, es evidente que el retroceso que imprimirá al cañón producirá los efectos siguientes: cambio del eje, mutación del Polo en $23^{\circ} 28'$, perpendicularidad del nuevo eje al plano de la eclíptica. De ahí todas las catástrofes tan justamente temidas por los habitantes de la Tierra.

»Sin embargo, queda a la humanidad una probabilidad de escapar a las consecuencias de una operación que debe provocar tales modificaciones en las condiciones geográficas y climatológicas del globo

terrestre.

»¿Es posible fabricar un cañón de dimensiones un millón de veces mayores que las del cañón de veintisiete centímetros? Sean cuales sean los progresos de la industria metalúrgica que construye los puentes del Tay y del Forth, los viaductos de Barabitz y la torre Eiffel, ¿es admisible que los ingenieros puedan producir este gigantesco aparato, sin hablar del proyectil de ciento ochenta mil toneladas que deberá ser lanzado al espacio?

»Puede dudarse. Y aquí está una de las razones contra el éxito de la tentativa de Barbicane y Compañía. Pero deja el camino expedito a muchas eventualidades particularmente inquietantes, pues parece que la nueva Sociedad ha puesto ya manos a la obra.

»Séase bien: los llamados Barbicane y Nicholl han abandonado Baltimore y América. Hace dos meses que partieron. ¿Adónde han ido...? Con toda seguridad a ese desconocido paraje del Globo donde debe estar dispuesto todo para intentar su operación.

»Pero ¿cuál es ese paraje...? Se ignora, y, por consiguiente, es imposible perseguir a esos audaces “malhechores” (!) que pretenden trastornar el mundo con el pretexto de explorar en su beneficio nuevas hulleras.

»Evidentemente, es muy cierto que este lugar estaría indicado en el cuaderno de J.

T. Maston,

en la última página que resumía sus trabajos. Pero esta última página ha sido desgarrada entre los dientes del cómplice de Impey Barbicane, y este cómplice, preso ahora en la cárcel de Baltimore, se niega en absoluto a hablar.

»Tal es, pues, la situación. Si el presidente Barbicane llega a fabricar su cañón monstruo y su proyectil; en una palabra, si es realizada su operación en las condiciones arriba dichas, modificará el antiguo eje, y dentro de seis meses será sometida la Tierra a las consecuencias de esta

“imperdonable tentativa”.

»Una fecha ha sido elegida para que el disparo produzca todo su efecto, fecha en el cual el choque impreso al esferoide terrestre alcanzará su máximo de intensidad.

»Es el 22 de setiembre, doce horas después del paso del sol por el meridiano del lugar x.

»He aquí las circunstancias conocidas: 1.º, que el disparo se hará con un cañón un millón de veces mayor que el cañón de veintisiete; 2.º, que este cañón cargará un proyectil de ciento ochenta mil toneladas; 3.º, que este proyectil estará animado de una velocidad inicial de dos mil ochocientos kilómetros; 4.º, que el disparo se verificará el 22 de setiembre, doce horas después del paso del sol por el meridiano del lugar x. ¿Se puede deducir de ellas cuál es el lugar x, donde se verificará la operación?

»Los componentes de la Comisión se inclinan por la negativa.

»En efecto, nada puede permitir calcular cuál será el lugar x, pues que en el trabajo de J.

T. Maston

nada indica por qué sitio del globo pasará el nuevo eje, o, en otros términos, en qué sitio serán situados los nuevos Polos de la tierra. ¡A 23º 28' del antiguo, sea! Pero ¿en qué meridiano? He aquí lo absolutamente imposible de establecer.

»Así, pues, es imposible reconocer cuáles serán los territorios descendidos o elevados a consecuencia de la desnivelación de los Océanos; cuáles serán los continentes transformados en mares y los mares transformados en continentes.

»Y, sin embargo, esta desnivelación será muy considerable, a juzgar por los cálculos de J.

T. Maston.

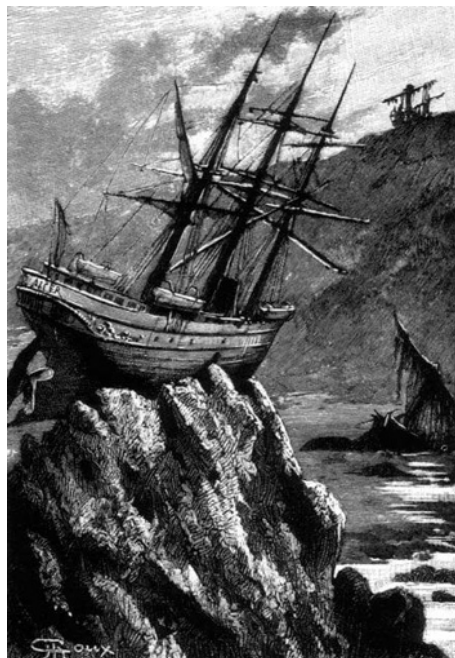
Después del choque, la superficie del mar tomará la forma de un elipsoide de revolución alrededor del nuevo eje polar, y el nivel de la capa líquida cambiará en casi

todos los puntos del globo.

»En efecto la intersección del nivel del nuevo mar — dos superficies de revolución iguales cuyos ejes se encuentran— se compondrá de dos curvas planas, cuyos dos planos pasarán por una perpendicular al plano de los dos ejes polares, y respectivamente, por las dos bisectrices del ángulo de los dos ejes polares. (Texto tomado del cuaderno del matemático).

»Se sigue de aquí que los cálculos de desnivelación podrán alcanzar una elevación o un descenso de 8415 metros con relación al antiguo nivel, y que en ciertos puntos del globo diversos territorios bajarán o subirán en esta cantidad con relación al nuevo. Esta cantidad disminuirá gradualmente hasta las líneas de demarcación que dividen el globo en cuatro segmentos, en el límite de los cuales la desnivelación será nula.

»Hay que notar también que el antiguo Polo será sumergido bajo más de 3000 metros de agua, pues se encuentra a menor distancia del centro de la tierra por consecuencia del achatamiento del esferoide terrestre. Así, el dominio adquirido por la North Polar Practical Association debería quedar anegado, y, por consiguiente, inexplorable. Pero el caso ha sido previsto por Barbicane y Compañía, y consideraciones geográficas deducidas de los últimos descubrimientos permiten afirmar la existencia en el Polo Ártico de una meseta cuya altitud es superior a 3000 metros.



»En cuanto a los puntos del globo donde la desnivelación alcanzará 8415 metros, y, por consiguiente, los territorios que sufrirán sus desastrosas consecuencias, no hay que intentar determinarlos. Los matemáticos más capacitados no lo conseguirían. En esta ecuación hay una incógnita que ninguna fórmula puede despejar, y es la situación precisa del punto x donde se producirá el disparo, y donde, por tanto, se verificará el choque... Esta incógnita es el secreto de los promotores de este deplorable asunto. “Para resumir: los habitantes de la Tierra, en todas las latitudes, están directamente interesados en conocer este secreto, ya que están directamente amenazados por las maniobras de Barbicane y Compañía”.

»Así, pues, se avisa a todos los habitantes de Europa, de África, de Asia, de América, de Australasia y de Oceanía, que vigilen todos los trabajos de balística, tales como fundición de cañones, fabricación de pólvora o de proyectiles, que pudieron ser emprendidos en su territorio, que observen igualmente la presencia de todo

extranjero cuya llegada pareciera sospechosa, y que lo comuniquen inmediatamente a los miembros de la Comisión de Información, en Baltimore, Maryland, Estados Unidos de América.

»¡Haga el cielo que esta revelación nos llegue antes del 22 de setiembre del presente año, que amenaza turbar el orden establecido en el sistema terrestre!«.

CAPÍTULO XII

EN EL QUE J. T. MASTON CONTINUA HEROICAMENTE CALLADO



¡De modo que, después del cañón empleado para enviar un proyectil de la Tierra a la Luna, el cañón empleado para modificar el eje terrestre! ¡El cañón! ¡Siempre el cañón! Pero ¿es que no tienen otra cosa en la cabeza esos artilleros del Gun Club? ¡Están atacados de la locura del «cañonismo intensivo»! ¿Es que hacen del cañón la ultima ratio en este mundo? ¿Es que este infernal aparato es el soberano del Universo? ¿Es que el rey cañón es el supremo regulador de las leyes industriales y cosmológicas?

¡Sí, hay que confesarlo! El cañón era el aparato que debía imponerse al espíritu del presidente Barbicane y de sus colegas. No se consagra uno impunemente a la balística toda la vida. ¡Después del Columbia de Florida, debía llegar el cañón monstruo de... del lugar x! No se les oye ya gritar con voz estentórea:

—¡Apuntad a la Luna...! Primera pieza... ¡Fuego!

Ahora se disponen a lanzar este grito:

—Cambiad el eje de la Tierra... Segunda pieza... ¡Fuego!

Mientras llegaba esta voz de mando que el universo tenía tan buena gana de lanzarles.

—¡Al Manicomio...! Tercera pieza... ¡Fuego!

¡Verdaderamente, su operación podría titularse SIN ARRIBA NI ABAJO o LO DE ARRIBA ABAJO; pues que en adelante ya no habría ni

«abajo» ni «arriba», y, según la expresión de Alcides Pierredos, se seguiría un revoltillo general!

Como quiera que sea, la publicación de la nota redactada por la Comisión de Información produjo un efecto de que nada podría dar idea. Hay que convenir en que lo que decía no era para tranquilizar. De los cálculos de J.

T. Maston

resultaba que el problema de mecánica había sido resuelto por completo. La operación intentada por el presidente Barbicane y por el capitán Nicholl —esto estaba muy claro— iba a introducir una modificación de las más lamentables en el movimiento de rotación diurna. Un nuevo eje iba a sustituir al antiguo... Y ya se sabe cuáles debían ser las consecuencias de esta sustitución.

La obra de Barbicane y Compañía fue, pues, definitivamente juzgada, maldecida, denunciada a la reprobación general. Lo mismo en el Antiguo que en el Nuevo Mundo, los miembros del Consejo de Administración de la North Polar Practical Association no tuvieron más que adversarios. Si les quedaban algunos partidarios entre los cerebros calientes de los Estados Unidos, eran muy raros.

Verdaderamente, desde el punto de vista de su seguridad personal, el presidente Barbicane y el capitán Nicholl habían obrado muy prudentemente abandonando Baltimore y América. Se puede creer con fundamento que les habría ocurrido alguna desgracia. No se puede impunemente amenazar en masa a mil cuatrocientos millones de habitantes, trastornar sus hábitos con un cambio producido en las condiciones de habitabilidad de la Tierra, y hasta inquietarlos sobre su existencia, provocando una catástrofe universal.

Ahora bien: ¿cómo habían desaparecido los dos individuos del Gun Club sin dejar ningún rastro? ¿Cómo había podido partir, sin que nadie lo advirtiera, el material y el personal necesarios para tal operación?

Centenares de vagones, si había sido por ferrocarril; centenares de barcos, si había sido por mar, no habrían bastado para transportar los cargamentos de carbón, de metal y de meli-melonita. Era del todo incomprensible que aquella partida hubiera podido realizarse de incógnito. Así era, sin embargo. Además, después de serias investigaciones, se supo que no se había hecho ningún

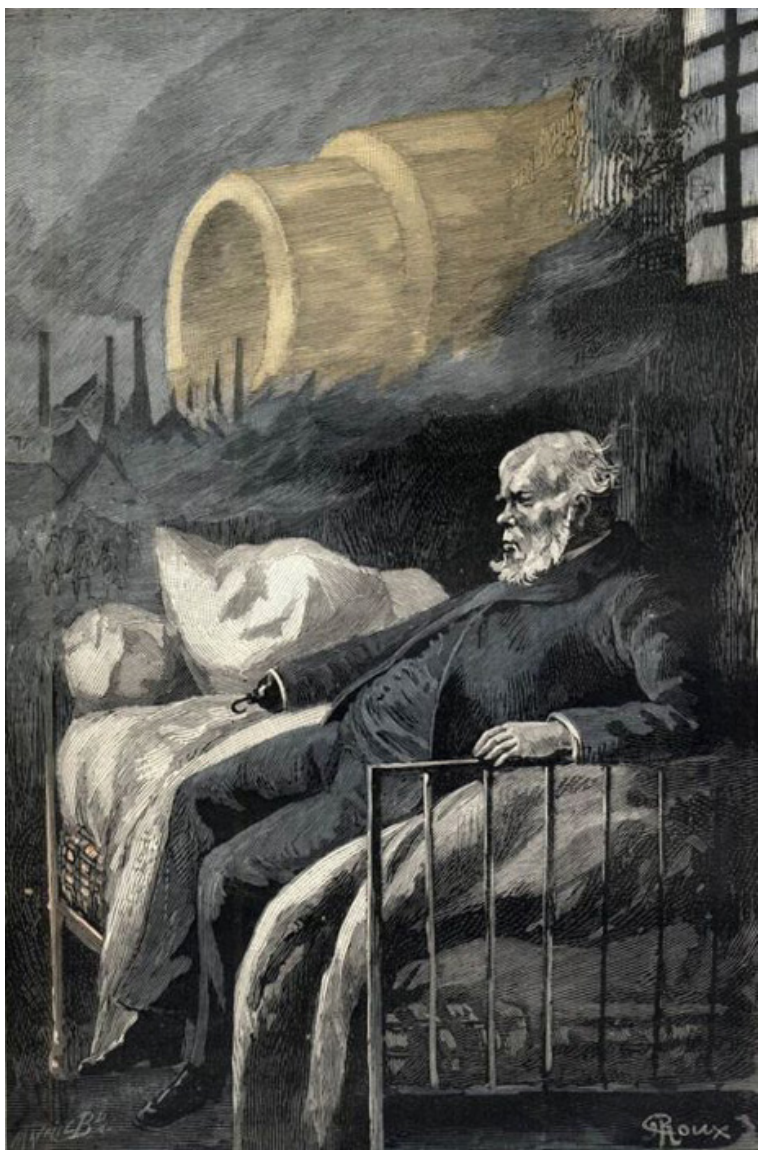
pedido, ni a las fundiciones metalúrgicas, ni a las fábricas de productos químicos de todo el globo. Esto era inexplicable, pero ya se explicaría algún día.

Mas, si el presidente Barbicane y el capitán Nicho, desaparecidos misteriosamente, estaban al abrigo de un peligro inmediato, su colega J.

T. Maston,

oportunamente puesto bajo llave, podía temerlo todo de las represalias.

¡Bah! ¡Apenas se preocupaba de ello! ¡Qué admirable testarudo este matemático! Era de hierro, como su antebrazo. Nada le hacía ceder.



Desde el fondo de la celda que ocupaba en la prisión de Baltimore, el secretario del Gun Club absorbíase más y más en la contemplación lejana de sus colegas, a quienes no había podido seguir. Allí evocaba la visión del presidente Barbicane y del capitán Nicholl, preparando su gigantesca operación en aquel punto desconocido del globo, a donde nadie iría a estorbarlos. ¡Veálos

fabricando su enorme aparato, combinando su meli-melonita, fundiendo el proyectil que bien pronto contaría el Sol en el número de sus pequeños planetas! Este nuevo astro llevaría el nombre encantador de Scorbitta, testimonio de galantería y de estimación hacia la rica capitalista de New-Park.

Y J.

T. Maston

calculaba los días que faltaban para la fecha fijada para el disparo.

Se estaba ya en los primeros de abril. Dentro de dos meses y medio el astro del día, después de haberse detenido en el solsticio en el trópico de Cáncer, retrocedería hacia el de Capricornio. Tres meses más tarde atravesaría la línea ecuatorial en el equinoccio de otoño. Y entonces acabarían todas aquellas estaciones que desde hace millones de siglos se sucedían tan regularmente y tan «estúpidamente» durante el curso de cada año terrestre. Aquel año en 189... sería el último en que el esferoide se viese sometido a la desigualdad de los días y las noches. Ya no habría más que un mismo número de horas entre la salida y la puesta del sol en todos los horizontes del globo.

¡Verdaderamente, aquélla era una obra magnífica, sobrehumana, divina! J.

T. Maston

olvidaba el dominio ártico y la explotación de las minas hulleras del antiguo Polo para no ver más que las consecuencias cosmográficas de la operación. El objeto principal de la nueva Sociedad desaparecía en medio de las transformaciones que iban a cambiar la faz del mundo.

Pero el mundo no quería cambiar de faz, no. ¡Estaba siempre joven la que Dios le había dado en las primeras horas de la creación!

En cuanto a J. T. Maston, solo y sin defensa en el fondo de su celda, seguía resistiendo a todas las presiones que se intentaba ejercer sobre él. Los miembros de la Comisión venían diariamente a visitarle; pero no podían conseguir nada.

Ocurriósele entonces a John Prestice la idea de utilizar una influencia que conseguiría, acaso, algo más que la suya: la de la señora Evangelina Scorbitt.

Nadie ignoraba de cuánta adhesión era capaz esta respetable viuda cuando se trataba de las responsabilidades de J.

T. Maston,

y cuánto interés tenía por el célebre matemático.

Así, después de haber deliberado sobre ello los individuos de la Comisión, la señora Evangelina Scorbitt fue autorizada para ver al prisionero siempre que quisiera. ¿No estaba ella también, lo mismo que los demás habitantes del globo, amenazada por el culatazo del cañón monstruo? ¿Es que su hotel de

New-Park

podría escapar mejor de la catástrofe final que la choza del más humilde habitante de los bosques o el wigwam del indio de las praderas? ¿Es que no iba en aquello su existencia, como la del último de los samoyedos o del más oscuro insular del Pacífico? Esto es lo que el presidente de la Comisión le hizo comprender, y por lo cual se le rogó que ejerciese su influjo sobre el espíritu de J.

T. Maston.

Si éste se decidía al fin a hablar, si quería decir en qué sitio el presidente Barbicane y el capitán Nicholl —y seguramente el numeroso personal que tendrían a sus órdenes— estaban ocupados en sus preparativos, todavía sería tiempo de ir en su busca, de encontrar sus huellas, de poner fin a los terrores, angustias y espantos de la humanidad.

La señora Evangelina Scorbitt tuvo, pues, entrada en la prisión. Lo que ella deseaba, por encima de todo, era ver a J.

T. Maston,

arrancado por las manos de la policía al bienestar de su cottage, de su quinta.

¡Pero era conocer mal a la enérgica Evangelina Scorbitt creerla esclava de las debilidades humanas! Si el 9 de abril se hubiese pegado a la puerta de la celda algún oído indiscreto, he aquí lo que habría escuchado, no sin sorpresa:



—¡Al fin os vuelvo a ver, mi querido Maston!

—¿Vos, señora Scorbitt?

—Sí, amigo mío; después de cuatro largas semanas de separación...

—Exactamente, veinticinco días, cinco horas y cuarenta y cinco minutos —respondió J. T. Maston, después de haber consultado su reloj.

—¡Al fin estamos reunidos!

—Pero ¿cómo os han dejado llegar hasta mí, querida señora Scorbitt?

—Con la condición de usar de la influencia debida a un afecto sin límites sobre el que es objeto de ella.

—¡Cómo! ¡Evangelina! —exclamó J. T. Maston—. ¡Habréis consentido en darme tales consejos...! ¡Habréis podido pensar que yo podría hacer traición a mis compañeros!

—¿Yo, querido Maston...? ¡Mal me conocéis! ¡Yo pidiros que sacrificquéis vuestro honor y vuestra seguridad...! ¡Yo impulsaros a un acto que sería la vergüenza de toda una vida consagrada a las más altas especulaciones de la matemática trascendental...!

—¡Enhorabuena, señora Scorbitt! ¡Encuentro en vos la generosa accionista de nuestra Sociedad! ¡No! ¡Jamás había yo dudado de vuestro gran corazón!

—¡Gracias, querido Maston!

—¡En cuanto a mí, divulgar nuestra obra; revelar en qué punto del globo va a hacerse nuestro prodigioso disparo; vender, por decirlo así, este secreto que he podido, afortunadamente, ocultar en lo más profundo de mi pecho; permitir a estos bárbaros lanzarse a la persecución de nuestros amigos; interrumpir trabajos que harán nuestra fortuna y nuestra gloria...! ¡Antes morir!

—¡Sublime, Maston! —exclamó la señora Scorbitt.

Verdaderamente, aquellos dos seres, tan estrechamente unidos por el mismo entusiasmo —y tan insensatos, por lo demás, el uno como el otro— estaban hechos para comprenderse.

—¡No; jamás sabrán el nombre del país que mis cálculos han designado y cuya celebridad va a ser inmortal! —añadió J. T. Maston—. ¡Que me maten, si quieren, pero no me arrancarán mi secreto!

—¡Y que me maten con vos! —exclamó la señora Evangelina Scorbitt—. Yo también permaneceré muda...

—¡Felizmente, querida Evangelina, ignoran que poseéis este secreto!

—¿Es que creéis, querido Maston, que yo sería capaz de descubrirlo, porque soy mujer? ¡Hacer traición a nuestros colegas y a vos...! ¡No, amigo mío, no! ¡Que esos filisteos subleven contra vos la población de las ciudades y de los campos; que el mundo entero penetre por la puerta de esta celda para arrancáoslo...! Pues bien; ¡yo estaré aquí, y tendremos al menos el consuelo de morir juntos...!

Si esto pudiera ser un consuelo, ¿podía soñar J.

T. Maston

uno más dulce que el de morir en los brazos de la señora Evangelina Scorbitt?

De este modo acababa la conversación, siempre que la excelente señora iba a visitar al prisionero.

Y cuando los individuos de la Comisión le preguntaban sobre el resultado de las entrevistas:

—¡Nada todavía! —decía—. Acaso con el tiempo conseguiré...

«¡Con el tiempo!», decía. Pero el tiempo transcurría muy deprisa.

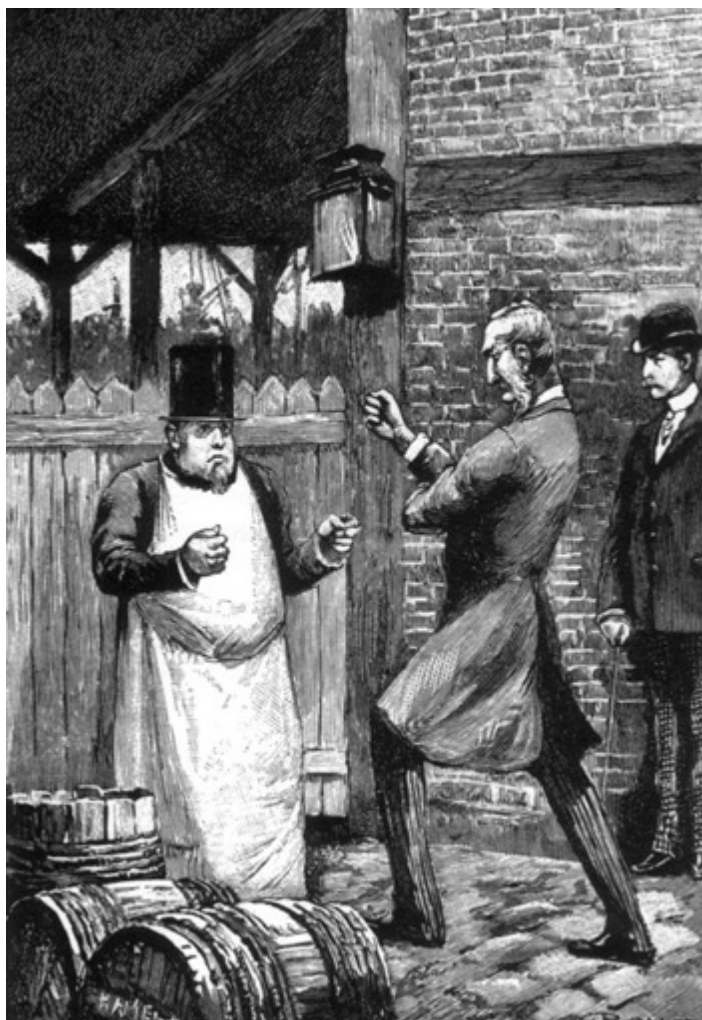
¡Pasaban las semanas como días, los días como horas, las horas como minutos!

Había llegado mayo. La señora Evangelina Scorbitt no había conseguido nada de J.

T. Maston,

y allí donde aquella mujer tan influyente había fracasado, nadie podía abrigar la esperanza de triunfar. ¿Habría que resignarse a esperar el terrible golpe, sin que se presentase una probabilidad de impedirlo?

¡Pues bien, no! En tales situaciones no se puede aceptar la resignación. Los delegados de las potencias europeas insistieron más que nunca, y se entabló una lucha continua entre ellos y los miembros de la Comisión. Hasta el flemático Jacques Jansen, a despecho de su placidez holandesa, les colmaba de recriminaciones diarias. El coronel Boris Karkov tuvo hasta un duelo con el secretario de dicha Comisión —duelo en el cual no hirió más que ligeramente a su adversario—. En cuanto al mayor Donellan, no se batió a arma de fuego, ni arma blanca —lo que es contrario a los usos británicos—; pero al menos, apadrinado por su secretario Dean Toondrik, cambió algunas docenas de puñetazos, en un boxeo en regla, con William S. Forster, el flemático consignatario de bacalao, el testaferro de la North Polar Practical Association, quien, por otra parte, no sabía una palabra del asunto.



En realidad, se conjuraba el mundo para hacer a los americanos de los Estados Unidos responsables de los actos de uno de sus más gloriosos hijos: Impey Barbicane. Se hablaba nada menos que de retirar los embajadores y los ministros plenipotenciarios acreditados cerca de aquel imprudente Gobierno de Washington y de declararle la guerra.

¡Pobres Estados Unidos! ¡Qué más hubiesen deseado que poder echar mano a Barbicane y Compañía! En vano respondían que las potencias de Europa, de Asia, del África y de Oceanía tenían carta blanca para prenderlo donde lo encontraran, porque ni siquiera se

les escuchaba. Y hasta entonces había sido imposible descubrir en qué lugar el presidente y su colega se ocupaban en preparar su abominable operación.

A esto respondían las potencias extranjeras:

—¡Tenéis a J. T. Maston, su cómplice! ¡Y J. T. Maston sabe a qué atenerse acerca de Barbicane! ¡Haced, pues, hablar a J. T. Maston!

¡Hacer hablar a Maston! Tanto hubiera valido arrancar una palabra a Harpócrates, dios del silencio, o al sordomudo en jefe del Instituto de Nueva York.

Y creciendo la irritación con la inquietud universal, algunos espíritus prácticos recordaron lo que la tortura de la Edad Media tenía de bueno, los brodequines, el atenazamiento de los pechos, el plomo derretido, tan poderoso para soltar las lenguas más rebeldes, el aceite hirviendo, el potro, el tormento del agua, el descoyuntamiento, etc. ¿Por qué no servirse de estos medios que la justicia de otras épocas no vaciló en emplear en circunstancias menos graves, y para casos particulares que no interesaban sino muy indirectamente a las masas?

Pero, hay que reconocerlo, estos medios, justificados por las costumbres de otros tiempos, no podían ser empleados a fines de un siglo de dulzura y tolerancia —de un siglo tan humanitario como el siglo XIX, caracterizado por la invención del fusil de repetición, de las balas de siete milímetros y de las trayectorias de un alcance inverosímil—; de un siglo que admite en las relaciones internacionales el empleo en los obuses de la melinita, la roburita, la belita, la panclastita, la meganita y otras sustancias acabadas en ita, que no son nada ciertamente al lado de la meli-melonita.

J. T. Maston no tenía, pues, que temer ser sometido al tormento ordinario o extraordinario. Todo lo que se podía esperar es que, comprendiendo al fin su responsabilidad, se decidiera acaso a hablar, o que, si se negaba, hablase la casualidad por él.

CAPÍTULO XIII

AL FIN DEL CUAL J. T. MASTON DA UNA RESPUESTA VERDADERAMENTE ÉPICA



El tiempo avanzaba entretanto, y muy probablemente también avanzaban los trabajos que el presidente Barbicane y el capitán Nicholl realizaban en condiciones tan sorprendentes, no se sabe dónde.

Pero ¿en qué consistía que una operación que exigía el establecimiento de grandes talleres, la creación de altos hornos, capaces de fundir una máquina un millón de veces mayor que el cañón de veintisiete de la Marina, y un proyectil de ciento ochenta mil toneladas de peso, que necesitaba millares de obreros, su transporte, su establecimiento; sí, en qué consistía que una operación de esta importancia hubiera podido ser sustraída a la atención de los interesados? ¿En qué parte del Antiguo o del Nuevo Continente habíanse instalado Barbicane y Compañía tan secretamente que no lo hubieran podido notar las poblaciones vecinas? ¿Era en alguna isla desierta del Pacífico o del océano Indico? Pero en nuestros tiempos no hay islas desiertas: los ingleses se han apoderado de todas.

¡A menos que la nueva Sociedad no hubiera descubierto una expresamente! En cuanto a pensar que fuera en algún punto de las regiones árticas o antárticas donde había establecido sus talleres... ¡no!; esto habría sido anormal. ¿No era precisamente porque no se

puede llegar a esas latitudes por lo que la North Polar Practical Association intentaba cambiarlas de sitio?

Por lo demás, buscar al presidente Barbicane y al capitán Nicholl a través de esos continentes y de esas islas, aunque no fuera más que en sus partes relativamente abordables, hubiera sido perder el tiempo. ¿No indicaba el cuaderno cogido al secretario del Gun Club que el disparo debía ser hecho aproximadamente en el Ecuador? Allí hay regiones habitables, si no habitadas por hombres civilizados. Si, pues, habían debido establecerse en los alrededores de la línea equinoccial, esto no era posible ni en América, en toda la extensión del Perú y del Brasil, ni en las islas de la Sonda, Sumatra, Borneo, ni en las islas del mar de Célebes, ni en la Nueva Guinea, donde tal operación no habría podido ser emprendida sin que las gentes se hubiesen enterado. También es verosímil que no hubiera podido quedar en el secreto en todo el centro de África, a través de la región de los Grandes Lagos, atravesada por el Ecuador.

Quedaban, es cierto, las Maldivas en el mar de las Indias; las islas del Almirantazgo, Gilbert, Christmas, Galápagos, en el Pacífico; San Pedro, en el Atlántico. Pero los informes tomados en estos diversos lugares no habían dado ningún resultado. Así, todo se reducía a vagas conjeturas para calmar las angustias universales.

¿Y qué pensaba de todo esto Alcides Pierredos? Más «sulfúrico» que nunca, no dejaba de pensar en las diversas consecuencias de aquel problema. Que el capitán Nicholl hubiera inventado un explosivo de tal potencia; que hubiera encontrado aquella meli-melonita de una expansión tres o cuatro mil veces mayor que la de los más violentos explosivos de guerra, y cinco mil seiscientas veces más fuerte que la antigua pólvora de cañón de nuestros antepasados, era ya muy asombroso, decía, pero no imposible. No se sabe lo que, en este género de progresos, reservará el porvenir, que permita destrozarse un ejército a cualquier distancia. En todo caso, el enderezamiento del eje terrestre, producido por el retroceso de una boca de fuego, no era cosa que sorprendiera al ingeniero francés. Así, dirigiéndose mentalmente al iniciador del asunto, decía:

—¡Es muy evidente, presidente Barbicane, que diariamente la Tierra sufre el rechazo de todos los choques que se producen en su superficie! ¡Es cierto que cuando centenares de miles de hombres se

entretienen en enviarse millares de proyectiles, de algunos kilogramos de peso, o millones de proyectiles, de algunos gramos de peso, y hasta simplemente cuando yo ando o cuando salto, o cuando alargo el brazo, o cuando un glóbulo de sangre baila en mis venas, esto obra sobre la masa de nuestro esferoide! Así, pues, tu gran máquina puede producir la sacudida deseada. Pero ¡por vida de un integral! ¿Será suficiente esta sacudida para mover la Tierra? ¡Ah! ¡Esto es lo que hay que ver!

En efecto, Alcides Pierredos no podía dejar de admirar los ingeniosos cálculos del secretario del Gun Club comunicados por los miembros de la Comisión a los sabios que estaban en situación de comprenderlos. Y Alcides Pierredos, que leía el álgebra como se lee un periódico, encontraba en aquella lectura un encanto indecible.

Pero si se verificaba el movimiento apetecido, ¡qué de catástrofes acumuladas en la superficie del esferoide! ¡Qué de cataclismos, ciudades derrumbadas, montañas quebrantadas, habitantes destruidos por millones, masas líquidas lanzadas fuera de su lecho y provocando espantosos siniestros!

Aquello sería como un terremoto de incomparable violencia.

—¡Si al menos —refunfuñaba Alcides Pierredos—; si al menos la maldita pólvora del capitán Nicholl fuera menos fuerte, se podría esperar que el proyectil viniera a chocar de nuevo contra la Tierra, sea por delante del lugar del tiro, sea por detrás, después de haber dado la vuelta al globo! ¡En tal caso, todo volvería a su sitio al cabo de un tiempo relativamente corto, no sin haber causado, sin embargo, grandes desastres! ¡Pero, sí, fíate! ¡Gracias a su melimelonita, el proyectil no volverá a pedir perdón a la Tierra de haberla trastornado, poniéndola otra vez en su lugar!

Y Alcides Pierredos accionaba como un aparato del semáforo, a riesgo de romperlo todo en un radio de dos metros. Después continuaba:

—¡Si al menos fuera conocido el lugar del tiro, podría yo establecer inmediatamente en cuáles grandes círculos terrestres sería nula la desnivelación, y también los puntos en los cuales alcanzaría su *maximun*! ¡Se podría avisar a las gentes para que los desalojasen a tiempo, antes de que sus casas y sus ciudades se derrumbasen! Pero ¿cómo saberlo?

Y apretando los puños añadía:

—¡Y las consecuencias de la sacudida pueden ser más complicadas de lo que se imagina! ¿Por qué no habían de aprovechar la ocasión los volcanes, para entregarse a erupciones descabelladas, para vomitar, como un pasajero mareado, las materias removidas en sus entrañas? ¿Por qué una parte de los océanos no se había de precipitar en sus cráteres? ¡El diablo me lleve! ¡Pueden sobrevenir explosiones que hagan saltar la máquina de la Tierra! ¡Ah! ¡Y ese satánico Maston que se obstina en su mutismo! ¡Vedle, jugando con nuestra bola y haciendo efectos en el billar del universo!



Así razonaba Alcides Pierredos. Bien pronto estas terroríficas hipótesis fueron recogidas y discutidas en los periódicos de todo el mundo. Comparados con el trastorno que resultaría de la operación de Barbicane y Compañía, ¿qué eran esas trombas, esas mareas vivas, esos diluvios que de cuando en cuando devastan alguna reducida porción de la Tierra? ¡Tales catástrofes no son más parciales! ¡Desaparecen algunos millares de habitantes, y apenas si los innumerables sobrevivientes se sienten turbados en su quietud! A medida que se aproximaba la fecha fatal, el espanto se apoderaba de los más bravos. Los predicadores tenían motivo para predecir el fin del mundo. ¡Podíase creer que se estaba en aquel pavoroso período del año 1000, cuando los vivos se imaginaron que iban a ser precipitados en el imperio de los muertos!

Recuérdese lo que había pasado en aquella época. Con arreglo a un pasaje del Apocalipsis, las gentes creyeron que estaba próximo el día del Juicio Final.

Esperaban los signos de cólera predichos por Ja Escritura. Iba a aparecer el hijo de la perdición: el Anticristo.

«En el último año del siglo x —refiere H. Martín—, todo quedó interrumpido: placeres, ocupaciones, negocios, todo, casi hasta los trabajos del campo. ¿Por qué, se decía, pensar en un porvenir que no ha de llegar?

»¡Pensemos en la eternidad, que comienza mañana! Contentábanse con atender a las necesidades más inmediatas; legaban las tierras, los castillos a los monasterios para adquirir protectores en el reino de los cielos, adonde iban a entrar. Muchas cartas de donación a las iglesias comienzan de este modo:

»“Aproximándose el fin del mundo, y siendo inminente nuestra ruina...”. Cuando llegó el término fatal, las gentes se apiñaron en las basílicas, en las capillas, en los edificios consagrados a Dios, y esperaron, llenas de angustia, a que sonaran en los cielos las siete trompetas de los siete ángeles del Juicio».

Como se sabe, el primer día del año 1000 terminó sin que las leyes de la naturaleza sufrieran ningún trastorno. Pero ahora no se trataba de un cataclismo basado en textos de una oscuridad completamente bíblica. Tratábase de una modificación introducida en el equilibrio de la Tierra, fundada en cálculos indiscutidos, indiscutibles, y de una tentativa que los progresos de las ciencias

balísticas y mecánicas hacían absolutamente realizables. Esta vez el mar no devolvería sus muertos, sino que tragaría por millones a los vivos en el seno de sus nuevos abismos.

Resultó de aquí que, aun teniendo en cuenta los cambios producidos en los espíritus por la influencia de las ideas modernas, el espanto llegó a tal punto, que se reprodujeron muchos actos de locura del año 1000. ¡Jamás se hicieron con más prisa los preparativos de partida para un mundo mejor! ¡Jamás se abocaron tantos sacos de pecados en los confesionarios! ¡Jamás fueron dadas tantas absoluciones a los moribundos que se arrepentían *in extremis*! Hasta se trató de pedir una absolución general, que un Breve del Papa habría concedido a todos los hombres de buena voluntad en la Tierra, y también de buen miedo.

En estas condiciones, la situación de J.

T. Maston

se hacía cada día más crítica. La señora Evangelina Scorbitt temía que fuese víctima de la vindicta universal. Acaso hasta tuvo ella el pensamiento de aconsejarle que pronunciase la palabra que se obstinaba en callar con una terquedad sin ejemplo. Pero no se atrevió, e hizo bien. Habría sido exponerse a una negativa categórica.

Como se puede imaginar, aun en la ciudad de Baltimore, presa ahora del terror, se hacía difícil contener a la población, excitada por la mayoría de los periódicos de la Confederación y por los despachos que llegaban «de los cuatro ángulos de la Tierra», para emplear el lenguaje apocalíptico que usaba San Juan Evangelista en tiempo del emperador Domiciano. Con seguridad, si J.

T. Maston

hubiera vivido bajo el reinado de este perseguidor, su asunto se hubiera arreglado enseguida. Lo habrían destrozado las fieras. Pero él se habría contentado con responder:

—¡Ya lo estoy!

Como quiera que sea, el inquebrantable J.

T. Maston

negábase a dar a conocer la situación del lugar x, comprendiendo perfectamente que, si lo declaraba, el presidente Barbicane y el capitán Nicholl serían puestos en la imposibilidad de continuar su obra.

Después de todo, era hermosa aquella lucha de un hombre solo contra el mundo entero. Esto engrandecía más a J.

T. Maston

en el alma de la señora Evangelina Scorbitt, y también en la opinión de sus colegas del Gun Club. Éstos, hay que decirlo, obstinados como artilleros retirados, defendían, a pesar de todo, los proyectos de Barbicane y Compañía. ¡El secretario del Gun Club había llegado a tal grado de celebridad, que ya le escribían muchas personas, como a los criminales de importancia, para tener algunas líneas de aquella mano que iba a trastornar el mundo!

Pero si esto era hermoso, iba siendo más peligroso cada día. El populacho rondaba a todas horas la cárcel de Baltimore, dando gritos y promoviendo grandes tumultos. Los más rabiosos querían linchar a J.

T. Maston

hic et nunc.

La policía veía llegar el momento en que sería impotente para defenderle.

Deseoso de dar satisfacción a las masas americanas y también a las masas extranjeras, el Gobierno de Washington decidió formular una acusación contra J.

T. Maston,

y llevarlo a los Tribunales.

Con los jurados, sobrecogidos por el espanto, «¡su asunto iría deprisa!», como decía Alcides Pierredos, que, por su parte, sentía cierta simpatía hacia aquella tenaz naturaleza de matemático.

Como era de esperar de estas disposiciones de los ánimos, el presidente de la Comisión fue a la celda del prisionero en la mañana del 5 de setiembre.

La señora Evangelina Scorbitt, a petición suya, había sido autorizada por acompañarlo. ¡Acaso en una última tentativa lo decidiría a hablar la influencia de aquella amable dama...! Había que poner todos los medios; y serían buenos todos los que pudieran dar la última palabra del enigma. Si no se conseguía esto, ya se vería después.

«¡Se vería! —repetían los espíritus perspicaces—. ¡Bastante se habría adelantado con ahorcar al tenaz J.

T. Maston,

si la catástrofe se realizaba en todo su horror!».

A las once encontrábase J. T. Maston en presencia de la señora Scorbitt y de John Prestice.

La entrada en materia fue de las más sencillas. En aquella conversación cambiáronse las preguntas y respuestas siguientes, con mucha tiesura de una parte, con mucha calma de la otra.

¡Y quién podría creer que hubiera momentos en que la calma estuviera de parte de J.

T. Maston!

—Por última vez, ¿queréis responder? —preguntó John Prestice.

—¿Acerca de qué? —observó irónicamente el secretario del Gun Club.

—Acerca del paraje adonde ha ido vuestro colega Barbicane.

—Ya os lo he dicho cien veces.

—Repetidlo por ciento una.

—Está allí donde se hará el disparo.

—¿Y dónde se hará el disparo?

—Allí donde está mi colega Barbicane.

—¡Tened cuidado, J. T. Maston!

—¿De qué?

—De las consecuencias de vuestra negativa a contestar, que puede dar por resultado...

—Precisamente impediros saber lo que no debéis saber.

—¡Lo que tenemos el derecho de conocer!

—No es esa mi opinión.

—¡Vamos a llevaros ante un Tribunal!

—Llevadme.

—¡Y el Jurado os condenará!

—Eso es cuenta suya.

—¡Y la sentencia será ejecutada inmediatamente!

—¡Bueno!

—¡Querido Maston! —se atrevió a decir la señora Evangelina Scorbitt, cuyo corazón temblaba ante aquellas amenazas.

—¡Oh, señora! —murmuró J. T. Maston.

Ella bajó la cabeza, y calló.

—¿Queréis saber cuál será la sentencia? —añadió el presidente John Prestice.

—Si me lo decís... —contestó Maston.

—¡Seréis condenado a muerte... como merecéis!

—¿De veras?

—¡Y seréis ahorcado, tan seguro como dos y dos son cuatro!

—Entonces aún tengo esperanzas —replicó flemáticamente J.

T. Maston

—. Si entendieseis algo de matemáticas, no diríais: «¡Tan seguro como dos y dos son cuatro!». ¿Qué es lo que prueba que todos los matemáticos no han estado locos hasta el día al afirmar que la suma de dos números es igual a la de sus partes, es decir, que dos y dos hacen exactamente cuatro?

—¡Caballero! —exclamó John Prestice desconcertado.

—¡Ah! —continuó J. T. Maston—. ¡Si dijeseis: «tan cierto como uno y uno son dos» enhorabuena! Esto es absolutamente evidente; porque esto no es un teorema... ¡es una definición!

¡Ante aquella lección de aritmética, el presidente de la Comisión se retiró, mientras que la señora Evangelina Scorbitt no tenía bastante fuego en la mirada para admirar al extraordinario matemático de sus sueños!

CAPÍTULO XIV

MUY CORTO, PERO EN EL CUAL LA X TOMA UN VALOR GEOGRÁFICO



elizmente para J. T. Maston, el Gobierno federal recibió el telegrama cuyo texto damos a continuación, enviado por el cónsul americano en Zanzíbar:

*«A John S. Wright, ministro de Estado.
Washington, E. U. de A.*

*Zanzíbar, 13 setiembre,
(5 de la mañana, hora del lugar).*

*«Grandes trabajos ejecutados en el Wamasai, al Sur
del Kilimanjaro.*

*Desde hace ocho meses, presidente Barbicane y
capitán Nicholl, establecidos con numeroso personal
negro, bajo la autoridad del sultán*

Bali-Bali.

Pone esto en conocimiento del Gobierno su servidor,

*RICHAR W.
TRUST,
cónsul».*

Y he aquí cómo fue conocido el secreto de J.

T. Maston.

Y he aquí por qué, si el secretario del Gun Club siguió encarcelado, no fue ahorcado.

¡Pero quién sabe si más tarde no lamentaría no haber sido muerto en toda la plenitud de su gloria!

CAPÍTULO XV

QUE CONTIENE ALGUNOS DETALLES VERDADERAMENTE INTERESANTES PARA LOS HABITANTES DEL ESFEROIDE TERRESTRE.



sí, el Gobierno de Washington sabía ahora en qué paraje iban a operar Barbicane y Compañía. No se podía dudar de la autenticidad de este despacho. El cónsul de Zanzíbar era un agente muy seguro para que no debiesen ser aceptados sin reserva sus informes, que fueron luego confirmados por idénticos telegramas. Era, pues, en el centro de la región del Kilimanjaro, en el Wamasai africano, a unas cien leguas al Oeste del litoral, un poco por debajo de la línea ecuatorial, donde los ingenieros de la North Polar Practical Association estaban a punto de acabar sus gigantescos trabajos.

¿Cómo habían podido instalarse secretamente en aquella región perdida, al pie de la célebre montaña, que descubrieron en 1849 los doctores Rebviani y Krapf, y a la que subieron después los viajeros Otto Ehlers y Abbot? ¿Cómo habían podido establecer allí sus talleres y crear una fundición y reunir un personal suficiente? ¿Por qué medios habían llegado a ponerse en relación con las peligrosas tribus del país y sus soberanos, tan astutos como crueles? Esto es lo que no se sabía, ni acaso se sabría nunca, pues que no faltaban más que muy pocos días para la fecha fatal del 22 de setiembre.

Por eso, cuando J. T. Maston supo por la señora Evangelina

Scorbitt que el misterio del Kilimanjaro acababa de ser descubierto por un despacho expedido en Zanzíbar:

—¡Bah! —dijo trazando en el espacio un maravilloso zigzag con su gancho de hierro—. ¡Aún no se viaja ni por telégrafo, ni por teléfono, y dentro de seis días... bum...! ¡Negocio concluido...!

Y cualquiera que hubiera oído al secretario del Gun Club lanzar esta onomatopeya retumbante, que estalló como un disparo del Columbiad, habríase maravillado verdaderamente de lo que resta algunas veces de energía vital en estos viejos artilleros.

Evidentemente, J. T. Maston tenía razón. Faltaba el tiempo necesario para poder enviar agentes al Wamasai con la misión de prender al presidente Barbicane. Aun admitiendo que estos agentes, partiendo de Argelia o de Egipto, hasta de Aden, de Masaua, de Madagascar o de Zanzíbar, hubiesen podido trasladarse rápidamente a la costa, habría habido que contar con las dificultades inherentes al país, los retrasos ocasionados por los obstáculos de una marcha a través de aquella región montañosa, y también, acaso, la resistencia de un personal sostenido, sin duda, por la voluntad interesada de un sultán tan autoritario como negro.

Había, pues, que renunciar a toda esperanza de impedir la operación, prendiendo al operador.

Pero si esto era imposible, nada era más fácil ahora que deducir sus rigurosas consecuencias, pues que ya se conocía la situación exacta del lugar del tiro. Puro asunto de cálculo; cálculo demasiado complicado evidentemente, pero que no era superior a la capacidad de los algebristas en particular y de los matemáticos en general.

Como el despacho del cónsul de Zanzíbar había llegado dirigido directamente al ministro de Estado, en Washington, el Gobierno federal lo mantuvo secreto al principio. Quería poder indicar, al mismo tiempo que diese la noticia, cuáles serían los resultados del cambio del eje de la Tierra desde el punto de vista de la desnivelación de los mares. Los habitantes del globo sabrían, al mismo tiempo, la suerte que les estaba reservada, según el segmento del esferoide terrestre que ocuparan.

¡Y juzgúese si esperarían con impaciencia saber a qué atenerse sobre esta eventualidad!

El 14 de setiembre fue enviado el despacho a la Comisión de Longitudes de Washington, con encargo de que dedujesen las

consecuencias finales desde el punto de vista balístico y geográfico. Al día siguiente estaba puesta en claro la situación. Inmediatamente, el dictamen de la Comisión de Longitudes fue comunicado por cable a las potencias del Nuevo y del Viejo Continente. Después de haber sido reproducido por millares de periódicos, fue pregonado en las grandes ciudades con los títulos de más efecto por los vendedores.

—¿Qué va a suceder?

Ésta era la pregunta dirigida en todos los idiomas y en todos los puntos del globo.

Y he aquí la respuesta, bajo la garantía de la Comisión de Longitudes:

AVISO URGENTE

«El experimento intentado por el presidente Barbicane y el capitán Nicholl es éste: producir un retroceso, el 22 de setiembre, a las doce de la noche del lugar, por medio de un cañón un millón de veces mayor que el de veintisiete centímetros, lanzando un proyectil de ciento ochenta mil toneladas, con una pólvora que da una velocidad inicial de dos mil ochocientos kilómetros.

»Si este disparo se realiza un poco por debajo de la línea equinoccial aproximadamente en el paralelo treinta y cuatro de longitud Este del meridiano de París, al pie de la cadena del Kilimanjaro, y si se hace apuntando al Sur, he aquí cuáles serán sus efectos mecánicos, en la superficie del esferoide terrestre:

»Instantáneamente, y a consecuencia del choque combinado con el movimiento diurno, se formará un nuevo eje, y como el antiguo cambiará de situación en 23° 28', según los resultados obtenidos por J.

T. Maston,

el nuevo eje vendrá a ser perpendicular al plano de la eclíptica.

»Ahora bien; ¿por qué puntos saldrá el nuevo eje? Esto es lo que era fácil calcular siendo conocido el lugar del disparo, y esto es lo que se ha hecho.

»Al Norte, la extremidad del nuevo eje quedará situada entre Groenlandia y la Tierra de Grinnell, en aquella misma parte del mar de Baffin que corta actualmente el círculo polar ártico. Al Sur ocurrirá esto en el límite del círculo antártico, algunos grados al Este de la Tierra Adelia.

»En estas condiciones, un nuevo meridiano cero, partiendo del nuevo Polo Norte, pasará sensiblemente por Dublín, en Irlanda; París, en Francia; Palermo, en Sicilia; Obeid, en el Darfur; la cadena del Kilimanjaro, Madagascar, la isla Kerguelen, en el Pacífico meridional, el nuevo Polo Antártico, los antípodas de París, las islas de Cook y de la Sociedad, en Oceanía, las islas Cuadra y Vancouver, en el litoral de la Columbia inglesa, los territorios de la Nueva Bretaña, a través del Norte de América, y la península de Melville, en las regiones circumpolares del Norte.

»A consecuencia de la creación del nuevo eje de rotación, saliendo por el mar de Baffin al Norte y por la Tierra Adelia al Sur, se formará un nuevo Ecuador, por encima del cual trazará el Sol, sin desviarse nunca, su curva diurna. Esta línea equinoccial atravesará el Kilimanjaro en el Wamasai, el océano Índico, Goa y Chicacola, un poco más abajo de Calcuta, en la India; Mángala, en el reino de Siam; Kesto, en el Tonkín; Hong-Kong, en China; la isla Rasa, las islas Marshall, Gaspar-Rico y Walter, en el Pacífico; las Cordilleras en la República Argentina; Río Janeiro, en el Brasil; las islas de la Trinidad y de Santa Elena, en el Atlántico; San Pablo de Loanda, en el Congo, y, en fin, volverá a territorios del Wamasai por la vertiente opuesta del Kilimanjaro.

»Determinado así por la creación del nuevo eje este nuevo Ecuador, ha sido posible tratar la desnivelación de los mares, tan grave para la seguridad de los habitantes de la Tierra.

»Ante todo, conviene observar que los directores de la North Polar Practical Association han pensado en

atenuar los efectos en la medida de lo posible. En efecto, si el disparo se hubiera hecho hacia el Norte, las consecuencias habrían sido desastrosas para las regiones más civilizadas del globo. Al contrario, disparando hacia el Sur, estas consecuencias no se harán sentir más que en las partes menos pobladas y más salvajes, al menos en lo que concierne a los territorios sumergidos.

»Véase ahora cómo se distribuirán las aguas lanzadas fuera de su lecho a consecuencia del aplanamiento del esferoide en los antiguos polos.

»El globo quedará dividido en dos grandes círculos, que se cortarán en ángulo recto en el Kilimanjaro y en sus antípodas en el océano Equinoccial. De aquí, formación de cuatro segmentos: dos en el hemisferio Norte, y dos en el hemisferio Sur, separados por líneas, en las cuales será nula la desnivelación.

»1.º Hemisferio septentrional:

»El primer segmento, al Oeste del Kilimanjaro, comprenderá el África desde el Congo hasta Egipto; Europa, desde Turquía hasta Groenlandia; América, desde la Columbia inglesa hasta Perú y Brasil a la altura de San Salvador; en fin, todo el océano Atlántico septentrional y la mayor parte del Atlántico equinoccial.

»El segundo segmento, al Este del Kilimanjaro, comprenderá la mayor parte de Europa, desde el mar Negro hasta Suecia, Rusia europea y Rusia asiática, Arabia, casi toda la India, Persia, Beluchistán, Afganistán, Turkeistán, el Celeste Imperio, Mongolia, el Japón, Corea, el mar Negro, el mar Caspio, la parte superior del Pacífico, y los territorios de Alaska en Norteamérica y también el dominio polar tan desdichadamente concedido a la North Polar Practical Association.

»2.º Hemisferio Meridional.

»El tercer segmento, al Este del Kilimanjaro, contendrá Madagascar, las islas Comores, las islas Kerguelen, Mauricio, la Reunión, y todas las islas del mar de las Indias, el océano Antártico hasta el nuevo

Polo, la península de Malaca, Java, Sumatra, Borneo, las islas de la Sonda, las Filipinas, Australia, Nueva Zelanda, toda la parte meridional del Pacífico y sus numerosos archipiélagos, aproximadamente hacia el meridiano ciento sesenta actual.

»El cuarto segmento, al Oeste del Kilimanjaro, englobará la parte Sur del África, desde el Congo y el canal de Mozambique hasta el Cabo de Buena Esperanza; el océano Atlántico meridional hasta el paralelo ochenta; todo el Sur de América, desde Pernambuco y Lima; Bolivia, Brasil, Uruguay, la República Argentina, Patagonia, Tierra de Fuego, las islas Malvinas, Sandwich, Shetland y la parte del Sur del Pacífico, al Este del grado ciento sesenta de longitud.

»Tales serán los cuatro segmentos del globo, separados por líneas de desnivelación nula.

»Trátase ahora de indicar los efectos producidos en la superficie de estos cuatro segmentos a consecuencia del cambio de lugar de los mares.

»En cada uno de estos cuatro segmentos hay un punto central, donde se producirá el efecto máximo, sea que los mares se precipiten hacia él, sea que se retiren de él.

»Los cálculos de J. M. Maston establecen con exactitud absoluta que este máximo alcanzará 8415 metros en cada uno de los puntos, a partir de los cuales irá disminuyendo la desnivelación hasta las líneas neutras que forman el límite de los segmentos. En estos sitios, pues, es donde serán más graves las consecuencias desde el punto de vista de la seguridad general, en razón de la operación intentada por el presidente Barbicane.

»Hay que considerar ambos efectos en cada una de sus consecuencias.

»De dos de los segmentos, situados en oposición el uno del otro, en el hemisferio Norte y en el hemisferio Sur, se retirarán los mares para invadir los otros dos segmentos, igualmente en oposición el uno del otro en cada hemisferio.

»En el primer segmento, el océano Atlántico se vaciaría casi por completo, y estando el punto máximo de descenso aproximadamente a la altura de las Bermudas, aparecerá el fondo, si la profundidad del mar es inferior en este paraje a 8415 metros. Por consiguiente, entre América y Europa se descubrirán vastos territorios, que podrán anexionarse a prorrata, según su extensión geográfica, los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España y Portugal, si estas Potencias lo creen conveniente. Pero hay que observar que, por efecto del descenso de las aguas, la capa de aire bajará otro tanto. El litoral de Europa y de América quedará a una altura tal, que las ciudades situadas aun a veinte y treinta grados de los puntos máximos, no tendrán a su disposición más que la cantidad de aire que se encuentra actualmente a una altura de una legua de la atmósfera. Tales son, para no citar más que las principales: Nueva York, Filadelfia, Charleston, Panamá, Lisboa, Madrid, París, Londres, Edimburgo, Dublín, etc. Tan sólo El Cairo, Constantinopla, Dantzig, Estocolmo, de un lado, y las poblaciones del litoral Oeste americano del otro, conservarán su posición normal, con relación al general desnivel. En las Bermudas faltará el aire, como falta a los aeronautas que han podido elevarse a 8000 metros de altitud, como falta en las cimas extremas de la cadena del Tíbet. Resultará absolutamente imposible, pues, vivir allí.

»EL mismo efecto se producirá en el segmento opuesto, que comprende el océano Índico, Australia y un cuarto del océano Pacífico, el cual se volverá en parte sobre los parajes meridionales de Australia. Allí el máximo de desnivelación se hará sentir en las costas acantiladas de la Tierra de Nuyts, y las poblaciones de Adelaida y de Melbourne verán descender el nivel oceánico a cerca de ocho kilómetros por debajo de ellas. No se puede dudar que la capa de aire que las rodeará entonces será muy pura, pero no será lo bastante densa para servir a las necesidades de la respiración.

»Tal es, en general, la modificación que sufrirán las porciones del globo en los dos segmentos donde se efectuará la elevación con relación a los lechos de los mares más o menos vaciados. Allí aparecerán, sin duda, nuevas islas, formadas por las cimas de montañas submarinas, en las partes que la masa líquida no abandonará totalmente.

»Pero si la disminución del espesor de las capas de aire no deja de tener inconveniente para las partes de los continentes elevadas a las altas zonas de la atmósfera, ¿qué sucederá a aquellas que debe cubrir la irrupción de los mares?

Todavía se puede respirar bajo una presión de aire inferior a la presión atmosférica; pero debajo de algunos metros de agua no se puede respirar; y ésta es la cuestión que se les va a presentar a los otros dos segmentos.

»En el segmento al Nordeste del Kilimanjaro, el punto máximo será transportado a Yakustk, en plena Siberia. Sumergida bajo 8415 metros de agua —menos su altitud actual— la capa líquida se extenderá, disminuyendo, hasta las neutras, anegando la mayor parte de la Rusia Asiática y de la India, China, Japón, la Alaska americana más allá del estrecho de Behring. Acaso surgirán los montes Urales bajo la forma de islotes encima de la porción oriental de Europa.

En cuanto a San Petersburgo y Moscú de un lado, Calcuta, Bangkok, Saigón, Pekín, Hong-Kong

y Yedo de otro, desaparecerán bajo una capa de agua de espesor variable, pero muy suficiente para anegar a rusos, indios, siameses cochinchinos, chinos y japoneses, si no han tenido tiempo de emigrar antes de la catástrofe.

»En el segmento del Sudoeste del Kilimanjaro, los desastres serán menos considerables, porque este segmento está en gran parte recubierto por el Atlántico y el Pacífico, cuyo nivel se elevará a 8415 metros en el archipiélago de las Malvinas. De todos modos,

desaparecerán vastos territorios bajo este diluvio artificial; entre otros, el ángulo del África meridional, desde la Guinea inferior y el Kilimanjaro hasta el cabo de Buena Esperanza, y el triángulo de Sudamérica, formado por el Perú, el Brasil central, Chile y la República Argentina, hasta la Tierra de Fuego y el cabo de Hornos. Los patagones, por elevada que sea su estatura, no escaparán a la inmersión, y no tendrán ni siquiera el recurso de refugiarse sobre aquella parte de las cordilleras, cuyas altas cimas serán también cubiertas por las aguas de esta parte del globo.

»Tal debe ser el resultado —descenso por debajo y elevación por encima de la nueva superficie de los mares — producido por la desnivelación en la superficie del esferoide terrestre. ¡Tales son las eventualidades contra las cuales tienen que precaverse los interesados, si el presidente Barbicane no es detenido a tiempo en su criminal tentativa!«.

CAPÍTULO XVI

EN EL QUE EL CORO DE LOS DESCONTENTOS VA «CRESCENDO» Y «RINFORZANDO»



Después de este apremiante aviso, ya no había más que prepararse contra los peligros de la situación, o, cuando menos, huir de ellos, trasladándose a las líneas neutras, donde serían nulos.

Las gentes amenazadas se dividían en dos categorías: las que perecerían por asfixia y las que lo harían por inundación.

El efecto de aquella comunicación dio lugar a muy diversas apreciaciones, todas las cuales se convirtieron en protestas violentísimas.

Del lado de los asfixiados estaban los americanos de los Estados Unidos, y los europeos de Francia, de Inglaterra, de España, etc., para quienes la perspectiva de anexionarse los territorios del fondo oceánico no bastaba a hacerles aceptables aquellas modificaciones. Así, París, colocado a una distancia del nuevo Polo aproximadamente igual a la que lo separa actualmente del antiguo, no ganaría en el cambio. Gozaría de una primavera perpetua, es verdad, pero perdería sensiblemente en su capa de aire respirable. Y esto no era para complacer a los parisienses, que tienen la costumbre de consumir el oxígeno en abundancia.

Del lado de los inundados, había habitantes de la América del Sur, y australianos, canadienses, indios, neozelandeses. Pues bien; la Gran Bretaña no consentiría que Barbicane y Compañía la privase

de sus colonias más ricas, donde el elemento sajón tiende a sustituir visiblemente al elemento indígena.

Evidentemente, el golfo de México se vaciaría para formar un vasto imperio de las Antillas, cuya posesión podrían reivindicar los mexicanos y los yanquis en virtud de la doctrina de Monroe. Evidentemente, también el mar que encierra las islas de la Sonda, las Filipinas y las Célebes, quedando en seco, dejaría inmensos territorios que podrían pretender los ingleses y los españoles. ¡Vana compensación! Esto no contrabalancearía la pérdida debida a la terrible inundación.

¡Ah! Si no desaparecieran bajo los nuevos mares más que samoyedos o lapones de Siberia, habitantes de la Tierra de Fuego, patagones, hasta tártaros, chinos, japoneses, o algunos argentinos, acaso los Estados civilizados habrían aceptado el sacrificio. Pero eran muchas las potencias que tenían su parte en la catástrofe, para no protestar.

En lo que concierne más especialmente a Europa, bien que su parte central debiera quedar casi intacta, sería levantada por el Oeste y descendería por el Este; es decir, medio asfixiada por un lado y medio inundada por el otro. Esto no se podía aceptar. Además, el Mediterráneo se vaciaría casi por completo, y esto no lo tolerarían ni los franceses, ni los italianos, ni los españoles, ni los griegos, ni los turcos, ni los egipcios, a los cuales su situación de ribereños da indiscutibles derechos sobre este mar. Y luego, ¿para qué serviría el canal de Suez, que había quedado por su posición en la línea neutra? ¿Cómo utilizar los admirables trabajos de Lesseps, cuando ya no hubiera Mediterráneo de un lado del istmo y muy poco mar Rojo del otro, a menos de prolongarlo centenares de leguas...?

En fin: ¡jamás Inglaterra consentiría en ver Gibraltar, Malta y Chipre transformarse en cimas de montañas perdidas en las nubes, a las que no pudieran abordar sus barcos de guerra! ¡No! ¡Ella no se declararía satisfecha con los acrecentamientos de territorios que le corresponderían en el antiguo lecho del Atlántico! Y, sin embarco, el comandante Donellan había pensado ya en regresar a Europa para hacer valer los derechos de su país sobre estos nuevos territorios, en el caso de que la empresa de Barbicane y Compañía tuviera éxito.

Dedúcese de aquí que las protestas llegarían de todas partes, hasta de los Estados situados en las líneas donde la desnivelación sería nula, porque ellos mismos sufrían algo en otros puntos. Estas protestas fueron acaso más violentas todavía cuando la llegada del despacho de Zanzíbar, que hacía conocer el lugar del disparo, permitió redactar el aviso poco tranquilizador, arriba copiado.

En una palabra: el presidente Barbicane, el capitán Nicholl y J. T. Maston

fueron expulsados de la humanidad.

Y, sin embargo, ¡qué prosperidad para los periódicos de todos matices!

¡Qué pedidos de ejemplares! ¡Qué tiradas de suplementos! Aquélla fue la primera vez, acaso, en que se unieron en una misma protesta periódicos generalmente en desacuerdo en cualquiera otra cuestión: los *Novisti*, la *Novoie-Vremia*, el *Messenger* de Kronstadt, la *Gazette* de Moscú, el *Ruskoie-Diélo*, el *Grandjanme*, el *Journal* de Carlsrona, el *Handelsbad*, el *Vaderland*, la *Fremdenblatt*, la *Neue Badische Landeszeitung*, la *Gazette de Magdebour*, la *Neue Freie-Presse*, el *Berliner Tagblatt*, el *Extrablatt*, el *Post*, el *Volhsbladt*, el *Boersencourier*, la *Gazette de Siberia*, la *Gazette de la Croix*, la *Gazette de Voss*, el *Reichsanzeiger*, la *Germania*, *La Époque*, *El Correo*, *El Imparcial*, *La Iberia*, *La Correspondencia*, el *Temps*, el *Fígaro*, el *Intransigeant*, el *Gaulois*, el *Univers*, la *Justice*, la *République Frangaise*, la *Autorité*, la *Presse*, el *Matin*, el XIX Siécle, la *Liberté*, la *Illustration*, el *Fonde I Ilustré*, *La Revue de Deux Mondes*, el *Cosmos*, la *Revue Bleue*, la *Nature*, la *Tribuna*, el *Osservatore Romano*, el *Essercito Romano*, el *Fanfulla*, el *Capitán Fracassa*, la *Riforma*, el *Pester Lloyd*, el *Ephymmeris*, la *Acrópolis*, la *Palingenesia*, *El Correo de Cuba*, el *Pionnier d'Allahabad*

, el *Srpska Nezavinost*, la *Indépendance Roumaine*, el *Nord*, la *Indépendance Belge*, el *Sydney-Morning-Herald*, la *Edimburgh Review*, el *Manchester-Guardian*, el *Scotsman*, el *Standard*, el *Times*, el *Trusth*, el *Sun*, el *Central News*, *La Prensa Argentina*, el *Romanul de Bucarest*, el *Courrier de San Francisco*, el *Commercial Gazette*, el *San Diego de California*, el *Manitoba*, el *Echo du Pacifique*, el *Scientifique Americain*, el *Courrier des Etats-Unis*, el *Herald New-York*

, el *World de New York*, el *Daily-Chronicle*, el *Buenos Aires Herald*, el *Reveil du Maroc*, el *Hu-Pao*

, el *Tching-Pao*, el *Courrier* de Haiphong, y el *Moniteur* de la República de Cunani, Hasta el *Mac Lane Express*, periódico inglés, consagrado a las cuestiones de economía política, y que aludió al hambre que reinaría en los territorios devastados. ¡No era el equilibrio europeo lo que peligraba —de esto es de lo que trataba, ciertamente—; era el equilibrio universal! ¡Júzguese del efecto en un mundo que se había puesto furioso, al cual el exceso de neurosis, que fue su característica durante el fin del siglo IX, predisponía a todas las locuras, a todas las epilepsias!

¡Aquello fue una bomba cayendo en un polvorín!

Por lo que hace a J. T. Maston, se pudo creer que había llegado su última hora.



En efecto; la noche del 17 de setiembre, penetró en su prisión una multitud delirante, con la intención de lincharle; y, hay que decirlo, los agentes de la policía no opusieron ningún obstáculo...

La celda de J T. Maston estaba vacía. A peso de oro había conseguido la señora Evangelina Scorbitt hacerle escapar. El carcelero se había dejado seducir, con tanta más facilidad, cuanto

que pensaba llegar hasta los últimos límites de la vejez. En efecto, Baltimore, como Washington, Nueva York y otras ciudades principales del litoral americano, estaba en la categoría de las poblaciones que quedarían en alto y que conservarían aire bastante para el consumo diario de sus habitantes,

J. T. Maston había podido ganar un asilo misterioso, y librarse así de los furores de la indignación pública. Así es como la existencia de este gran trastornador de mundos fue salvada por la adhesión de una mujer amante. Por lo demás, ya no había que esperar más que cuatro días —¡cuatro días!— para que los proyectos de Barbicane y Compañía fuesen un hecho.

Como se ve, el aviso urgente había sido escuchado tanto cuanto podía serlo. Si al principio hubo algunos escépticos a propósito de las catástrofes anunciadas, ya no los había. Los Gobiernos se habían apresurado a prevenir a sus nacionales —en pequeño número, relativamente— que iban a ser levantados a zonas de aire rarificado; y a los que, en número más considerable, habitaban en los territorios que serían invadidos por los mares.

A consecuencia de estos avisos, transmitidos por telégrafo a través de las cinco partes del mundo, comenzó una emigración tal, como jamás se vio otra semejante, ni aun en la época de las emigraciones arias en dirección del Este al Oeste. Fue aquél un éxodo comprendiendo en parte ramas de raza hotentotes, melanesias, negras, rojas, amarillas, morenas y blancas...

Desgraciadamente faltaba el tiempo. Las horas estaban contadas. Con algunos meses de tiempo, los chinos habrían podido abandonar la China; los australianos, Australia; los patagones, Patagonia; los siberianos, las provincias siberianas, etc., etc.

Pero como el peligro estaba localizado, ahora que se conocía los puntos del Globo casi indemnes, el espanto fue menos general. Algunas provincias, aun ciertos Estados, comenzaron a tranquilizarse. En una palabra, salvo en las regiones amenazadas directamente, no quedó más que aquella aprensión muy natural que siente todo ser humano en la espera de un espantoso choque.

Durante este tiempo, Alcides Pierredos no cesaba de repetir, gesticulando como un telégrafo antiguo:

—Pero ¿cómo diablos conseguirá el presidente Barbicane fabricar un cañón un millón de veces mayor que el cañón de

veintisiete? ¡Endiablado Maston! ¡Quisiera encontrarlo para darle un capirotazo! ¡Esto no tiene nada de razonable y es demasiado «catapúltico»!

Como quiera que sea, el fracaso de la operación era la única esperanza de que ciertas partes del Globo terrestre pudieran escapar a la universal catástrofe.

CAPÍTULO XVII

LO QUE SE HABÍA HECHO EN EL KILIMANJARO DURANTE OCHO MESES DE ESTE AÑO MEMORABLE



El país de Wamasai está situado en la parte oriental del África central, entre la costa de Zanzíbar y la región de los grandes lagos, donde el Victoria-Nyanza y el Tanganika forman otros tantos mares interiores. Si se le conoce en parte, es porque ha sido visitado por el inglés Jhonston, el conde Tekeli y el doctor alemán Meyer. Esta región montañosa se encuentra bajo la soberanía del sultán Bali-Bali, cuyo pueblo está compuesto de treinta a cuarenta mil negros.

A tres grados bajo el Ecuador extiéndese la cadena del Kilimanjaro, que proyecta sus más altas cimas —entre otras las de Kibo— a una altitud de 5704 metros. Este importante macizo domina por el Sur, el Norte y el Oeste las vastas y fértiles llanuras del Wamasai, uniéndose con el lago Victoria-Nyanza a través de las regiones del Mozambique.

A algunas leguas por debajo de las primeras rampas del Kilimanjaro álzase el pueblo de Kisongo, residencia habitual del sultán. Esta capital no es más que una gran aldea, y está ocupada por una población muy inteligente, que trabaja tanto por sí misma como por sus esclavos, bajo el férreo yugo que le impone Bali-Bali.

Este sultán pasa, con justicia, por uno de los más notables

soberanos de estas tribus del África Central, que se esfuerzan por escapar a la influencia, o por mejor decir, a la dominación inglesa.

A Kisongo es adonde el presidente Barbicane y el capitán Nicholl llegaron, acompañados únicamente por diez contra maestres afectos a su empresa, en la primera semana de enero.

Al partir de los Estados Unidos —partida que sólo fue conocida de la señora Evangelina Scorbitt y de J.

T. Maston

—, se embarcaron en Nueva York para el cabo de Buena Esperanza, de donde un barco los transportó a Zanzíbar, en la isla de este nombre. De allí una barca, fletada secretamente, los condujo al puerto de Mombasa, en el litoral africano, al otro lado del Canal. Una escolta enviada por el sultán los esperaba en este puerto, y después de un viaje difícil durante un centenar de leguas a través de esta región obstruida por bosques, cortada por ríos, llena de pantanos, llegaron a la residencia real.

Ya antes, después de haber conocido los cálculos de J.

T. Maston,

el presidente Barbicane se había puesto en relaciones con Bali-Bali

por el conducto de un explorador sueco, que acababa de pasar algunos años en aquella parte de África. Convertido en uno de sus más fervientes partidarios desde el célebre viaje del presidente Barbicane alrededor de la Luna —viaje cuya celebridad se había propagado hasta estos lejanos países—, el sultán se había hecho muy amigo del atrevido yanqui. Sin decir con qué objeto, Impey Barbicane había obtenido fácilmente del soberano del Wamasai la autorización para emprender importantes trabajos en la ladera meridional del Kilimanjaro. Mediante una suma considerable, evaluada en trescientos mil euros,

Bali-Bali

se había comprometido a proporcionarle todo el personal necesario. Además, le autorizaba a hacer lo que quisiera del Kilimanjaro. Podía disponer a su capricho de la enorme cadena, arrasarla si le parecía bien, llevársela si podía. Como consecuencia de compromisos muy serlos, que tenían preocupado al sultán, la North Polar Practical Association era propietaria de la montaña africana con el mismo título que lo era del dominio ártico.

La acogida que el presidente Barbicane y su colega encontraron en Kisongo fue de las más simpáticas. Bali-Bali experimentaba una admiración, rayana en la adoración, por aquellos dos ilustres viajeros que se habían lanzado a través del espacio para llegar a las regiones circunlunares. Además sentía una simpatía extraordinaria hacia los autores de los misteriosos trabajos que iban a realizarse en su reino. Así prometió a los americanos un secreto absoluto, tanto de su parte como de la de sus súbditos, cuyo concurso les había asegurado. Ni uno solo de los negros que trabajaban en los talleres tendría el derecho de abandonarlos ni un solo día, bajo pena de los más refinados suplicios.

He aquí por qué la operación fue rodeada de un misterio que no pudieron penetrar los más listos agentes de América y Europa. Si este secreto había sido al fin descubierto era porque en todas partes —aun entre los negros— hay traidores y habladores. De esta suerte fue como Richard W. Trust, el cónsul de Zanzíbar, venteó lo que se hacía en el Kilimanjaro. Pero entonces en aquella fecha del 13 de setiembre, era demasiado tarde para detener al presidente Barbicane en la realización de sus proyectos.

Y ahora, ¿por qué Barbicane y Compañía habían escogido el Wamasai como teatro de su operación? En primer lugar, porque el país le convenía en razón de su situación en aquella parte poco conocida del África por su alejamiento de los territorios habitualmente visitados por los viajeros; y después, porque el macizo del Kilimanjaro le ofrecía todas las condiciones de solidez y de orientación. Además, en el país encontrábanse las primeras materias que precisamente necesitaba, y en condiciones especialmente fáciles de explotación.

Precisamente algunos meses antes de abandonar los Estados Unidos, el presidente Barbicane había sabido del explorador sueco que al pie de la cadena del Kilimanjaro el hierro y la hulla se encontraban abundantemente esparcidos a flor de tierra. Nada de minas que abrir, de yacimientos que buscar a algunos millares de pies dentro de la corteza terrestre. Para obtener el hierro y el carbón no había más que agacharse a cogerlo, y en cantidades ciertamente superiores al consumo previsto. Además, había en la vecindad de la montaña enormes yacimientos de nitrato de sosa y de piritas de hierro, necesarios para la fabricación de la meli-

melonita.

El presidente Barbicane y el capitán Nicholl no habían, pues, llevado consigo ningún personal, fuera de los diez contramaestres, de los cuales estaban absolutamente seguros. Éstos debían dirigir a los diez mil negros puestos a su disposición por

Bali-Bali,

a los que correspondían el trabajo de fabricar el cañón monstruo y su no menos monstruoso proyectil.

Dos semanas después de la llegada del presidente Barbicane y de su colega al Wamasai, estaban establecidos tres vastos talleres en la base meridional del Kilimanjaro, el uno para la fundición del cañón, el otro para la fundición del proyectil, y el tercero para la fabricación de la meli-melonita.

Y ¿cómo había resuelto el presidente Barbicane el problema de fundir un cañón de dimensiones tan colosales? Se va a ver, y se comprenderá, al mismo tiempo que la última probabilidad de salvación, originada en la dificultad de establecer tal aparato, escapábase a los habitantes del planeta.

En efecto, fundir un cañón que fuera un millón de veces mayor que el cañón de veintisiete, habría sido un trabajo superior a las fuerzas humanas. Hay ya serias dificultades para fabricar las piezas de cuarenta y dos centímetros, que lanzan proyectiles de setecientos ochenta kilos, con doscientos setenta y cuatro kilogramos de pólvora. Así, Barbicane y Nicholl no habían pensado en ello. No era un cañón, ni siquiera un mortero lo que pretendían hacer, sino una galería abierta en el macizo del Kilimanjaro, un pozo de mina.

Evidentemente, este pozo de mina, este enorme agujero, podía remplazar a un cañón de metal, a un Columbiad gigantesco, cuya fabricación habría sido tan costosa como difícil y al cual habría habido que dar un espesor inverosímil para prevenir toda probabilidad de explosión. Barbicane y Compañía habían tenido siempre el pensamiento de obrar de este modo, y si el cuaderno de J.

T. Maston

mencionaba un cañón, es porque era el cañón de veintisiete el que había servido de base a sus cálculos.

En consecuencia, escogiése como primera medida un emplazamiento a una altura de cien pies en la vertiente meridional

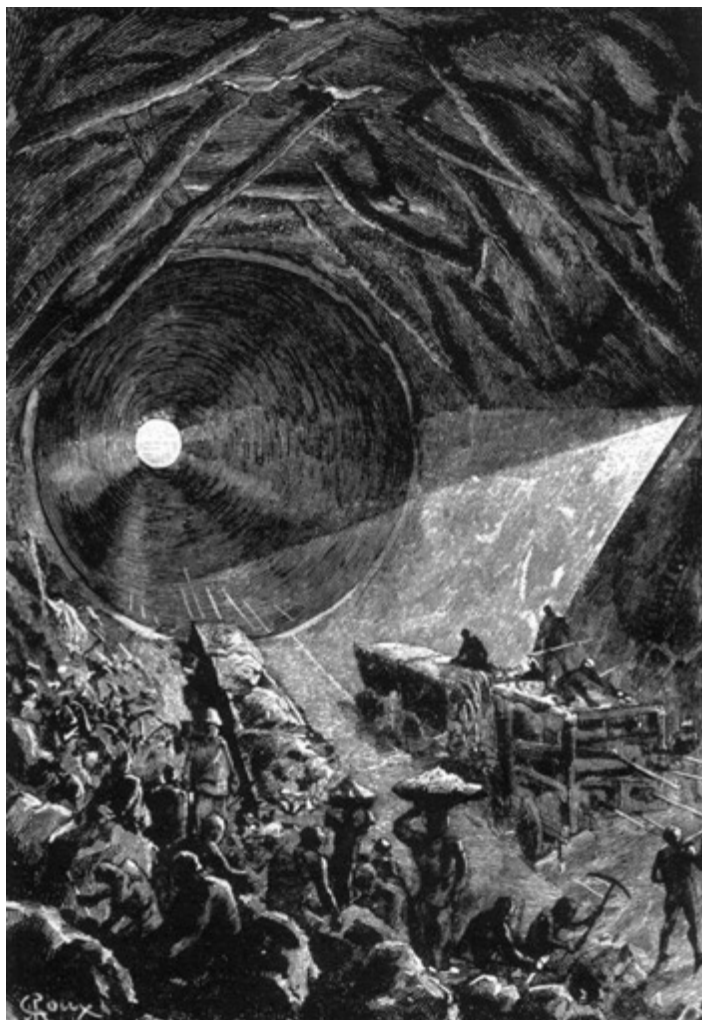
de la cadena, por debajo de la cual se extendían llanuras en lo que alcanzaba la vista. Nada podría servir de obstáculo al proyectil cuando se lanzara fuera de aquella «ánima» perforada en el macizo del Kilimanjaro.



Esta galería fue abierta con extrema precisión, y no sin rudo trabajo. Pero Barbicane pudo fácilmente construir perforadoras, que son máquinas relativamente sencillas, y moverlas por medio de aire comprimido, con ayuda de los poderosos saltos de agua de la montaña. Enseguida, hechos los agujeros con las barrenas de las

máquinas perforadoras, fueron cargados de meli-melonita.

No se necesitaba menos que este violento explosivo para hacer saltar la roca, porque era una especie de sienita extremadamente dura, formada de feldespato ortoso y de anfíbol de hornblenda. Circunstancia favorable, por lo demás, pues que esta roca tendría que resistir la espantosa presión desarrollada por la expansión del gas. Pero la altura y espesor de la cadena del Kilimanjaro bastaban a tranquilizar contra todo agrietamiento exterior. En una palabra, los millares de trabajadores, dirigidos por los diez contramaestres, bajo la alta inspección del presidente Barbicane, trabajaron con tanto celo y con tanta inteligencia, que la obra fue llevada a buen fin en menos de seis meses.



La galería medía veintisiete metros de diámetro por seiscientos metros de profundidad. Como importaba que el proyectil pudiera resbalar sobre una pared perfectamente lisa, sin dejar que se perdiese nada de los gases de la deflagración, el interior fue blindado con una capa de fundición perfectamente alisada.

En realidad, este trabajo era infinitamente más considerable que el del célebre Columbiad de Moon-City,

que había enviado el proyectil de aluminio alrededor de la Luna. Pero ¿qué hay imposible para los ingenieros del mundo moderno?

Mientras se hacía la perforación en el flanco del Kilimanjaro no holgaban los obreros en el segundo taller. Al mismo tiempo que se construía el revestimiento metálico, ocupábanse en fabricar el enorme proyectil.

Nada más que para esta fabricación se trataba de obtener una masa de fundición cilindrocónica, de un peso de ciento ochenta mil toneladas.

Como se comprende, jamás se había pensado en fundir este proyectil en un solo trozo. Debía ser fabricado por masas de mil toneladas cada una que serían izadas sucesivamente al orificio de la galería y colocadas contra la cámara donde sería amontonada de antemano la meli-melonita. Después de ser unidos entre sí, estos fragmentos no formarían más que un todo compacto, que resbalara por las paredes del tubo interior.

Hubo necesidad de llevar al segundo taller cerca de cuatrocientas mil toneladas de mineral, sesenta mil toneladas de castina y cuatrocientas mil toneladas de hulla grasa, que se transformó en doscientas ochenta mil toneladas de coque en los hornos. Como los yacimientos estaban próximos al Kilimanjaro, aquello no fue más que cuestión de acarreo.

En cuanto a la construcción de los altos hornos para obtener la transformación del mineral en fundición, fue acaso el punto donde surgió la mayor dificultad. Sin embargo, al cabo de un mes diez altos hornos de treinta metros estaban en estado de funcionar y de producir cada uno ciento ochenta toneladas por día, lo que hacía mil ochocientas toneladas cada veinticuatro horas, y ciento ochenta mil después de cien días de trabajo.

En el tercer taller, creado para la fabricación de la meli-melonita, el trabajo se hizo fácilmente, y en condiciones de secreto tales, que todavía no ha podido ser determinada la composición de este explosivo.

Todo había marchado a medida del deseo. No se hubiera procedido con más éxito en las fundiciones del Creusot, de Cail, de Indret, del Sena, de Birken-head, de Woolwich o de Cockerill. Apenas se contaba un accidente por trescientos mil francos de trabajo.



Se puede creer que el sultán estaba encantado. Seguía las operaciones con infatigable asiduidad; ¡fácilmente se imagina si la presencia de Su Temible Majestad sería de naturaleza capaz de estimular el celo de sus fieles súbditos!

Algunas veces, cuando

Bali-Bali

preguntaba para qué serviría todo aquel trabajo:

—¡Se trata de una obra que debe cambiar la faz del mundo! —le respondía el presidente Barbicane.

—¡Una obra que asegurará al sultán

Bali-Bali

—añadía el capitán Nicholl— una gloria indeleble entre todos los reyes del África Oriental!

No hay necesidad de decir si el sultán se estremecería en su orgullo de soberano del Wamasai.

El 29 de agosto estaban terminados todos los trabajos. La galería, perforada del calibre deseado, estaba revestida de su ánima lisa en una longitud de seiscientos metros. Al fondo estaban amontonadas dos mil toneladas de meli-melonita, en comunicación con el fulminante. Luego venía el proyectil largo de quinientos metros. Deduciendo el sitio ocupado por la pólvora y el proyectil, quedarían todavía que recorrer a éste hasta la boca cuatrocientos noventa y dos metros, lo que aseguraba todo su efecto útil al impulso producido por la expansión de los gases.

En este estado, surgía una primera cuestión, cuestión de pura balística: ¿se desviaría el proyectil de la trayectoria que le estaba señalada por los cálculos de J.

T. Maston?

De ningún modo. Los cálculos eran correctos, e indicaban en qué medida debían desviar el proyectil hacia el Este del meridiano del Kilimanjaro, en virtud de la rotación de la Tierra sobre su eje, y cuál era la forma de la curva que describiría en virtud de su enorme velocidad inicial.

Segunda cuestión: ¿Sería visible durante su recorrido? No, porque al salir de la galería, sumergido en la sombra de la Tierra, no se le podría ver, y además, como consecuencia de su escasa altura, tendría una velocidad angular muy considerable. Una vez dentro de la zona de luz, la pequeñez de su volumen lo ocultaría a las lentes más poderosas, y con más razón cuando, sustraído a la atracción terrestre, gravitaría alrededor del Sol. ¡Verdaderamente, Barbicane y el capitán Nicholl podían estar orgullosos de la operación a que acababan de dar cima! ¿Por qué J.

T. Maston

no estaba allí para admirar la buena ejecución de los trabajos, digna de la precisión de los cálculos que los había inspirado...? Y, sobre todo, ¿por qué había de estar lejos, bien lejos, muy lejos cuando aquella formidable detonación despertara los ecos hasta los extremos horizontes de África?

Pensando en él, sus dos colegas no sospechaban siquiera que el secretario del Gun Club había tenido que huir de Ballistic-Cottage, después de haberse evadido de la prisión de Baltimore, y que se veía obligado a ocultarse para salvar su preciosa existencia. Ignoraban hasta qué grado se había excitado la opinión pública contra los ingenieros de la North Polar Practical Association. No sabían que habrían sido asesinados, descuartizados, quemados a fuego lento, si hubiera sido posible apoderarse de sus personas. ¡Verdaderamente, era una fortuna que, en el momento en que sonara el disparo, no pudiesen ser saludados más que por los gritos de una tribu del África Oriental!

—¡Al fin! —dijo el capitán Nicholl al presidente Barbicane, cuando en la noche del 22 de setiembre se paseaban ambos por delante de su obra acabada.

—¡Sí... al fin! Y también: ¡uf! —contestó Barbicane, lanzando un suspiro de satisfacción.

—Si hubiera que volver a comenzar...

—¡Bah...! ¡Volveríamos a comenzar!

—¡Qué suerte —dijo el capitán Nicholl— haber tenido a nuestra disposición esta adorable meli-melonita...!

—Que bastaría para haceros ilustre, Nicholl.

—Sin duda, Barbicane —respondió modestamente el capitán Nicholl—. Pero ¿sabéis cuántas galerías hubiera habido que abrir en los flancos del Kilimanjaro para obtener el mismo resultado, si no hubiéramos tenido más que algodón pólvora como el que lanzó nuestro proyectil hacia la Luna?

—Decid, Nicholl.

—¡Ciento ochenta galerías, Barbicane!

—¡Pues bien, las habríamos abierto, capitán!

—¡Y ciento ochenta mil proyectiles de ciento ochenta mil toneladas!

—¡Los habríamos fundido, Nicholl!

¿Es posible hacer escuchar la voz de la razón a hombres de este temple?

Pero ¿de qué no serán capaces artilleros que han dado la vuelta a la Luna?

Y la misma noche, algunas horas solamente antes del minuto preciso indicado para el disparo, mientras que el presidente

Barbicané y el capitán Nicholl se congratulaban de este modo, Alcides Pierredos, encerrado en su cuarto de Baltimore, lanzaba el grito del
piel-roja

en delirio. Después, apartándose bruscamente de la mesa donde se amontonaban cuartillas de fórmulas algebraicas, exclamaba:

—¡Pícaro de Maston...! ¡Ah, zopenco...! ¡Y yo que me estaba rompiendo la cabeza con su problema...! ¡Pero cómo no habré yo descubierto esto antes...!

¡Por vida de un coseno...! ¡Si yo supiera dónde está en este momento, iría a invitarlo a cenar, y nos beberíamos una copa de champaña en el mismo instante en que tronara la máquina...!

Y después de uno de aquellos aullidos de salvaje con que acentuaba sus partidas de *whist*:

—¡El viejo chocho...! —exclamó—. ¡Bueno estaba cuando calculó el cañón del Kilimanjaro...!

CAPÍTULO XVIII

EN QUE LOS HABITANTES DEL WAMASAI ESPERAN QUE EL PRESIDENTE BARBICANE GRITE «¡FUEGO!» AL CAPITÁN NICHOLL



En la noche del 22 de setiembre, fecha memorable, a la que la opinión pública atribuía una influencia tan nefasta como la de 1.º de enero del año 1000. Doce horas después del paso del Sol por el meridiano del Kilimanjaro; es decir, a medianoche, debía ser disparado el terrible aparato por la mano del capitán Nicholl.

Conviene decir aquí que, situado el Kilimanjaro a treinta y cinco grados al Este del meridiano de París, y Baltimore a setenta y nueve grados al Oeste de dicho meridiano, esto constituye una diferencia de ciento catorce grados, o sea, entre ambos lugares, cuatrocientos cincuenta y seis minutos de tiempo, o siete horas veintiséis minutos, de modo que, en el momento en que se efectuara el disparo, serían las cinco y veinticuatro de la tarde en la gran ciudad del Maryland.

El tiempo era magnífico. El Sol acababa de ponerse en las llanuras del Wamasai detrás de un horizonte purísimo. No se podía desear una noche más hermosa, ni más tranquila ni más estrellada para lanzar un proyectil a través del espacio. Ni una nube se mezclaría a los vapores artificiales formados por la deflagración de la meli-melonita.

¡Quién sabe! ¡Acaso el presidente Barbicane y el capitán Nicholl lamentaban no poder ocupar un sitio en el proyectil! ¡Desde el

primer segundo, habrían franqueado dos mil ochocientos kilómetros! ¡Después de haber penetrado los misterios del mundo selenita, penetrar los misterios del mundo solar, y en condiciones más interesantes que el francés Héctor Servadac, arrastrado por el cometa Galia7!

El sultán Bali-Bali; los personajes más importantes de su corte; es decir, su ministro de Hacienda y su verdugo, y el personal negro que había contribuido al gran trabajo, hallábanse reunidos para seguir las diferentes fases del disparo.

Pero, por prudencia, toda aquella gente había tomado posición a tres kilómetros de la galería abierta en el Kilimanjaro, de manera que no tuviesen nada que temer de la espantosa agitación de las capas de aire.

Algunos millares de indígenas, procedentes de Kisongo y de las aldeas diseminadas por el Sur de la provincia, se habían apresurado —por orden del sultán

Bali-Bali

— a venir a admirar aquel sublime espectáculo.

Un hilo establecido entre una batería eléctrica y el detonador de fulminante colocado en el fondo de la galería, estaba presto a lanzar la corriente que haría estallar el cebo y provocaría la deflagración de la meli-melonita.

Como preludio, una excelente cena había reunido a una misma mesa al sultán, a sus huéspedes americanos y a los notables de la capital, todo a expensas de

Bali-Bali,

que hizo las cosas tanto mejor cuanto estos gastos le deberían ser reembolsados por la caja de la Sociedad Barbicane y Compañía.

Eran las once cuando el festín, comenzado a las siete y media, terminó con un brindis del sultán por los ingenieros de la North Polar Practical Association y por el éxito de la empresa.

Una hora más, y la modificación de condiciones geográficas y climatológicas de la Tierra sería un hecho consumado.

El presidente Barbicane, su colega y los diez contramaestres colocáronse entonces alrededor de la cabaña en cuyo interior estaba montada la batería eléctrica.

Barbicane, con su cronómetro en la mano, contaba los minutos —y jamás le parecieron tan largos—; minutos de esos que parecen,

no años, sino siglos.

A las ocho menos diez, el capitán Nicholl y él aproximáronse al aparato que el hilo ponía en comunicación con la galería del Kilimanjaro.

El sultán, su corte y la multitud de indígenas formaban un numeroso círculo en derredor de ellos.

Importaba que el disparo fuese hecho en el momento preciso indicado por los cálculos de J.

T. Maston;

es decir, en el instante que el Sol cortaría aquella línea equinoccial que ya no abandonaría nunca en su órbita aparente alrededor del esferoide terrestre.

¡Las doce menos cinco! ¡Menos cuatro! ¡Menos tres! ¡Menos dos! ¡Menos uno!

El presidente Barbicane seguía las agujas de su reloj, iluminado por una linterna que presentaba uno de los contramaestres, mientras que el capitán Nicholl, con el dedo levantado sobre el botón del aparato, estaba presto a cerrar el circuito de la corriente eléctrica.

¡Sólo faltaban veinte segundos! ¡Sólo diez! ¡Cinco! ¡Uno!

No se habría notado el más ligero temblor en la mano del impasible Nicholl. ¡Su colega y él no estaban más conmovidos que en el momento en que esperaban, encerrados en su proyectil, que el Columbiad los enviase a las regiones lunares...!

—¡Fuego! —gritó el presidente Barbicane.

Y el índice del capitán Nicholl oprimió el botón.



Se produjo una espantosa detonación, cuyo horrísono ruido propagaron los ecos hasta los últimos límites del horizonte del Wamasai. Oyóse el agudo silbido de una masa que atravesó los aires impulsada por millares de millones de litros de gases desarrollados por la deflagración instantánea de dos mil toneladas de melimelonita. ¡Se habría dicho que pasaba por la superficie de la Tierra

uno de esos meteoros en los cuales se acumulan todas las violencias de la naturaleza! ¡Y el efecto no habría sido más terrible aunque todos los cañones de todas las artillerías del globo se hubieran unido a todas las tempestades del cielo para tronar a la vez!

CAPÍTULO XIX

EN EL QUE J. T. MASTON ECHA ACASO DE MENOS EL TIEMPO EN QUE LAS TURBAS QUERÍAN LINCHARLO



Las capitales de las naciones, lo mismo que las poblaciones de alguna importancia, y hasta las aldeas más modestas, esperaban espantadas.

Gracias a los periódicos repartidos con profusión por la superficie del globo, todo el mundo conocía la hora precisa que correspondía a la medianoche del Kilimanjaro, situado a los treinta y cinco grados Este, según la diferencia de longitudes.

Para no citar más que las ciudades principales —recorriendo el Sol un grado por minuto—, esa hora era:

Como ya se ha dicho, en Baltimore, doce horas después del paso del Sol por el meridiano del Kilimanjaro eran las cinco y veinticuatro minutos de la tarde. Inútil es insistir sobre las angustias de aquel instante. La más elocuente de las plumas modernas no sabría describirlas, ni aun con el estilo de la escuela decadente y delincuente.

¡Que los habitantes de Baltimore no corriesen el peligro de ser barridos por los mares lanzados fuera de su lecho, sea! ¡Que no se tratase para ellos más que de ver la bahía de Chesapeake vaciarse y el cabo Hatteras, que la termina, alargarse como una cresta de

montaña por encima del Atlántico en seco, de acuerdo! Pero la población, como tantas otras no amenazadas de emersión o de inmersión, ¿no sería destruida por la sacudida, arruinados sus monumentos, sus barrios tragados por los abismos que podían abrirse en la superficie del suelo? Y estos temores, ¿no eran muy justificados para las diversas partes del globo que no debían cubrir las aguas desniveladas?

Sí, evidentemente.

Por esto, todo ser humano sintió el estremecimiento del espanto deslizarse hasta la medula de los huesos durante aquel minuto fatal. ¡Sí!, todos temblaban; menos uno: el ingeniero Alcides Pierredos. Faltándole tiempo para dar a conocer lo que un último trabajo acababa de revelar, bebía una copa de champaña en uno de los mejores cafés de la ciudad, a la salud del Viejo Mundo.

El vigesimocuarto minuto después de las cinco, correspondiente al minuto del Kilimanjaro, pasó...

En Baltimore... ¡nada!

En Londres, en París, en Roma, en Constantinopla, en Berlín, ¡nada...! ¡Ni el menor choque!

M. John Milne, observando en la mina de hulla de Takoshima (Japón) el tronómetro que había instalado, no notó el menor movimiento anormal en la corteza terrestre de aquella parte del mundo.

En fin, en Baltimore, nada absolutamente. Por lo demás, el cielo estaba nublado y, llegada la noche, fue imposible reconocer si el movimiento aparente de las estrellas tendía a modificarse, lo que habría indicado desviación en el eje terrestre.

¡Qué noche pasó J. T. Maston en su retiro, ignorado de todos, menos de la señora Evangelina Scorbitt! El vehemente artillero estaba furioso. ¡No podía permanecer quieto! ¡Qué prisas sentía que pasaran algunos días, para ver si la curva del Sol se modificaba — señal indiscutible del éxito de la operación—! Este cambio, en efecto, no podía ser notado en la mañana del 23 de setiembre, pues en esta fecha el astro del día se alza invariablemente por el Este para toda la Tierra.

Al día siguiente, el sol apareció sobre el horizonte siguiendo su costumbre.

Los delegados europeos estaban en aquel momento reunidos en

la terraza de su hotel. Tenían a su disposición instrumentos de una precisión extrema, que les permitía comprobar si el Sol describía rigurosamente su curva por el piano del Ecuador.

Pero no ocurría nada, y algunos momentos después de su salida, el disco radiante inclinábase hacia el hemisferio austral. Nada, pues, había cambiado en su marcha aparente.

El mayor Donellan y sus colegas saludaron la antorcha celeste con hurras entusiastas, y le hicieron una ovación. ¡El cielo estaba soberbio en aquel momento; el horizonte enteramente despejado de los vapores de la noche y jamás el gran actor se presentó en una más hermosa escena en tales condiciones de esplendor, ante un público maravillado!

—¡Y en el lugar mismo marcado por las leyes de la astronomía...! —exclamó Eric Baldenak.

—¡De nuestra antigua astronomía —hizo observar Boris Karkov—, y que esos insensatos pretendían destruir!

—¡Ellos lo serán para su ruina y su vergüenza! —añadió Jacques Jansen, por cuya boca parecía hablar Holanda entera.

—¡Y el dominio ártico permanecerá eternamente bajo los hielos que lo cubren! —dijo el profesor Jan Harald.

—¡Hurra por el Sol! —gritó el comandante Donellan—. ¡Tal es, y tal basta para las necesidades del mundo!

—¡Hurra...!, ¡hurra! —repitieron unidos en una sola voz los representantes de la vieja Europa.

En aquel momento fue cuando Dean Toondrik, que no había dicho nada hasta entonces, hizo esta observación, bastante juiciosa:

—Acaso no hayan disparado...

—¿No disparado...? —exclamó el mayor—. ¡Haga el cielo que hayan disparado, al contrario, y mejor dos veces que una!

Esto es precisamente lo que se decían J.

T. Maston

y la señora Scorbitt.

Esto también lo que se preguntaban los sabios y los ignorantes, unidos en este instante por la lógica de la situación.

Esto es lo mismo que se repetía Alcides Pierredos, añadiendo:

—¡Que hayan disparado o no, poco importa...! ¡La Tierra no ha cesado de valsar sobre su viejo eje y de moverse como de costumbre!

En suma, se ignoraba lo que había pasado en el Kilimanjaro. Pero antes de que terminase el día, hubo una contestación a aquella pregunta que se hacía la humanidad.

Llegó un despacho a los Estados Unidos, enviado por Richard W. Trust, del consulado de Zanzíbar, y he aquí lo que contenía:

*«Zanzíbar, 23 setiembre
(siete y veintisiete minutos de la mañana).
»A John S. Wright, ministro de Estado.*

»Disparo hecho anoche, doce en punto, por cañón perforado en la ladera meridional del Kilimanjaro. Paso del proyectil con silbidos espantosos. Horrible detonación. Provincia devastada por tromba de aire. Mar levantado hasta canal Mozambique. Numerosos barcos lanzados sobre la costa. Caseríos y aldeas destruidas. Todo va bien.

*RICHARD W.
TRUST»*

¡Sí! Todo iba bien, puesto que no había habido ningún cambio, salvo los desastres producidos en el Wamasai, arrasado en parte por aquella tromba artificial, y los naufragios provocados por el movimiento de las capas de aire.

¿No había sucedido lo mismo cuando el famoso «Columbiad» había lanzado su proyectil hacia la Luna? ¿No se había sentido la sacudida comunicada al suelo de Florida, en un radio de cien millas? ¡Sí, ciertamente! Pero esta vez el efecto debía haber sido centuplicado.

Como quiera que sea, el despacho hacía saber dos cosas a los interesados del Antiguo y Nuevo Continente:

1.^a Que el enorme aparato había podido ser fabricado en los mismos flancos del Kilimanjaro.

2.^a Que el disparo se había efectuado a la hora marcada.

El mundo entero lanzó, entonces, un inmenso grito de satisfacción, seguido de una inmensa carcajada.

La tentativa de Barbicane y Compañía había fracasado vergonzosamente.

¡Las fórmulas de J. T. Maston eran buenas para tirarlas al cesto de los papeles!

La North Polar Practical Association no tenía más remedio que declararse en quiebra.

¿Pero es que, por casualidad, se habría equivocado en sus cálculos el secretario del Gun Club?

—¡Más bien creería haberme engañado en la afección que me inspira! —se dijo la señora Evangelina Scorbitt.

El ser humano más desconcertado que había entonces sobre la superficie del esferoide, era J.

T. Maston.

Viendo que nada había cambiado en las condiciones en que se movía la Tierra desde su creación, se había mecido en la esperanza de que cualquier accidente hubiera podido retrasar la operación de sus colegas...

Pero después del despacho de Zanzíbar no había más remedio que reconocer que la operación había fracasado.

¡Fracasado...! ¿Y las ecuaciones y las fórmulas de donde él había deducido el éxito de la empresa? ¿Es que un cañón de seiscientos metros de largo y de veintisiete de ancho, lanzando un proyectil de ciento ochenta millones de kilogramos, por la deflagración de dos mil toneladas de meli-melonita, con una velocidad inicial de dos mil ochocientos kilómetros, era insuficiente para provocar el cambio de los Polos? ¡No...! ¡Esto no era admisible!

¡Y, sin embargo...!

Así, J. T. Maston, presa de una violenta exaltación, declaró que quería abandonar su retiro. La señora Evangelina Scorbitt intentó vanamente impedirlo, no porque tuviese ya que temer por su vida, pues el peligro había concluido, sino porque hubiera querido evitarle las bromas que serían dirigidas al desventurado matemático, las pullas, las sátiras que lloverían sobre su obra.

Y, cosa más grave: ¿qué acogida le harían sus colegas del Gun Club? ¿No atribuirían a su secretario el fracaso que les cubría de ridículo? ¿No era a él, el autor de los cálculos, a quien correspondía íntegra la responsabilidad de aquel mal paso?



J. T. Maston no quiso oír nada, y resistió a las súplicas y a las lágrimas de la señora Evangelina Scorbitt. Salió de la casa donde estaba oculto, y apareció en las calles de Baltimore. Fue reconocido, y aquéllos a quienes había amenazado en su fortuna y en su existencia, y cuyas angustias había mantenido por la obstinación de su mutismo, se vengaron mofándose de él e injuriándole de mil maneras.

¡Había que oír a aquellos pilluelos de América!

—¡Eh, anda, enderezador del eje!

—¡Componedor de relojes!

En una palabra, el desconcertado, el burlado secretario del Gun Club viose obligado a volverse al hotel de New-Park, donde la señora Evangelina Scorbitt agotó todo el tesoro de sus caricias para consolarle. Pero fue en vano. J. T. Maston

—a imitación de *Niobé - noluit consolari*—, porque su cañón no había producido sobre el esferoide terrestre más efecto que un simple petardo.

Quince días transcurrieron en estas condiciones, y el mundo, repuesto de sus antiguos espantos, no pensaba ya en los proyectos de la North Polar Practical Association.

¡Quince días, y ninguna noticia del presidente Barbicane ni del capitán Nicholl! ¿Habían perecido a consecuencia de la explosión en los estragos ocasionados en el Wamasai? ¿Habían pagado con su vida la mixtificación más inmensa de los tiempos modernos?

¡No!

Después de la detonación, derribados por tierra al mismo tiempo que el sultán, su corte y algunos millares de indígenas, se habían levantado sanos y salvos.

—¿Ha salido bien? —preguntó

Bali-Bali

frotándose los hombros.

—¿Lo dudáis?

—Yo... dudarlo... Pero ¿cuándo sabréis...?

—¡Dentro de unos días! —respondió el presidente Barbicane.

¿Había comprendido que la operación había fallado...? ¡Acaso! Pero jamás lo habría confesado delante del soberano de Wamasai.

Cuarenta y ocho horas después, los dos colegas se despedían de Bali-Bali,

no sin haber pagado una fuerte suma por los desastres causados en la superficie de su reino. Como aquella suma entró en las cajas particulares del sultán, y sus súbditos no recibieron ni un dólar, su majestad no tuvo nada que lamentar de aquel lucrativo negocio.

Luego, los dos colegas, seguidos de sus contra maestres, llegaron a Zanzíbar, donde se encontraba un barco dispuesto a zarpar para Suez. De aquí, con nombres supuestos, el vapor-correo de las Mensajerías Marítimas, Marie, los transportó a Marsella; el

ferrocarril P. L. M, a París —sin descarrilamiento ni choque—; el del Oeste, a El Havre, y, en fin, el transatlántico Borgoña a América.

En veintidós días habían hecho el viaje desde Wamasai a Nueva York, Estado de Nueva York.

Y el 15 de octubre, a las tres de la tarde, llamaban ambos a la puerta del hotel

New-Park.

Un instante después se encontraron en presencia de la señora Evangelina Scorbitt y de J.

T. Maston.

CAPÍTULO XX

DONDE TERMINA ESTA CURIOSA HISTORIA, TAN VERÍDICA COMO INVEROSÍMIL



—¿Arbicané...? ¿Nicholl?

—¡Maston!

—¿Vosotros?

—¡Nosotros!

Y en este pronombre, lanzado simultáneamente por los dos colegas en un tono singular, sentíase todo lo que en él había de ironía y de reproche.

J. T. Maston pasó el gancho de hierro por su frente. Luego, con voz que silbaba entre sus labios, como la de un áspid —habría dicho Ponson du Terrail—, preguntó:

—¿Vuestra galería del Kilimanjaro tenía seiscientos metros de largo por veintisiete de ancho?

—¡Sí!

—¿Vuestro proyectil pesaba ciento ochenta millones de kilogramos?

—¡Sí!

—¿El disparo ha sido hecho con dos mil toneladas de melonita?

—¡Sí!

Estos tres «sí» cayeron como golpes de maza sobre el occipucio de J.

T. Maston.

—Entonces, yo creo... —continuó.

—¿Qué? —preguntó el presidente Barbicane.

—Lo siguiente —respondió J. T. Maston—: ¡Que si la operación ha fracasado es porque la pólvora no ha dado al proyectil una velocidad inicial de dos mil ochocientos kilómetros!

—¿De veras? —dijo el capitán Nicholl.

—¡Y que vuestra meli-melonita no es buena más que para cañones de caña!

El capitán Nicholl dio un salto al oír esto, que para él era una sangrienta injuria.

—¡Maston! —exclamo.

—¡Nicholl!

—Cuando queráis batiros a la meli-melonita...

La señora Evangelina Scorbitt tuvo que intervenir para calmar a los dos irascibles artilleros.

—¡Señores...! ¡Señores! —dijo—. ¡Entre colegas...!

Y entonces el presidente Barbicane tomó la palabra con voz más tranquila, diciendo:

—¿De qué sirven las recriminaciones? ¡Es cierto que los cálculos de nuestro amigo Maston debían ser exactos, como es cierto que el explosivo de nuestro amigo Nicholl debía ser suficiente! ¡Sí...! ¡Nosotros hemos llevado exactamente a la práctica los datos de la ciencia...! ¡Y, sin embargo, el experimento ha fallado!

¿Por qué razones...? ¡Acaso no lo sabremos nunca...!

—¡Pues bien —exclamó el secretario del Gun Club—, lo volveremos a comenzar!

—¿Y el dinero que ha sido tirado a la calle? —hizo observar el capitán Nicholl.

—¿Y la opinión pública —añadió la señora Evangelina Scorbitt—, que no os permitiría arriesgar por segunda vez la suerte del mundo?

—¿Qué va a ser de nuestro dominio circumpolar? —añadió el capitán Nicholl.

—¿A qué precio van a bajar las acciones de la North Polar Practical Association? —exclamó el presidente Barbicane.

¡La ruina...! Se había producido ya, y se ofrecían los títulos a montones, al precio del papel para envolver.

Tal fue el resultado de aquella operación gigantesca. Tal fue el fiasco memorable en que pararon los proyectos sobrehumanos de Barbicane y Compañía.

Si alguna vez la burla universal se desató contra ingenieros mal inspirados; si alguna vez los artículos satíricos de los periódicos, las caricaturas, las canciones, las parodias, tuvieron asunto en qué emplearse, puede afirmarse que fue en aquella ocasión, mejor que en ninguna otra. El presidente Barbicane, los administradores de la nueva Sociedad, sus colegas del Gun Club, fueron menospreciados. Por todas partes se les calificaba de una manera tan... burlesca, que aquellos calificativos no podrían ser repetidos en latín, ni siquiera en volapük. Europa, sobre todo, se desencadenaba en bromas tales, que acabaron por escandalizar a los yanquis. Y no olvidando que Barbicane, Nicholl y Maston eran de origen americano, y que pertenecían a aquella célebre asociación de Baltimore, faltó poco para que obligasen al Gobierno federal a declarar la guerra al Viejo Mundo.

En fin, dio el último golpe una canción francesa que el ilustre Paulus —que aún vivía en aquella época— puso de moda. Esta canción recorrió los cafés cantantes del mundo entero.

He aquí uno de sus cuplés más aplaudidos:

*Componer nuestra vieja Catalina
La ciencia de tres locos determina,
Enderezando su eje que se inclina,
¡Al disparo de horrenda culebrina!
¡Ya el momento solemne se avecina
De que esa trinidad nos haga quina...!
¡Apunten...! ¡Fuego! ¡Pum! —¡Broma supina!—
Al darle fuego a la espantosa mina,
Por la culata reventó la indina...
¡Que viva nuestra vieja Catalina!*

Pero ¿se sabría alguna vez dónde radicaba el fracaso de aquella empresa?

¿Este fracaso probaba que la operación era imposible de realizar, que las fuerzas de que disponen los hombres jamás serán bastantes para producir una modificación en el movimiento diurno de la Tierra; que jamás los territorios del Polo ártico podrán ser

cambiados de latitud para ser llevados a un punto en que sus hielos sean fundidos naturalmente por los rayos del Sol?

Sobre esta cuestión se supo a qué atenerse algunos días después de la vuelta del presidente Barbicane y de su colega a los Estados Unidos.

En *Le Temps* del 17 de octubre apareció una simple nota, con la cual el periódico de M. Hébrad prestaba al mundo el servicio de informarle sobre aquel punto tan interesante para su seguridad.

La nota estaba concebida en estos términos:

«Se sabe cuál ha sido el resultado de la empresa que tenía por objeto la creación de un nuevo eje. Sin embargo, los cálculos de J.

T. Maston,

que descansaban en datos exactos, habrían producido los resultados apetecidos, si, a consecuencia de una distracción inexplicable, no hubiesen padecido error desde un principio.

»En efecto; cuando el célebre secretario del Gun Club tomó por base la circunferencia del esferoide terrestre, la fijó en cuarenta mil metros —en vez de cuarenta mil kilómetros—, lo cual ha falseado la solución del problema.

¿De dónde puede provenir tal error...? ¿Quién ha podido causarlo...?

¿Cómo ha podido cometerlo un matemático tan notable...? Esto es para perderse en vanas conjeturas.

»Lo cierto es que el problema de la modificación del eje terrestre, formulado correctamente, había debido ser exactamente resuelto. Pero este olvido de tres ceros ha producido un error de doce ceros en el resultado final.

»No es un cañón un millón de veces mayor el cañón de veintisiete, sino un trillón de estos cañones, lanzando un trillón de proyectiles de ciento ochenta mil toneladas, lo que se necesitaría para cambiar de sitio el Polo en 23^o 28', admitiendo que la meli-melonita tuviera la potencia expansiva que le atribuye el capitán Nicholl.

»En suma, el disparo hecho en el Kilimanjaro no ha

movido el Polo más que en tres micrones (tres milésimas de milímetro) y no ha hecho variar el nivel del mar, como máximo, más que en nueve milésimas de micrón.

»En cuanto al proyectil, nuevo pequeño planeta forma parte desde ahora de nuestro sistema, donde lo retiene la atracción solar.

Alcides Pierredos».

¡De modo que era una distracción de J.

T. Maston,

un error de tres ceros al principio de sus cálculos, lo que había producido aquel resultado humillante para la nueva Sociedad!

Pero si sus colegas del Gun Club se mostraron furiosos contra él, si lo llenaron de maldiciones, se efectuó en el público una reacción en favor del pobre hombre. Después de todo, aquella falta había sido causa de todo el mal —o, mejor, de todo el bien—, puesto que había librado al mundo de la más espantosa de las catástrofes.

¡De aquí se originó que lloviesen parabienes de todas partes, con millones de cartas, que felicitaban a J.

T. Maston

por haberse equivocado en tres ceros!

J. T. Maston, más desconcertado y más disgustado que nunca, no quería oír nada del formidable hurra que la Tierra lanzaba en su honor. El presidente Barbicane, el capitán Nicholl, Tom Hunter, el de las piernas de palo, el coronel Blossberry, Bilsby y sus compañeros, no lo perdonarían jamás...

Al menos le quedaba la señora Evangelina Scorbitt. Aquella excelente mujer no podía olvidarlo.

Ante todo, J. T. Maston quiso rehacer sus cálculos, sin admitir que se hubiera distraído hasta aquel punto.

¡Y era así, sin embargo! Alcides Pierredos no se había engañado. ¡Y he aquí por qué, habiendo advertido el error en el último momento, cuando ya no tenía tiempo para tranquilizar a sus semejantes, aquel hombre estaba tan tranquilo en medio de las angustias generales! ¡He aquí por qué brindaba por el Viejo Mundo a la hora en que se hacía el disparo del Kilimanjaro!

—¡Sí! ¡Tres ceros olvidados en la medida de la circunferencia!

De pronto vino un recuerdo a la mente de J.

T. Maston.

Era el principio de su tarea, cuando acababa de encerrarse en su gabinete de trabajo de Ballistic-Cottage. Había escrito perfectamente el número 40.

000 000

sobre el encerado...

¡En aquel momento suena una llamada del timbre telefónico! J.

T. Maston

se dirige hacia el aparato... Cambia algunas palabras con la señora Evangelina Scorbitt... De pronto, una descarga eléctrica lo tira por tierra, y tira también el encerado... Se levanta... Comienza a volver a escribir el número, medio borrado en la caída... Apenas había escrito las cifras

40 000...

cuando el timbre suena de nuevo... Y al ponerse otra vez a trabajar, olvida los tres últimos ceros del número que mide la circunferencia de la Tierra.

Pues bien: de todo tema la culpa la señora Evangelina Scorbitt. ¡Si ella no lo hubiera llamado, acaso no habría recibido la descarga eléctrica! ¡Acaso la tempestad no le hubiera jugado una de esas malas pasadas que bastan para comprometer toda una vida de buenos y honrados cálculos!



¡Qué impresión recibió la desdichada mujer cuando J. T. Maston le dijo en qué circunstancias se produjo el error...! ¡Sí...! ¡Ella era la causante del desastre...! ¡Por ella era por quien J. T. Maston se veía deshonrado para todos los largos años que le quedaban que vivir (porque se muere generalmente centenario en la venerable asociación del Gun Club)!

Después de esta conversación, J. T. Maston había huido del hotel de New-Park,

y vuelto a Ballistic-Cottage. Medía a grandes pasos su gabinete de trabajo, repitiendo:

—¡Ahora ya no sirvo para nada en el mundo...!

—¿Ni siquiera para casaros? —dijo una voz que la emoción hacía desgarradora.

Era la señora Evangelina Scorbitt. Desesperada y llorosa, había seguido a J.

T. Maston...

—¡Querido Maston! —dijo.

—¡Pues bien! ¡Sí...! Pero con una condición...: ¡que no haré más matemáticas!

—¡Amigo, las aborrezco! —respondió la excelente viuda.

Y el secretario del Gun Club convirtió a la señora Evangelina Scorbitt en señora de J.

T. Maston.

En cuanto a la nota de Alcides Pierredos, ¡qué honor, qué celebridad proporcionó a este ingeniero! Traducida a todas las lenguas, insertada en todos los periódicos, aquella nota esparció su nombre a través del mundo entero. Y sucedió que el padre de la linda provenzal, que le había negado la mano de su hija «porque era demasiado sabio», leyó dicha nota en el *Petit Marsellats*, y después de haber comprendido su significación sin ningún auxilio extraño, lleno de remordimiento envió a su autor una invitación para almorzar.

CAPÍTULO XXI

MUY CORTO, PERO MUY A PROPÓSITO PARA TRANQUILIZAR A TODOS SOBRE EL PORVENIR DEL MUNDO



¡Dese ahora en adelante, que estén tranquilos los habitantes de la Tierra! El presidente Barbicane y el capitán Nicholl no volverán a intentar su empresa tan lastimosamente abortada. J.

T. Maston

no rehará sus cálculos, limpios de error esta vez. Sería inútil. La nota del ingeniero Alcides Pierredos ha dicho la verdad. Lo que demuestra la mecánica es que para producir un cambio del eje en 23° 28', aun con la meli-melonita, se necesitaría un trillón de cañones semejantes al fabricado en el macizo del Kilimanjaro. Pero nuestro esferoide —aunque toda su superficie fuera sólida— es muy pequeño para contenerlos.

Por tanto, los habitantes del globo pueden dormir tranquilos. Modificar las condiciones en que se mueve la Tierra es obra superior a los esfuerzos permitidos a la humanidad; no corresponde a los hombres cambiar nada del orden establecido por el Creador en el sistema del Universo.

FIN